NADIR SILENTE

MIRA DENTRO

MIRA DENTRO

Capítulo 1 — Lunes

El portal olía a piedra fría y a detergente barato. No era desagradable, pero tampoco invitaba a quedarse. Iván Llorente siempre lo notaba al entrar, como quien reconoce un perfume antiguo: el mismo golpe en la nariz, el mismo leve escozor en la garganta. En invierno, el olor se volvía más áspero. En verano, la humedad lo estiraba.

A esa hora el edificio estaba medio dormido. Solo se oía el ascensor subiendo, deteniéndose, bajando otra vez. Y, de fondo, el zumbido del fluorescente que nunca cambiaban porque a nadie le molestaba lo suficiente como para quejarse. Iván sacó las llaves sin prisa, aunque llevaba el tiempo justo. Hacía eso a propósito. Si iba corriendo, el día empezaba corriendo.

Antes de abrir la puerta se giró hacia los buzones. Lo hacía siempre. Un hábito inútil: la mayoría de días no había nada, y cuando había era publicidad o una factura doblada mal. Aun así, miraba. Como si el buzón tuviera capacidad de sorpresa, como si pudiera esconder una versión distinta del lunes.

La ranura del suyo tenía un sobre blanco asomando, apenas un centímetro.

No era la primera vez que recibía cartas allí, claro. Pero esa blancura sin sello, sin logotipo, sin franja de empresa, le llamó la atención. El sobre no tenía nada escrito. Ni remitente ni destinatario. Solo una línea tenue donde, si alguien hubiese intentado escribir, se habría notado el relieve.

Iván lo sacó despacio.

El papel estaba seco, sin la humedad típica de lo que ha pasado la noche en un buzón. Y el cierre tenía una marca extraña: no la pegatina habitual ni el pegamento de oficina, sino un borde muy fino, como de cola aplicada con pincel o con una barra, sin rebabas.

Se quedó un segundo con el sobre en la mano, de pie en el portal, como si estuviera decidiendo si aquello pertenecía a su vida o era un error que podía devolver al buzón.

Luego miró alrededor, por reflejo. No había nadie. El espejo del ascensor devolvía su figura alargada: abrigo oscuro, barba de dos días, expresión neutral. Una cara que no decía nada y que llevaba años practicando para que siguiera sin decir nada.

Subió.

En casa dejó el sobre en la encimera de la cocina y fue directo al baño. Se lavó las manos. Lo hizo rápido, automático: agua, jabón, frotar, aclarar. No por el sobre. Por el lunes.

Volvió a la cocina y se preparó café. Mientras la cafetera goteaba, miró el sobre desde la distancia, como si pudiera analizarlo mejor sin tocarlo. No había marcas. No había nada. Un sobre blanco era casi una ausencia.

El café cayó en la taza con ese sonido doméstico que a Iván le tranquilizaba: la confirmación de que el mundo todavía obedecía a pequeñas leyes.

Se sentó y abrió el sobre con cuidado, sin romperlo. Metió el dedo por la solapa, levantó el borde y lo desplegó.

Dentro había una hoja doblada en tres.

No estaba escrita a mano. Era texto impreso, negro sobre blanco, con un tipo de letra simple, de los que usan las impresoras de oficina cuando no quieres llamar la atención. Ni siquiera había encabezado.

Leyó.

> *A las 17:42, en el aparcamiento subterráneo del centro comercial del Este, un hombre morirá con la cara contra el cemento.*
>
> *Tendrá restos de purpurina en la manga izquierda.*

No habrá testigos útiles. Habrá cámaras, pero el ángulo no servirá.

Cuando lo encuentren, te preguntarás por qué lo sabías.

Mira dentro.

Iván leyó otra vez, más lento. No porque buscara sentido, sino porque su cabeza se resistía a aceptar que aquello era real. A veces, en los informes, una palabra mal puesta te cambia un diagnóstico. Aquí una frase entera parecía fuera de lugar, como si alguien hubiera pegado un párrafo de otra vida en la suya.

El reloj del microondas marcaba 07:18.

A las 17:42 faltaban… Iván hizo el cálculo sin querer, con esa parte suya que siempre estaba midiendo tiempos: diez horas y veinticuatro minutos.

Volvió a mirar la hoja. Había algo más, un detalle que no había notado: en el margen inferior derecho, casi fuera del texto, un punto diminuto, como de tinta seca. O una marca de impresora.

Se levantó y llevó la hoja al salón, donde entraba mejor la luz. La examinó. No había huellas visibles, claro. La tinta era uniforme. El papel tenía el grosor normal de una resma corriente. Nada que decirle "esto es una amenaza", salvo el contenido.

Se sentó otra vez.

Su primera reacción fue ridiculizarlo. Broma. Un alumno de psicología con ganas de probar cosas. Un vecino desequilibrado. Un error de buzón.

La segunda reacción llegó después, como un golpe tardío: la frase "cuando lo encuentren, te preguntarás por qué lo sabías".

Eso no era una profecía, era un dedo señalándolo.

Iván dejó la hoja en la mesa y se quedó mirando el café, que empezaba a enfriarse. Tenía un impulso claro: llamar a alguien. A la policía. A Leire. Pero el impulso venía acompañado de algo más

sucio: la imagen de su nombre en un informe, de un agente preguntándole por qué recibió esa carta, de su vida ordenada convertida en un interrogatorio.

Se tocó el bolsillo del pantalón. El móvil estaba allí. No lo sacó.

Se levantó y fue al dormitorio. Abrió el armario y eligió una camisa como quien decide una coartada. Mientras se vestía, su mente daba vueltas: el centro comercial del Este, el aparcamiento subterráneo, las cámaras, el ángulo. Detalles concretos, no un "morirás pronto" de loco. Detalles que, por sí mismos, parecían ridículos. Lo de la purpurina rozaba el teatro.

"Purpurina", repitió mentalmente. La palabra le sonó infantil, fuera de lugar, y esa extrañeza aumentó el malestar.

Volvió a la cocina. Doblando la hoja con cuidado, la metió en el sobre. Miró el sobre unos segundos, como si esperara que apareciera tinta invisible. No apareció nada.

Abrió un cajón de la encimera, el de los cubiertos, y luego lo cerró sin meterlo ahí. Abrió el cajón del escritorio del pasillo y lo guardó entre carpetas viejas, debajo de una libreta de tapas negras. Un escondite mediocre, pero suficiente para que no quedara a la vista.

Antes de salir, se lavó las manos otra vez. Esta vez con más insistencia, como si la tinta pudiera pasarle al cuerpo.

En la calle el aire estaba limpio, frío y rápido. La ciudad todavía no había empezado del todo. En el trayecto hasta el juzgado, Iván intentó pensar en otra cosa: en el informe que tenía pendiente, en la cita del martes, en la lista de la compra. La carta volvía como un pensamiento intruso, cada vez con una forma distinta: "¿y si es cierto?", "¿y si no lo es?", "¿y si alguien quiere que yo esté allí?".

Condujo sin radio.

El juzgado era el mismo de siempre: pasillos con eco, un olor a papel recalentado, funcionarios con cara de haber desayunado con

prisa. Iván saludó con asentimientos mínimos. Era conocido allí, pero no cercano. Su trabajo consistía, en parte, en mantener distancia.

En su despacho, una mesa ordenada, una silla que crujía más de lo que debería, una estantería con expedientes, y una ventana desde la que se veía un trozo de patio interior donde nunca pasaba nada interesante.

Encendió el ordenador.

La primera hora fue normal. Un informe por revisar. Dos correos. Una llamada que dejó sonar hasta que saltó el buzón de voz. Luego una reunión corta con un abogado que quería que una valoración psicológica sonara más "favorable", palabra que siempre le hacía gracia por lo que ocultaba. Iván dijo lo mínimo, tomó notas, prometió revisar, sin prometer nada.

A media mañana, mientras escribía, notó que se había quedado mirando el cursor parpadeante sin teclear.

Se levantó y fue al baño del pasillo. Se lavó las manos.

Al volver, Clara, una administrativa que lo conocía desde hacía años, le lanzó una frase casual:

—Te he visto serio hoy. ¿Todo bien?

—Lunes —dijo Iván.

Ella rió, porque era lo esperable, y siguió caminando.

Iván se sentó y respiró hondo. La carta seguía en su casa, escondida como un pecado. No era lógico. Si de verdad había un crimen, debía avisar. Cualquier manual básico de ética profesional le diría eso sin pestañear.

Pero también sabía cómo se movían las cosas cuando había un problema: primero te convierten en un elemento del problema, luego te usan para cerrar el problema, y al final nadie recuerda matices.

A las doce, cuando el estómago empezaba a pedir algo, vio a Leire Salvatierra en el pasillo. Leire no trabajaba allí de forma fija, pero aparecía cada vez que un caso necesitaba peritajes, informes, una firma que sostuviera una decisión.

Era alta, de andar rápido, con el pelo recogido de cualquier manera. Llevaba una carpeta bajo el brazo y esa mirada que no buscaba aprobación. Iván la había visto sonreír pocas veces. Cuando lo hacía, siempre parecía una excepción.

—Llorente —lo saludó, sin más.

—Salvatierra.

Leire se detuvo un segundo, como si valorara si había tiempo para conversación. Luego habló, directa:

—¿Tienes lo del caso del chico del polígono?

—En revisión. Esta tarde lo mando.

—Bien. No me lo endulces. Quiero lo que haya.

Iván asintió. Leire se fue.

Esa breve interacción, sin embargo, le dejó una idea clavada: *podría decírselo a ella*. No a la comisaría, no por registro, no con un papel sobre la mesa. A Leire. Un aviso. Un "me ha llegado esto", sin hacer un escándalo.

Y entonces, inmediatamente, la imagen contraria: Leire mirándolo con sospecha, Leire pidiéndole el sobre, Leire preguntándole por qué le llegaba algo así.

A la una y media bajó a por un bocadillo. En el bar de enfrente del juzgado, las conversaciones sonaban a lo de siempre: divorcios, multas, un "mi cuñado" aquí, un "esto en este país" allá. Iván comió sin hambre real. Notó que masticaba demasiado rápido y se obligó a bajar el ritmo, como si ese gesto pudiera devolverle control.

A las tres volvió al despacho.

A las cuatro y media, el reloj del ordenador marcaba 16:28. Iván dejó lo que estaba haciendo y se quedó quieto, con la espalda recta, mirando el borde de la mesa.

Faltaban setenta y cuatro minutos.

Podía llamar. Todavía podía. Podía decir: "He recibido una carta con una amenaza concreta. A las 17:42 habrá algo en el aparcamiento del centro comercial del Este." Podía.

Imaginó al agente al otro lado, anotando. Imaginó la pregunta inevitable: "¿Y usted quién es?" "Psicólogo forense." "¿Y por qué le mandan eso a usted?"

No quería responder a esa pregunta porque la respuesta verdadera era simple: *porque alguien sabe quién es*. Y esa idea, más que la carta, le daba miedo.

A las 16:55, Iván salió del juzgado.

No lo decidió como una acción heroica. No fue "voy a salvar a alguien". Fue más feo y más honesto: no soportaba quedarse allí esperando. El cuerpo le empujó a moverse. Como cuando te duele una muela y acabas tocándola con la lengua aunque sepas que te va a doler más.

Cogió el coche y condujo hacia el centro comercial del Este.

El tráfico era normal, con esa densidad de tarde que hace que la gente parezca enfadada por existir. Iván iba atento al reloj. En cada semáforo, miraba la hora como si pudiera perderla.

Entró al aparcamiento subterráneo a las 17:34.

El aire cambió de inmediato: olor a gasolina, a goma, a humedad. Las luces fluorescentes pintaban todo de un blanco triste. Sonaban puertas cerrándose, motores arrancando, pasos.

Iván condujo despacio por el carril, buscando un lugar donde estacionar. Le pareció absurdo, de pronto, estar allí. Un hombre con

abrigo, solo, en un aparcamiento, esperando un crimen como quien espera un autobús. Se vio desde fuera y le dio vergüenza.

A las 17:38 aparcó en una esquina y apagó el motor.

Se quedó dentro del coche. Miró alrededor a través del parabrisas. Había gente. Una mujer cargando bolsas. Un adolescente con auriculares. Un hombre mayor que caminaba despacio hacia el ascensor.

Nada en el aire avisaba de nada.

A las 17:41, el silencio se tensó en su cabeza. No por el aparcamiento, sino por el reloj, que convertía el mundo en una cuenta atrás.

A las 17:42 no ocurrió ningún estruendo. No hubo grito, no hubo carrera. Solo, a unos veinte metros, un hombre tropezó o se detuvo de golpe. Iván no lo vio caer de inmediato; vio el gesto previo, un pequeño desajuste del cuerpo, como un corte en una película.

Luego el hombre cayó hacia delante. No hacia atrás. No de lado. Hacia delante. La cara contra el cemento.

El sonido fue seco. Un golpe que no parecía real hasta que lo escuchabas.

La mujer de las bolsas se giró. El adolescente se quitó un auricular. El hombre mayor se quedó parado, con la boca entreabierta.

Iván abrió la puerta del coche casi sin pensarlo. Caminó rápido hacia el cuerpo. No corría, porque correr habría sido admitir lo que pasaba. Pero iba rápido, con la respiración contenida.

Cuando llegó, vio que el hombre tenía sangre en la frente y en la boca. No mucha, pero suficiente para manchar el cemento de rojo oscuro. Los ojos estaban abiertos, pero no miraban. Iván se agachó con cuidado, sin tocarlo todavía, buscando signos, buscando algo que hiciera que aquello no fuera definitivo.

La mujer de las bolsas empezó a decir "Dios, Dios, Dios" en voz baja, como si rezara sin fe. El adolescente sacó el móvil. Alguien más, detrás, dijo "llama a emergencias".

Iván extendió la mano para comprobar el pulso, y se detuvo a mitad de gesto.

En la manga izquierda del hombre, a la altura del antebrazo, había un brillo extraño. Minúsculos puntos reflectantes. Purpurina.

Iván sintió que el estómago se le vaciaba.

No era un detalle interpretativo. No era "parece". Era purpurina. Exactamente esa palabra ridícula.

La mujer gritó ahora, un grito más alto, cuando vio la sangre de cerca. El adolescente empezó a narrar en voz baja a alguien por teléfono. "Hay un tío aquí… no sé, se ha caído… no, está sangrando…"

Iván se puso en pie, de golpe, demasiado rápido, mareándose un instante. Miró hacia arriba, buscando cámaras. Vio una, sí, en una esquina, pero estaba colocada de forma que solo captaría la fila de coches, no el lugar exacto donde estaba el cuerpo. El ángulo no servía.

Notó sus manos. Temblaban.

Se las frotó, y se dio cuenta de que las había manchado: no de sangre, sino de polvo, de esa suciedad de aparcamiento que se pega a la piel. Aun así, la sensación fue la misma: querer lavárselas.

El sonido de una sirena llegó desde lejos, apagado por el hormigón.

Iván dio un paso atrás. Luego otro. Se apartó como quien se retira de una escena que no le pertenece. Pero le pertenecía. Le pertenecía porque lo había leído. Porque lo había sabido. Porque había venido.

Cuando llegó la policía, él ya estaba a una distancia prudente, apoyado en un pilar, intentando parecer un ciudadano más. Un

testigo. Un tipo que pasaba por allí.

Los agentes preguntaron. La gente habló atropellada. Iván no dijo nada. Se oyó a sí mismo respirar.

Vio a Leire aparecer unos minutos después, entrando por el pasillo con paso rápido, sin necesidad de preguntar dónde estaba el cuerpo. La sirena se apagó al detenerse el coche. Leire miró la escena con esa frialdad práctica que solo tienen quienes han visto demasiadas.

Luego su mirada se cruzó con la de Iván.

Leire frunció el ceño, primero por sorpresa, después por algo más cortante.

Se acercó.

—¿Qué haces aquí? —preguntó, sin levantar la voz.

Iván abrió la boca para responder, pero en ese momento un sanitario dijo, mirando a los demás:

—Tiene la manga llena de… ¿eso es purpurina?

Iván sintió que la garganta se le cerraba.

Leire lo miró otra vez, más despacio.

—Iván —dijo, y esta vez su tono era distinto—. Explícame ahora mismo por qué demonios estás aquí.

Capítulo 2 — Purpurina

Leire no gritaba. Eso era lo peor. Si hubiera gritado, Iván habría podido refugiarse en el ruido, en la reacción humana. Pero Leire lo miraba como miran los policías cuando ya han decidido qué pregunta importa y solo están esperando que tú la entiendas.

—Explícame —repitió—. Ahora.

Detrás de ella, el aparcamiento se había convertido en una pequeña escena de caos domesticado: el sanitario arrodillado junto al hombre, la gente formando un semicírculo a distancia, móviles en alto, un agente pidiendo espacio con la mano abierta. El olor a gasolina parecía más fuerte, o quizá era Iván, que respiraba corto.

Iván buscó una frase que no lo hundiera.

—He… —empezó, y notó lo torpe que sonaba. Tragó saliva—. Vivo cerca. He venido a comprar.

Leire no se movió. Solo inclinó la cabeza un milímetro, como si acabara de oír una música desafinada.

—¿Y casualmente estabas aquí cuando un hombre se estampa la cara contra el suelo?

Iván sintió calor en la nuca. Se dio cuenta de que tenía las manos cerradas, los puños tensos. Los abrió despacio, obligándose a parecer normal.

—Lo he visto caer —dijo—. Me he acercado como todos.

Leire miró de reojo al cuerpo. El sanitario estaba hablando con el otro, el que sujetaba una bolsa de oxígeno, y ambos intercambiaban palabras rápidas. Un agente tomó notas. Alguien dijo “está pálido”. En ese minuto, el aparcamiento parecía una sala de espera enorme.

Leire volvió a Iván.

—¿Nombre?

Él parpadeó. Tardó una décima en entender que no se lo preguntaba por desconocerlo. Se lo preguntaba como se lo pregunta a cualquiera, para dejar constancia.

—Iván Llorente.

—Ya. —Leire levantó la mirada hacia el agente que tomaba datos—. Apunta: testigo. Iván Llorente.

Iván sintió un pinchazo seco. *Testigo*. La palabra tenía un peso que no quería. No era solo "persona que vio", era "persona que queda".

—Leire, espera.

Ella lo cortó con un gesto mínimo.

—Ahora no.

El "ahora no" no era una excusa. Era una orden. Leire se giró hacia el sanitario.

—¿Qué tenemos?

—Está sin respuesta —dijo el sanitario, y su voz fue más profesional que compasiva—. No parece un simple desmayo. Golpe frontal, pero… ha caído como un saco. Puede haber algo previo.

Leire asintió, y en su mirada apareció ese cálculo rápido que Iván conocía bien: qué se conserva, qué se pierde, qué se puede reconstruir.

—¿Cámaras? —preguntó.

Un agente señaló una esquina.

—Hay una allí y otra al fondo. Pero…

Leire siguió la dirección y vio lo mismo que Iván: la cámara en una esquina alta, apuntando a un pasillo de coches, no al lugar exacto del golpe. Su mandíbula se tensó.

—Recuérdame por qué este país pone cámaras para decorar —murmuró, más para sí que para nadie.

Iván se quedó quieto. No sabía dónde colocar sus manos. No sabía qué hacer con el cuerpo, con la sangre, con la purpurina que seguía brillando como un chiste cruel en una manga.

Al lado, una mujer mayor repetía en voz baja: "Ha sido un ataque, ha sido un ataque". Un hombre joven intentaba calmarla con palmadas torpes en el hombro, sin mirarla realmente.

Iván se apartó un paso. Notó el pilar frío en la espalda. De pronto necesitó agua. Un vaso entero, beberlo de golpe. Necesitó también un lavabo. No por higiene, sino por la sensación física de estar contaminado.

Su móvil vibró. Un mensaje.

Lo sacó por puro reflejo. La pantalla mostraba un correo del juzgado: recordatorio de una reunión del martes. Algo ridículamente normal.

Guardó el móvil.

Leire se acercó de nuevo, ya con otra energía. Había dejado de gestionar el caos general y ahora volvía a él.

—Te vienes conmigo.

—¿A dónde?

—A hablar. En un sitio donde no haya diez móviles grabándonos.

Iván miró alrededor. Nadie los estaba grabando a ellos específicamente, pero todos grababan algo. Leire lo tomó del brazo, no fuerte, pero con una firmeza que dejaba claro que no era una invitación.

Caminaron hacia la salida del aparcamiento. Iván pasó junto a la cámara en la esquina. El ojo negro, inmóvil, parecía observarlos sin emoción. Leire la miró de reojo, como si la cámara también pudiera mentir.

Subieron a la planta baja y cruzaron hacia una zona lateral, cerca de un almacén donde el ruido era menor. Allí, apoyada en una pared

blanca, había una puerta de emergencia. Leire se colocó de espaldas a la puerta, dejando a Iván delante como si lo hubiera colocado en el centro de un interrogatorio invisible.

—Bien —dijo—. Ahora sí.

Iván abrió la boca. Cerró. Lo intentó otra vez.

—No sabía que iba a pasar esto… —dijo, y la frase le sonó mala en cuanto salió.

Leire entrecerró los ojos.

—No me hagas perder el tiempo.

El corazón le golpeaba fuerte, pero Iván no tenía la adrenalina de una pelea. Tenía otra cosa: la sensación de que cualquier palabra podía volverse prueba.

—Me ha llegado una carta —dijo al fin, más bajo—. Esta mañana.

Leire no reaccionó como él esperaba. No se sorprendió. No dio un paso atrás. Solo lo miró con el mismo gesto de antes, como quien por fin escucha una nota que encaja en la melodía.

—¿Qué carta?

—Anónima.

—¿Contenido?

Iván dudó un segundo. Ese segundo lo delató más que cualquier respuesta.

Leire respiró por la nariz, despacio.

—Iván.

Era increíble la cantidad de significado que podía caber en un nombre.

—Decía… —empezó Iván—. Decía que a las 17:42 habría un hombre muerto aquí, en el aparcamiento. Mencionaba un detalle… —La palabra le raspó—. Purpurina.

Leire sostuvo la mirada.

—¿Y por eso viniste?

Iván sintió la trampa. Si decía "sí", estaba admitiendo que fue al lugar de un crimen anunciado. Si decía "no", la pregunta siguiente sería "entonces, ¿por qué estabas aquí?"

—Vine porque… —Se pasó la lengua por los labios—. Quería comprobar si era una broma o algo serio.

Leire soltó una risa breve, sin humor.

—¿Comprobar?

—Si llamaba y era una broma… —Iván se detuvo. La frase se volvía fea sola—. Iba a quedar como un idiota.

Leire lo miró con una mezcla de incredulidad y algo que se parecía a desprecio.

—¿Te preocupa quedar como un idiota más que que se muera alguien?

El golpe le dolió porque era cierto. No del todo, pero lo suficiente. Iván tragó saliva.

—No lo he gestionado bien.

—No. —Leire sacó un bolígrafo de su bolsillo. No era agresión; era procedimiento—. Dame la carta.

Iván notó un vacío en el pecho. La carta estaba en su casa. En un cajón. Tan lejos y tan cerca.

—La tengo… en casa.

Leire no cambió el tono, pero sus ojos sí.

—¿En casa?

—Sí.

—¿Me estás diciendo que has venido aquí, has presenciado un crimen anunciado, y la única prueba física de que tú lo sabías está

guardada en tu cajón?

Iván abrió las manos, un gesto que pretendía ser conciliador y se quedó a mitad.

—Iba a enseñártela. Esta noche. Mañana.

Leire lo señaló con el bolígrafo, como si marcara una línea en el aire.

—Escúchame bien. Esto es lo que va a pasar. Vas a ir a tu casa, vas a coger esa carta y me la vas a traer tal cual, sin tocarla más de lo que ya la has tocado. Y no vas a hablar de esto con nadie. ¿Me entiendes?

—Sí.

—No me respondas como un niño, Iván. ¿Me entiendes?

—Sí, Leire.

Leire guardó el bolígrafo. Su mandíbula volvió a tensarse.

—¿Te ha llegado por correo?

—No. En el buzón del portal.

—¿Sin sello, sin remitente?

—Sin nada.

Leire asintió, y por primera vez pareció más preocupada que enfadada.

—¿Cuándo la viste?

Iván intentó recordar la hora exacta.

—Sobre las siete y cuarto.

Leire miró su reloj.

—Vale. —Respiró hondo, y cuando volvió a hablar su voz tenía menos filo y más gravedad—. Esto puede ser alguien jugando o alguien serio. Pero, sea lo que sea, tú acabas de entrar en mi caso por la puerta grande.

Iván notó que le sudaban las manos. Se las secó en el pantalón.

—¿Crees que…?

Leire lo cortó.

—No sé qué creo todavía. Sé lo que he visto. Y he visto que estabas donde no deberías estar.

El silencio duró un segundo. Un segundo largo.

Leire bajó la voz.

—¿Qué más decía?

Iván volvió a ver la hoja, el texto impreso, la frase que le apuntaba sin apuntarlo.

—Decía que no habría testigos útiles. Que habría cámaras, pero que el ángulo no serviría.

Leire no se movió. Pero algo se endureció en su mirada, como cuando te das cuenta de que el enemigo no está improvisando.

—Eso… —dijo—. Eso ya no suena a broma.

Iván sintió un escalofrío.

—Hay una frase más —añadió, y le costó—. Decía: "Cuando lo encuentren, te preguntarás por qué lo sabías."

Leire lo miró fijo, como si esa frase fuera una mano tocándole el hombro.

—¿Y tú qué te preguntas, Iván?

Él no respondió. No porque no supiera, sino porque la respuesta era un lugar al que no quería entrar.

Leire se separó de la pared.

—Voy a tener que decirle a mi equipo que existes.

—Ya existo.

—Ya me entiendes. —Hizo un gesto con la cabeza hacia la salida—. Vete a tu casa. Ahora. Y no hagas ninguna estupidez de psicólogo brillante intentando jugar a detective.

Iván se quedó quieto.

—No voy a jugar.

—Ya has jugado —dijo Leire, y se fue sin mirar atrás.

Iván volvió al aparcamiento con una sensación absurda: como si la ciudad hubiera inclinado un poco el suelo bajo sus pies.

En el lugar donde había caído el hombre, ahora había cinta policial. El cuerpo ya no estaba. Quedaba una mancha oscura en el cemento y un pequeño brillo disperso, como si alguien hubiera derramado estrellas baratas.

Iván miró ese brillo y sintió una punzada en el estómago.

En su cabeza, la frase final de la carta volvió, simple y seca:

Mira dentro.

Condujo de vuelta a casa sin recordar el trayecto.

Cuando llegó al portal, el ascensor estaba abierto. Dentro había un vecino con una bolsa de basura. El vecino lo saludó con un "buenas" automático.

Iván respondió con un gesto.

Subió.

En el pasillo del piso, antes de entrar en casa, miró el buzón otra vez. Por costumbre. Por necesidad. Por esa parte suya que ya sabía que el buzón podía esconder una versión distinta del lunes.

No había nada.

Entró, dejó las llaves, fue directo al escritorio del pasillo y abrió el cajón. Sacó el sobre con dedos cuidadosos, como si el papel pudiera romperse solo.

Lo dejó encima de la mesa.

Se quedó mirándolo.

El sobre seguía sin nada escrito. Blanco. Limpio. Un objeto tonto.

Iván notó que temblaba ligeramente. No el cuerpo entero, solo las manos, como si ellas tuvieran vida propia.

Su móvil vibró otra vez.

Esta vez no era un recordatorio.

Era un mensaje sin número guardado.

Solo dos palabras en la pantalla:

“Lunes que viene.”

Capítulo 3 — Entrega incompleta

El mensaje se quedó en la pantalla como una mosca que no sabes si aplastar o dejar que se estrelle sola. **"Lunes que viene."** Sin firma, sin explicación, sin ese "Mira dentro" que ya empezaba a resultarle familiar de la peor manera. Iván lo releyó tres veces, no porque cambiara, sino porque su cabeza intentaba encontrarle un borde: una amenaza clara, un chantaje, una broma pesada. No había borde. Solo fecha.

Bloqueó el móvil y lo dejó boca abajo. El gesto fue infantil, como si taparlo lo volviera menos real. Se quedó un momento con la mano apoyada sobre el aparato, sintiendo la vibración fantasma de algo que ya había pasado. Luego respiró hondo y miró el sobre encima de la mesa. Ese era el único objeto del día que tenía sentido. Un papel impreso, tangible, que no dependía de pantallas ni de interpretaciones. Y aun así le daba más miedo que un arma.

No podía llevarle el sobre a Leire y, al mismo tiempo, no exponerlo todo. Esa idea le surgió con naturalidad, casi como un reflejo de supervivencia: *controla lo que entregas*. La misma lógica que usaba al redactar informes, esa forma elegante de decir la verdad sin decirla entera. Se sorprendió pensando así y aun así siguió. Abrió el sobre, sacó la hoja doblada y la extendió sobre la mesa con cuidado. La luz de la cocina era fría, sin indulgencia. Leyó una vez más, como si la repetición pudiera alterar la tinta.

Volvió a fijarse en el borde del cierre, en el pegamento fino, en la ausencia de marcas. Al darle la vuelta al sobre, notó algo que no había visto por la mañana: una leve presión en el papel, casi invisible, como si alguien hubiera apoyado la punta de un bolígrafo y hubiera presionado sin tinta. No formaba letras claras. Solo una insistencia. *Quien lo hizo lo hizo con calma*, pensó. Y esa calma, en lugar de tranquilizar, le encendió todas las alarmas.

Fue al baño y se lavó las manos. Esta vez no se engañó: lo hacía por el sobre. Volvió al escritorio con la piel tirante por el jabón y una decisión torpe pero firme: se lo llevaría a Leire. Pero no todo. No el

mensaje del móvil. No la parte de "cuando lo encuentren…" que lo señalaba con un dedo. No porque fuera mentira, sino porque lo convertía en protagonista. Y él todavía se resistía a serlo.

Dobló la hoja otra vez. La metió en el sobre. Miró el sobre como se mira un objeto que puede arruinarte la vida por el simple hecho de existir. Luego, sin pensarlo demasiado para no detenerse, rompió el borde superior con cuidado, lo justo para que pareciera "abierto por curiosidad" y no "manipulado por alguien que entiende de pruebas". Su propia trampa lo hizo sentirse sucio. Aun así, siguió. En un cajón encontró una funda de plástico transparente, de las que se usan para documentos. Metió el sobre dentro, cerró la funda y se quedó un segundo mirando el paquete, como si fuera una pieza de museo.

Antes de salir, volvió a mirar el buzón. Seguía vacío. El portal parecía el de siempre: el fluorescente zumbando, el ascensor que tosía al cerrar puertas, la piedra fría. Lo cotidiano, pero ya sin inocencia. Subió al coche y condujo hacia comisaría con esa sensación de ir a un lugar donde te van a quitar algo, aunque no tengas claro qué.

Leire lo citó en dependencias policiales, no en el juzgado. "Allí hay demasiadas orejas", había dicho. La comisaría tenía un olor distinto: café recalentado, humo viejo en la ropa, papel humedecido por manos que sudan. Lo hicieron esperar en una sala con sillas de plástico, una máquina de agua que nunca enfriaba del todo y un cartel con normas que nadie respetaba.

Leire apareció al cabo de unos minutos, con una carpeta bajo el brazo y el pelo más deshecho que antes. Su cara tenía esa mezcla de cansancio y alerta que se te pega cuando estás en un caso que no se deja domesticar. No lo saludó con cercanía, pero tampoco con el filo del aparcamiento. Lo miró como se mira algo que hay que colocar en la mesa para ver qué espacio ocupa.

—¿La traes? —preguntó.

Iván sacó la funda de plástico del bolso. Se la tendió.

Leire no la cogió con la mano desnuda. Llamó a un agente joven que pasaba por allí, pidió guantes, y cuando el agente se los trajo, Leire se los puso con la misma eficiencia con la que se abrocha el cinturón. Iván observó ese gesto con una incomodidad infantil: ella estaba haciendo "lo correcto" y, de pronto, lo suyo parecía aún más imprudente.

Leire abrió la funda, sacó el sobre y lo examinó sin prisa. Miró los bordes, la solapa, el papel. Luego sacó la hoja, la extendió sobre la mesa de la sala pequeña donde lo había metido y leyó en silencio. Iván se fijó en sus ojos, en cómo se movían por las líneas, y notó el instante exacto en que el detalle de la purpurina le encajó con lo que habían visto. No fue sorpresa. Fue confirmación. Eso era peor.

—¿Esto es todo? —preguntó cuando terminó.

Iván sostuvo la mirada. El corazón le latía en un punto extraño, en la garganta.

—Sí —dijo.

Leire no respondió de inmediato. Dejó la hoja sobre la mesa, alineó el borde con una precisión casi maniática, y lo miró otra vez, ya sin leerlo. Luego levantó la vista.

—No me mientas.

Iván sintió un golpe de calor, como si la sala hubiera subido de temperatura.

—No te miento.

—Iván. —Leire dijo su nombre con la paciencia gastada—. Esto tiene tres párrafos y un cierre. Está impreso, no hay firma, no hay nada. Y tú apareces en el sitio exacto a la hora exacta. Si además de esto hay un mensaje o una llamada o cualquier otra cosa que no me estés dando, el que se va a quemar eres tú. Y si te quemas tú, me quemas a mí.

La última frase lo ancló. No era amenaza. Era verdad. Iván tragó saliva, midiendo el siguiente movimiento como si estuviera cruzando

una calle con tráfico.

—Me llegó un mensaje —admitió al fin—. Después.

Leire no pareció aliviada. Pareció más cansada. Se quitó los guantes y los dejó encima de la mesa sin mirarlos.

—Enséñamelo.

Iván sacó el móvil. Dudó un segundo antes de desbloquear. No era pudor; era ese reflejo absurdo de proteger su vida privada, como si todavía existiera una frontera clara entre "mi vida" y "el caso". Abrió el mensaje y se lo mostró. Leire leyó: **"Lunes que viene."**

—¿Número? —preguntó.

Iván se lo enseñó. Era un remitente extraño, una secuencia de dígitos sin nombre guardado. Leire hizo una foto con su móvil de trabajo y le devolvió el teléfono.

—Esto ya no es un loco con tiempo libre —dijo—. Esto es alguien que quiere que tú sepas que te ve.

Iván intentó hablar, pero Leire lo frenó con la mano.

—No. Todavía no. Primero voy a hacerte dos preguntas. Responde solo a lo que te pregunto.

Iván asintió, tenso.

—Uno: ¿has recibido antes algo parecido?

—No.

—Dos: ¿tienes a alguien que pueda odiarte lo suficiente como para hacer esto?

La pregunta le abrió una ventana desagradable. Iván pensó en exparejas, en discusiones, en algún acusado que lo insultó en un pasillo. Todo parecía pequeño comparado con el nivel de precisión del papel.

—No lo sé —dijo—. No… no creo.

Leire lo miró como si esa respuesta le resultara sospechosa por vaga.

—Me vas a decir en qué estás metido, Iván. Aunque sea algo que creas que no tiene importancia. Lo que tú consideras "sin importancia" suele ser lo que luego explota.

—No estoy metido en nada.

Leire lo observó un instante más, y en su silencio había una conclusión provisional: *todavía no confío*. Se levantó, abrió la puerta de la sala y habló con un par de agentes en el pasillo. Iván no escuchó todo, pero captó palabras sueltas: "buzón", "edificio", "cámaras", "listado de mantenimiento". Luego volvió y cerró.

—Vamos a revisarlo todo. Tu portal, tu buzón, las cámaras si las hay, quién entra y sale. Si hay un patrón, lo encontraremos —dijo, y lo dijo como quien repite un procedimiento que ha repetido mil veces, aunque esta vez no le encaje del todo.

Iván apretó los dientes.

—¿Y si el lunes que viene hay otra carta?

—La habrá —respondió Leire sin dudar.

Esa certeza lo descolocó.

—¿Cómo puedes estar segura?

—Porque ya te ha escrito dos veces en menos de un día. Porque el texto no busca asustar a cualquiera: te busca a ti. Y porque la frase final… —Leire señaló el papel—. Esa frase no es de alguien que improvisa.

Iván bajó la mirada al documento. La última línea se le clavaba como una astilla.

—"Mira dentro" —leyó en voz baja.

Leire asintió.

—Eso es un lema. Y los lemas son de gente que se cree con derecho. A veces lo tienen. A veces solo se lo adjudican.

Iván notó que su cabeza intentaba adelantarse, construir teorías para evitar el miedo. Aun así, había algo básico que no podía esquivar: alguien había dejado una carta en su buzón sin que él lo viera. Alguien sabía a qué hora podía leerla. Alguien eligió el centro comercial del Este y el ángulo de una cámara como quien elige una silla en una sala.

Leire apoyó las manos en la mesa y lo miró con una dureza menos agresiva, más seria.

—Escucha. A partir de ahora no haces nada solo. Si llega otra carta, me llamas. Si te llega otro mensaje, me lo reenvías. Si crees que has visto algo raro, me lo dices. Y no vas a aparecer otra vez en un lugar a una hora exacta "para comprobar". ¿Estamos?

Iván asintió, pero no estaba convencido de sí mismo. Sabía lo fácil que era saltarse una promesa cuando el miedo te empuja.

—Una cosa más —añadió Leire—. ¿A qué te dedicas exactamente, aparte de lo que yo ya sé?

Iván frunció el ceño.

—Soy perito. Psicólogo forense.

—Ya. Y trabajas con expedientes, informes, gente que se cree víctima del sistema y gente que de verdad lo es. Lo digo porque si esto viene de un caso, tenemos que saber cuál.

Iván sintió el primer tirón real del pasado. Un tirón leve, todavía sin nombre. Como cuando una herida cicatrizada te pica de repente y recuerdas que está ahí.

—Puedo hacerte una lista de casos conflictivos —dijo.

—Me harás una lista de todos los casos relevantes de los últimos años. No solo los conflictivos. Y no me edites la lista como editaste tu entrega de hace un rato.

Iván quiso protestar, pero no encontró cómo sin sonar culpable. Se limitó a asentir.

Leire recogió el sobre y la hoja con guantes nuevos, los metió en una bolsa de evidencia y la selló delante de él. El gesto le dio una sensación rara: alivio, porque ya no estaba solo con el papel; miedo, porque el papel ya estaba dentro de un sistema que no perdona contradicciones.

—Te vas a tu casa —dijo—. Hoy. No pasas por el juzgado, no haces recados. Te vas y te quedas allí. Y quiero a alguien en tu portal esta tarde.

—¿Vas a poner vigilancia?

—Voy a hacer lo que pueda —respondió—. Y tú vas a hacer lo que te digo.

Iván salió de la comisaría con el aire de fuera golpeándole la cara. La ciudad seguía con su vida, indiferente, y eso le pareció casi ofensivo. Caminó hacia el coche pensando en su buzón, en el portal, en la ranura por la que cabe un papel y por la que, de pronto, le cabía una amenaza entera.

Al llegar al edificio, miró hacia arriba, buscando cámaras. No recordaba haberlas visto nunca, pero tampoco se había fijado. El portal seguía igual, el fluorescente zumbando, el ascensor respirando. Se acercó a los buzones. Tocó el suyo con los nudillos, como si esperara respuesta.

No había nada.

Subió a casa con las llaves apretadas en la mano. Cerró la puerta con vuelta y media. Luego fue al baño y se lavó las manos, esta vez con rabia, como si pudiera borrar la sensación de que el mundo acababa de colarse por una rendija.

Cuando salió, se obligó a sentarse en el sofá. Encendió la tele sin mirar. Cambió de canal tres veces sin escuchar nada. Tenía el móvil

encima de la mesa y lo miraba de reojo como se mira a un animal nervioso.

Pasó una hora. Dos. A ratos se levantaba y iba hasta la mirilla, por si escuchaba pasos en el rellano. A ratos abría el chat del mensaje como si la pantalla fuera a decirle algo más. No decía nada.

A las siete y diez sonó el timbre.

Iván se quedó quieto, el cuerpo entero en tensión. Luego se levantó despacio y fue a la puerta. Miró por la mirilla. Al otro lado había un hombre con chaleco oscuro, de esos que llevan empresas de mantenimiento, y una carpeta bajo el brazo. No parecía policía. No parecía amenaza. Solo un trabajador más.

Iván no abrió de inmediato. Se tragó la primera pregunta y eligió la más básica.

—¿Sí?

—Buenas —dijo el hombre al otro lado, con voz normal—. Mantenimiento. Vengo por lo de la caldera del edificio. Me han dicho que revise presión y purga en varios pisos. No tardaré.

Iván notó que se le aceleraba el pulso. Lo más absurdo era que no sabía si alegrarse o asustarse. Si era rutina, era rutina. Si era parte del juego, era una forma perfecta de entrar.

Se oyó el ascensor al fondo del rellano. Alguien subía.

Iván apoyó la frente un segundo en la madera de la puerta, sin que el hombre pudiera verlo.

Luego abrió.

El hombre sonrió de forma automática, sin intentar caer bien. Tenía la cara cansada de quien ha pasado el día entrando en casas ajenas. Llevaba un maletín pequeño y una carpeta de plástico transparente con papeles doblados.

—¿Puedo pasar? —preguntó.

Iván miró el chaleco. No era de ninguna gran empresa reconocible; solo un logotipo sencillo y un nombre impreso que no le sonaba. El hombre notó la duda y levantó la carpeta para que Iván viera un parte de trabajo con varias direcciones.

—Es cosa de la comunidad —añadió—. Hoy me han tocado estos pisos.

Iván abrió un poco más, lo justo para dejarlo entrar sin darle la sensación de que lo estaba invitando. El hombre pasó sin rozarlo, como quien sabe moverse en espacios estrechos. Olía a metal, a polvo y a ese jabón fuerte que usan algunos para tapar el olor del trabajo.

—¿Dónde tienes la caldera? —preguntó mirando alrededor.

—En la cocina —dijo Iván.

Lo guió hasta el lavadero. El hombre se agachó frente al armario donde estaba la caldera, abrió la puerta con confianza y empezó a manipular la ruleta de presión como si lo hubiera hecho mil veces. Iván se quedó a un lado, vigilándolo sin disimulo. No sabía qué vigilaba exactamente: si escondía un sobre, si sacaba el móvil, si miraba demasiado su casa. El hombre parecía concentrado en la máquina, pero Iván notó que hablaba mientras trabajaba, como muchos técnicos: para llenar el silencio y mantener a la gente tranquila.

—¿Te ha dado problemas? —preguntó.

—No —respondió Iván.

—Mejor. Hay edificios que están con la presión hecha un desastre. Luego vienen los vecinos con prisas, que si "no tengo agua caliente", que si "tengo un niño"… como si yo pudiera inventarme el agua.

Iván dejó pasar el comentario sin reaccionar. El hombre abrió una válvula, escuchó el aire, cerró, miró el manómetro.

—Listo —dijo—. Está bien.

Se puso en pie y sacó un bolígrafo. En la carpeta había una hoja con casillas y firmas.

—¿Me firmas aquí?

Iván dudó antes de acercarse. Firmar era un gesto tonto, cotidiano, pero ese día todo lo cotidiano parecía una trampa. Tomó el bolígrafo, firmó su nombre con una caligrafía más rígida de lo normal y se lo devolvió.

—Gracias —dijo el hombre, y guardó el papel con cuidado—. Me quedan dos más arriba.

Iván lo acompañó al pasillo. El técnico miró el reloj y añadió, como quien comenta el tiempo:

—Hoy voy a acabar tarde.

—¿Vienes mucho por aquí? —preguntó Iván, intentando que sonara casual y le salió demasiado directo.

El hombre lo miró con una ceja levantada.

—Cuando toca. Depende de avisos, revisiones… —Se encogió de hombros—. ¿Por qué?

Iván sintió el impulso de mentir y se detuvo a tiempo. Optó por lo más gris.

—He oído que últimamente había entradas de mantenimiento más a menudo.

El técnico soltó una risa corta.

—Eso dice todo el mundo cuando ve un uniforme por el portal. Si no ven a nadie, se quejan de que nadie trabaja. Si te ven, piensan que estás robando.

Iván forzó una sonrisa mínima. El hombre se giró para irse, pero antes de meterse al ascensor volvió la cabeza.

—Ah, una cosa —dijo—. Si notas que la caldera baja presión, abre un poco la llave, pero poco. Si no, me llamas a la empresa y vuelvo.

—Vale.

El ascensor se cerró y bajó unos centímetros antes de arrancar, con ese pequeño temblor de los ascensores viejos. Iván se quedó mirando la puerta metálica como si pudiera ver a través. Cuando el ascensor desapareció, el rellano se llenó de silencio otra vez. Iván cerró su puerta despacio, con cuidado de no dar un portazo. Luego echó el pestillo y apoyó la espalda en la madera.

Se dio cuenta de que estaba sudando.

Fue al baño y se lavó las manos, esta vez sin prisa. Se observó en el espejo mientras lo hacía: la cara algo más pálida, los ojos demasiado abiertos. Parecía alguien que no había dormido, no alguien que acababa de ver un cadáver. Y esa discrepancia le molestó más de lo que esperaba.

Volvió al salón. Encendió la lámpara de pie aunque todavía quedaba luz en la ventana. Necesitaba que su casa se sintiera menos como una caja.

Cogió el móvil. Dudó un segundo antes de marcar a Leire. No quería sonar paranoico. No quería sonar como el protagonista de un caso que todavía no entendía.

Leire respondió al tercer tono.

—¿Qué?

—Ha venido mantenimiento —dijo Iván.

Silencio breve al otro lado.

—¿A tu piso?

—Sí. Por la caldera. Dice que es revisión de varios pisos.

—¿Cómo se llama?

Iván cerró los ojos un instante. No le había preguntado. Se odiaba por eso.

—No lo sé. No se ha presentado con nombre. Llevaba un chaleco con el logo de la empresa.

—¿Has visto la carpeta? ¿Algún papel?

—Sí. Tenía un parte con direcciones. Me ha pedido una firma.

—¿Te ha parecido raro? —preguntó Leire.

Iván miró hacia la cocina, como si allí pudiera estar la respuesta. Recordó las manos del técnico, el gesto tranquilo, el humor seco.

—Me ha parecido… normal —dijo—. Y eso me ha dado más miedo de lo que debería.

Leire no se rió.

—Quiero descripción. Edad aproximada, altura, ropa, acento.

Iván se obligó a ordenar.

—Treinta y tantos. Altura media. Delgado, manos con callos. Pelo corto. Acento de aquí, diría. Chaleco oscuro, maletín, carpeta de plástico.

—Bien. —Leire bajó la voz, más concentrada—. Hoy tengo a un agente por tu zona. Voy a mandar que pregunte en la administración de la finca qué empresa está entrando. Tú, esta noche, no abras a nadie más. ¿Entendido?

—Sí.

—Y deja de moverte por impulso —añadió Leire—. Lo de antes… lo del aparcamiento… no lo repitas.

Iván notó la punzada de vergüenza otra vez.

—No lo haré.

Leire colgó sin despedirse. No por falta de educación; por falta de tiempo.

Iván dejó el móvil sobre la mesa. La casa volvió a parecer silenciosa, pero ahora había en ese silencio una presencia nueva, como un

ruido de fondo que solo él escuchaba. Se levantó y se acercó a la ventana. Desde allí veía la calle, la entrada del portal y un trozo del edificio de enfrente. Observó durante un rato sin saber qué buscaba: un coche parado, una figura repetida, una mirada. La calle seguía con su vida. La gente entraba, salía, arrastraba bolsas, hablaba por teléfono. Nada destacaba.

En el rellano sonaron pasos. El ascensor subió, se detuvo arriba. Se oyó una puerta abrirse y una voz que decía "buenas". El técnico seguía trabajando en otro piso. Iván imaginó el buzón abajo, en el portal, y la facilidad con la que una mano podía abrir una ranura y dejar un sobre blanco sin que nadie se fijara. No hacía falta ser nadie especial. Bastaba con ser alguien a quien nadie mira.

El pensamiento le dio un vuelco en el estómago.

Se fue a la cocina y abrió el armario bajo el fregadero. Miró la caldera como si fuera culpable. No lo era. Aun así, revisó la puerta del armario, los bordes, el espacio detrás. No había nada. Se sintió ridículo y, a la vez, incapaz de parar.

Cenó cualquier cosa sin hambre real. Se duchó demasiado rápido. Intentó leer, pero las palabras no se le quedaban. A las once, el cansancio le cayó encima como una manta húmeda. Se metió en la cama con el móvil en la mesilla y la luz apagada, esperando que el sueño lo borrara un rato.

El sueño no llegó. Solo llegó ese estado en el que el cuerpo está quieto y la cabeza va por libre. Iván pensó en la purpurina como un detalle elegido. En la cámara mal colocada como una burla. En el mensaje "Lunes que viene" como una manera de marcar calendario, de imponer una rutina a la fuerza.

Cuando por fin empezó a dormirse, un sonido pequeño lo despertó del todo: un golpe seco, suave, procedente del pasillo. No era un portazo. No era una tubería. Era algo que caía.

Iván se incorporó en la cama, el corazón subiéndole a la garganta. Esperó, conteniendo la respiración. Nada. Se levantó despacio,

descalzo, y abrió la puerta del dormitorio.

El pasillo estaba oscuro, pero entraba una franja de luz de la cocina por la rendija de una puerta mal cerrada. Iván avanzó hasta el escritorio. Miró el suelo.

Había un sobre blanco, igual que el de la mañana, apoyado contra la pata de la mesa. Como si alguien lo hubiera dejado allí con cuidado y, al cerrarse una puerta o al vibrar el edificio, se hubiera deslizado y caído.

Iván se quedó quieto, sin agacharse.

No entendía cómo podía estar ahí. No lo había visto antes. Había estado en casa. Había cenado, se había duchado, había pasado por ese pasillo varias veces. El sobre no podía haber aparecido sin más.

Lo cogió con dos dedos, como si pesara demasiado.

Esta vez sí había algo escrito. No su nombre. Solo una hora.

07:05

Y debajo, impreso, con el mismo tipo de letra de la carta:

Mira dentro.

Capítulo 4 — La parada

Iván llevó el sobre a la cocina sin encender más luces. No por sigilo, sino por superstición: como si la claridad pudiera convertir aquello en algo aún más real. Dejó el sobre sobre la encimera, al lado del frutero, y se quedó mirándolo con los brazos pegados al cuerpo. **07:05.** Una hora. No un lugar. No un nombre. Solo un punto del tiempo clavado como una chincheta.

Lo primero que hizo fue recorrer el pasillo. Descalzo, con la piel fría, revisó el suelo junto al escritorio, el marco de la puerta, el armario empotrado. Abrió la puerta de la calle, asomó al rellano, miró hacia el ascensor. Silencio. Volvió a cerrar con vuelta y media y apoyó la frente un segundo en la madera, intentando ordenar respiraciones.

Luego revisó lo obvio: ventanas cerradas, balcón cerrado, la puerta del lavadero. Todo estaba como él lo había dejado. Eso no lo tranquilizó; lo hundió más, porque lo obvio no explicaba nada.

Se obligó a pensar como en su trabajo: hechos, no impresiones. El sobre estaba dentro. Él lo había encontrado apoyado contra la pata de la mesa. No había visto a nadie. Había oído un golpe pequeño. Nada más. *¿Podía haber estado antes?* Se dijo que sí, que quizá se le pasó. Pero la casa era pequeña y él llevaba todo el día con el nervio encendido. Que un sobre blanco le pasara desapercibido era ridículo.

Miró el móvil. La pantalla le devolvió la hora: 00:27. Un instante pensó en llamar a Leire y decirle "hay otro sobre en mi casa, no sé cómo ha entrado". Se imaginó el silencio al otro lado, la paciencia de Leire convirtiéndose en fastidio. No por falta de empatía, sino porque a esa hora cualquier frase pesa el doble.

Aun así, marcó. Se detuvo antes de darle a llamar. Canceló. Volvió a marcar. Canceló otra vez.

Decidió hacer lo que podía sin nadie: mirar el sobre con calma, sin abrirlo todavía, buscando alguna señal que le diera una explicación simple. Lo giró. Esta vez el cierre también estaba limpio, sin sello. En

el reverso había una mancha mínima, casi imperceptible, como si el papel hubiera rozado una superficie sucia. Lo olió sin querer. Olor a papel, a tinta, a nada.

Cogió un cuchillo pequeño de la cocina y lo usó para levantar la solapa sin destrozar el borde. Sacó la hoja doblada en tres.

El texto era breve. A Iván le bastó una lectura para sentir el mismo vacío de la tarde, pero ahora con un matiz peor: esto no era una carta encontrada en un buzón. Esto era una carta encontrada dentro de su casa.

A las 07:05 estarás despierto.

A las 07:10 saldrás del portal.

Si quieres llegar antes de que ocurra, no vayas en coche.

Avenida del Río. Parada de autobús. Banco de metal con pintura saltada.

No llames a nadie antes.

Mira dentro.

Iván dejó la hoja sobre la encimera y se apoyó con ambas manos a los lados. Las venas de los antebrazos se le marcaron como si hiciera esfuerzo físico. Le molestó la precisión: no "mañana por la mañana", no "temprano". Minutos exactos. Un banco concreto. Un detalle visual que cualquiera podría reconocer y, a la vez, que convertía el lugar en un escenario.

Volvió a mirar el móvil. 00:31. La carta decía "no llames a nadie antes". Era una orden, pero también una provocación. Si él llamaba a Leire ahora, estaría desobedeciendo. Si obedecía, estaría aceptando el juego.

Ese era el truco: cualquier movimiento lo dejaba mal.

En el baño se lavó las manos hasta que el agua empezó a salir templada, y no fría. Se miró al espejo. Tenía una cara que no era la de un psicólogo forense ni la de un testigo, sino la de alguien que ha

descubierto que su casa ya no es suya. Se secó mal, con la toalla, y volvió al salón con la sensación de que el suelo estaba un poco más inclinado que antes.

Esa noche no durmió. Se sentó en el sofá con la luz de la lámpara encendida y el sobre encima de la mesa, como un animal dormido. Cada vez que el edificio crujía, Iván levantaba la cabeza. Cada vez que sonaba un coche en la calle, pensaba en la parada, en el banco de metal, en el minuto 07:10.

A las 06:40 se rindió y se hizo café. El sabor le dio náuseas, pero lo bebió igual. A las 06:58 se vistió sin pensarlo demasiado. Vaqueros, sudadera, abrigo. No quiso parecer alguien que va a trabajar ni alguien que va a huir. Eligió ropa neutra, como si todavía existiera esa posibilidad.

A las 07:08 estaba en el portal. Miró el buzón por impulso. Vacío.

A las 07:10 cruzó la puerta del edificio y el aire de la mañana le mordió la cara. Caminó sin correr hacia la avenida del Río, con el móvil en el bolsillo y la necesidad física de marcar el número de Leire clavada en el pulgar. No lo hizo. La carta había conseguido lo primero: que se callara.

La parada estaba a diez minutos andando. El banco de metal con pintura saltada estaba allí, exactamente como lo describía la hoja. Iván se sentó en el extremo, dejando espacio como si esperara a alguien. Miró el reloj: 07:20. El tráfico era escaso. Una mujer con un carrito pasó por delante, arrastrando ruedas que sonaban como si se quejaran. Un hombre con uniforme de reparto bebía café en un vaso de cartón. Todo normal. Todo insoportablemente normal.

A las 07:23 llegó un chico joven con mochila y auriculares. Se puso de pie, mirando la carretera. A las 07:25 apareció un hombre con una bolsa de deporte, caminando por la acera opuesta, sin prisa. Iván lo vio y sintió un pinchazo frío en el estómago, no porque reconociera al hombre, sino porque la bolsa de deporte era un objeto demasiado fácil para esconder cosas. Demasiado útil para el miedo.

El hombre cruzó en un punto más adelante y se acercó a la parada por detrás del banco. Iván oyó pasos, luego el roce de la suela en el cemento. La mujer del carrito ya no estaba. El repartidor se había alejado. El chico con auriculares seguía mirando la carretera, ajeno.

Iván giró la cabeza lentamente. El hombre de la bolsa lo miró un instante. No con amenaza abierta. Con una neutralidad parecida a la suya.

Y entonces, a un par de metros, la mujer que esperaba junto al poste del autobús —Iván no la había notado hasta ese momento— se llevó la mano al cuello como si le faltara el aire.

Iván se levantó.

La mujer dio un paso torpe hacia el borde de la acera. Sus ojos buscaron algo, cualquiera, para agarrarse. Iván avanzó instintivamente, y en ese mismo segundo el hombre de la bolsa también se movió, rápido, demasiado rápido.

El mundo se estrechó.

Y el autobús dobló la esquina.

El autobús apareció como un bloque azul y gris que no pedía permiso. Giró ancho, invadiendo un poco el carril contrario, y el aire de su frenada arrastró polvo de la acera. La mujer que se había llevado la mano al cuello dio otro paso torpe, como si su cuerpo no supiera hacia dónde caer. Iván avanzó, pero no llegó a tocarla. No todavía.

El hombre de la bolsa se movió a la vez que él. No hacia la mujer, sino hacia el lateral del banco, como si buscara un ángulo. Iván lo vio de reojo y, en vez de ir directo, se cruzó medio paso para interponerse. Fue un gesto instintivo, casi infantil: ponerse en medio para que no pase algo. No sabía qué iba a pasar. Solo sabía que podía pasar.

La mujer respiraba mal. Los labios se le estaban poniendo pálidos, y cuando intentó hablar solo le salió un hilo de voz. El chico de la mochila se quitó un auricular, confundido, y miró alrededor buscando a un adulto que le dijera qué hacer. El conductor abrió las puertas con un siseo largo, y un par de personas empezaron a bajar sin enterarse de nada.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Iván, agachándose un poco para verla a la altura de los ojos.

La mujer negó con la cabeza. Tenía la mirada clavada en algún punto detrás de Iván, no en él. Esa mirada fija, asustada, le puso la piel en alerta. Se giró lo justo y vio al hombre de la bolsa ya muy cerca, a dos metros. Su cara era normal, corriente, con barba recortada y ojeras de dormir poco. Podría haber sido cualquiera. Precisamente por eso.

—Señora, ¿quiere sentarse? —dijo Iván, tratando de sujetarla por el codo sin agarrarla con fuerza.

La mujer se resistió un segundo, por reflejo, luego cedió. Se sentó en el banco con el cuerpo rígido, como si fuera a caerse hacia delante. Iván se inclinó para ver si respiraba. Le olía el aliento a café y a algo metálico, ese olor que a veces aparece cuando alguien está a punto de vomitar.

—¿Asma? —preguntó.

Ella intentó asentir, pero solo pudo abrir la boca y llevarse los dedos al cuello otra vez. Iván miró sus manos: temblaban. Se le ocurrió lo de siempre, lo básico. Inhalador. Agua. Aire.

—¿Llevas inhalador?

La mujer buscó en el bolso con movimientos torpes. La cremallera se le atascó. Iván estiró el bolso con cuidado, sin invadir demasiado, y abrió él. Dentro había una cartera, un paquete de pañuelos, llaves, un neceser. Un inhalador azul apareció al fondo.

Iván lo sacó y se lo puso en la mano. Ella lo apretó como si fuera una tabla en medio del agua. El gesto le salió torpe, sin coordinación. Iván se inclinó más.

—Tranquila. Uno. Luego respiras.

La mujer acercó el inhalador a la boca y apretó, pero no inspiró bien. Tosió. Los ojos se le humedecieron. Iván sintió una punzada de impotencia absurda: estaba haciendo lo correcto y, aun así, todo parecía escrito para fallar.

Alrededor, la parada empezaba a reaccionar. Una señora que bajaba del autobús miró la escena y soltó un "¿qué pasa?". El conductor asomó la cabeza por la puerta, impaciente, sin entender todavía. El chico de la mochila sacó el móvil.

Iván levantó la vista y vio al hombre de la bolsa observando en silencio. No se acercaba más, pero tampoco se iba. Esperaba. Como si no necesitara prisa.

Iván se puso de pie sin apartarse del banco y lo miró directo.

—¿Necesitas algo? —preguntó.

La pregunta era simple. El tono no. Iván no podía evitarlo: se le había colado algo de lo que Leire le reprochó el día anterior, ese impulso de controlar el relato.

El hombre sonrió apenas, una sonrisa que no buscaba ser amable.

—Nada —dijo—. Solo estaba esperando el autobús.

Iván miró la bolsa de deporte. Era negra, sin marca. Podía llevar ropa, podía llevar herramientas, podía llevar cualquier cosa.

—Este es el autobús —dijo Iván, señalando el vehículo que todavía tenía las puertas abiertas—. Si es el tuyo, sube.

El hombre sostuvo la mirada de Iván un segundo más de lo normal.

—No es este —respondió.

Se apartó un paso hacia un lado, como dándole la razón sin ceder. Iván notó su propio pulso en las orejas. Tenía el móvil en el bolsillo, pesándole como un secreto.

La mujer en el banco volvió a intentar usar el inhalador. Esta vez inspiró un poco mejor. La tos sonó más profunda. Iván aprovechó ese instante para mirar alrededor con la mente acelerada: cámaras, calle, gente, salidas. No había cámaras evidentes. La avenida era larga y bastante abierta. Un lugar perfecto para que cualquier cosa pareciera un accidente.

El conductor alzó la voz desde la puerta.

—¿Subís o no? Que voy con retraso.

—Espere un momento —dijo Iván sin pensarlo, y el conductor lo miró con cara de "¿y tú quién eres?". Iván lo ignoró.

El chico de la mochila ya tenía el 112 marcado, el dedo flotando encima.

—¿Llamo? —preguntó, inseguro.

Iván iba a decir que sí cuando recordó la carta: *No llames a nadie antes.* Ya había desobedecido en parte, al venir. Pero no había llamado. Aún. Ese detalle le pareció insoportable, como si el remitente estuviera allí, puntuando su comportamiento.

La mujer soltó un suspiro roto que se pareció a una respiración real. Sus hombros bajaron un milímetro. Iván se inclinó hacia ella.

—Mejor —dijo—. Bien. Respira despacio.

Ella lo miró por primera vez a la cara. Tenía ojos cansados, de noche mala.

—Gracias… —murmuró, y la voz le salió con aire, no con sonido.

Iván asentía cuando vio el movimiento. No fue espectacular. Fue pequeño, limpio. El hombre de la bolsa metió la mano en el bolsillo de la chaqueta y sacó algo plano, como una tarjeta. Se acercó al poste de la parada, pegó la tarjeta al horario plastificado y la deslizó

hacia abajo, como quien limpia una pegatina vieja. Un gesto inocente. Sin embargo, Iván sintió un escalofrío inmediato. Ese gesto no era de alguien que está esperando un autobús; era de alguien que deja algo o quita algo.

Iván dio dos pasos hacia el poste.

—¿Qué haces?

El hombre se giró despacio, sin prisa. La tarjeta ya estaba guardada. La bolsa colgaba de su mano izquierda. En la derecha no llevaba nada.

—Nada, te lo he dicho —repitió.

Iván miró el horario. Había, pegado en una esquina inferior, un papel pequeño, doblado, metido entre el plástico y el marco metálico. Un papel que no habría visto nadie salvo alguien que lo buscara. O alguien que supiera que iba a estar mirando.

El estómago de Iván se contrajo.

Metió los dedos y sacó el papel. Estaba doblado en dos, sin sobre. Lo abrió allí mismo, de pie, con el autobús aún esperando y la gente mirándolo como se mira a un loco.

El texto era breve, impreso.

No era ella.

Era tu impulso.

Mira dentro.

Iván leyó y se quedó con el papel en la mano, congelado. El mundo siguió moviéndose: el conductor cerró las puertas con un siseo, el autobús arrancó, el chico de la mochila se apartó para dejarlo pasar, la mujer se levantó despacio con el inhalador aún en la mano. Pero Iván no estaba en la parada. Estaba dentro de una frase.

No era ella. Era tu impulso.

Sintió una mezcla rara de alivio y rabia. Alivio porque la mujer no se estaba muriendo. Rabia porque alguien había jugado con su reacción como quien aprieta un botón.

Cuando levantó la vista, el hombre de la bolsa ya se alejaba por la acera, caminando sin correr, tragándose la escena como si no hubiera sido con él. Iván lo siguió un par de pasos, sin saber si perseguirlo o si eso era justo lo que querían.

—¡Eh! —dijo, más alto de lo que pretendía.

El hombre no se giró.

Iván apretó el papel hasta arrugarlo. Se obligó a parar, porque correr detrás de él era otra forma de obedecer. Se quedó mirando la espalda del desconocido hasta que dobló una esquina y desapareció.

Volvió al banco. La mujer estaba de pie, apoyándose en el poste, respirando mejor. La señora que había bajado del autobús le ofrecía una botella de agua. El chico de la mochila miraba a Iván como si Iván fuera parte del problema.

—¿Estás bien? —preguntó Iván a la mujer, intentando recuperar normalidad.

—Sí… —dijo ella, tragando saliva—. Me he asustado.

—¿Quieres que llamemos a alguien? ¿Un familiar?

Ella negó con la cabeza.

—No, ya… ya se me pasa. Gracias.

Se alejó despacio, bebiendo un sorbo de agua. Iván la observó unos segundos, por si caía, por si volvía a ahogarse. No ocurrió. Solo siguió caminando, como una persona cualquiera en una mañana cualquiera que, de pronto, había sido extra.

Iván se quedó solo en la parada con el papel arrugado en el puño. *No era ella.* Claro que no. La mujer había sido un señuelo emocional, un espejo de su necesidad de arreglar cosas rápido. El crimen anunciado no había ocurrido. O no allí.

Miró la hora: 07:33.

Entonces entendió el truco real. La carta no garantizaba un asesinato en ese minuto. Garantizaba su presencia, su silencio previo, su decisión de obedecer. Lo habían traído a un punto para demostrarle algo, para medirlo.

Y, mientras él estaba allí, podía estar ocurriendo otra cosa en otro sitio.

Sacó el móvil y llamó a Leire. Ya no le importaba "desobedecer". Le importaba llegar tarde.

Leire contestó con una voz áspera de madrugada mal dormida.

—¿Qué pasa?

—Me ha llegado otra nota —dijo Iván, sin adornos—. En mi casa. Anoche. Con una hora y un lugar. He ido. No ha habido crimen aquí, pero había un hombre con una bolsa, y han dejado otra nota en la parada.

—¿Dónde estás?

Iván miró el poste, el banco de metal, la pintura saltada.

—Avenida del Río. La parada del banco de metal.

Hubo un silencio mínimo al otro lado. Un silencio operativo.

—No te muevas —dijo Leire—. Te mando a alguien. Y no toques nada más. ¿Has tocado la nota?

—Sí —admitió Iván, sintiendo la vergüenza como un golpe—. La tengo.

—Guárdala. En una bolsa. Lo que sea. No la sigas manoseando. ¿Has visto al que la dejó?

Iván tragó saliva.

—He visto a un hombre. Bolsa de deporte negra. Treinta y tantos. Barba corta.

—¿Te ha hablado?

—Ha dicho que solo esperaba el autobús.

Leire soltó una exhalación corta, contenida.

—Escúchame. —Su voz bajó, más firme—. Esto ya no va de "cartas". Esto es alguien moviéndote. Y tú se lo estás poniendo fácil. Quédate quieto. Agente en camino.

Iván miró la calle. Le parecía más larga que antes, como si la ciudad hubiera estirado distancias solo para fastidiarlo.

—Leire… —dijo, y no sabía qué iba a pedir exactamente.

—No, Iván. Nada de "Leire". Ahora obedeces. Por una vez en tu vida, obedeces de verdad.

Colgó.

Iván se quedó con el móvil en la mano y el papel arrugado en la otra. Miró el banco de metal. Miró el poste. Miró el asfalto donde el autobús había frenado hacía unos minutos. Todo parecía limpio, normal, indiferente. Sin embargo, él notaba la mañana como si estuviera sucia.

Cuando el primer coche patrulla dobló la esquina, Iván sintió alivio. Y al mismo tiempo, un miedo nuevo: la certeza de que ya no había manera de volver al lunes anterior.

En el bolsillo, el móvil vibró con un mensaje nuevo, de un número desconocido. Iván no lo abrió de inmediato. Ya sabía que abrirlo era entrar un paso más.

Lo abrió igual.

"Has llegado tarde a otro sitio."

Capítulo 5 — El segundo

El coche patrulla se detuvo junto a la parada con un frenazo suave. Bajaron dos agentes, uno con cara de sueño y otro con esa energía inquieta de quien se despierta a base de urgencias. Iván se obligó a respirar despacio, como si su propia calma pudiera limpiar el desastre. Tenía el papel arrugado en el puño y el móvil en la otra mano, aún con el mensaje abierto: **"Has llegado tarde a otro sitio."**

El agente más joven miró a Iván de arriba abajo, evaluándolo sin disimulo.

—¿Usted es Llorente?

Iván asintió.

—Soy psicólogo forense. He llamado a la inspectora Salvatierra.

—Ya lo sabemos —dijo el agente, sin cordialidad, y señaló la parada —. ¿Qué ha pasado?

Iván explicó lo justo: nota en casa, lugar y hora, la mujer con crisis respiratoria, el hombre de la bolsa, el papel escondido en el horario. No añadió interpretaciones. Se le notaba en la voz el esfuerzo por no sonar como un paranoico que se ha montado una película. Aun así, el agente lo miraba con el mismo gesto con el que miras a alguien que te cuenta un sueño demasiado detallado.

—¿La nota? —pidió.

Iván sacó el papel arrugado. Lo alisó con cuidado contra su muslo y lo metió en el bolsillo interior del abrigo sin dárselo todavía.

—Leire me ha dicho que no toque nada más y que lo guarde en una bolsa. No tengo bolsa.

El agente apretó la mandíbula, molesto por el matiz de obediencia.

—Pues me lo da y ya.

El agente mayor intervino con una mirada a su compañero, una de esas miradas que dicen “no lo hagas peor”.

—Tranquilo. —Se volvió hacia Iván—. Si lo has tocado ya, lo has tocado ya. Dame eso y lo guardamos como podamos.

Iván se lo entregó al mayor. El hombre sacó una bolsa de evidencias de una carpeta, metió el papel con pinzas y lo selló sin ceremonia. Luego miró el horario plastificado del poste, por si quedaba algo, y señaló al joven.

—Haz fotos y mira si hay cámaras en esta avenida.

El joven se fue con el móvil en alto, grabando la parada como si fuera una escena de serie.

Iván miró hacia la esquina por donde había desaparecido el hombre de la bolsa. La acera estaba vacía. En la distancia, una señora paseaba un perro. Un repartidor descargaba cajas. Nada que se pareciera a una amenaza. Eso era lo que más irritaba: la facilidad con la que el mundo podía volver a fingir normalidad.

—¿Puedes describir al hombre otra vez? —preguntó el agente mayor, sin levantar la voz.

Iván se esforzó: barba recortada, chaqueta oscura, bolsa de deporte sin marca, altura media, cuerpo delgado. Añadió un detalle que le volvió a la cabeza de golpe: cuando el hombre pegó o deslizó la tarjeta, tenía un movimiento aprendido, de alguien que usa las manos para trabajar, no solo para gesticular.

—¿Acento? —insistió el agente.

—De aquí. Nada particular.

El agente asintió, anotando en una libreta. Iván notó que, mientras tomaba notas, el hombre no le preguntaba “¿por qué has venido?” ni “¿quién te manda esto?”. Solo hechos. Eso, de algún modo, lo calmó más que cualquier frase tranquilizadora.

A los pocos minutos apareció Leire. No en coche patrulla. Llegó en un vehículo sin distintivos, bajó con una carpeta en la mano y los ojos afilados. Se acercó sin saludar, con esa urgencia contenida de quien ya viene con algo en la cabeza.

—¿Estás bien? —preguntó, y no sonó a preocupación; sonó a comprobación.

—Sí.

Leire miró el poste, el banco, el suelo, el perímetro. Luego lo miró a él.

—¿La nota?

El agente mayor le entregó la bolsa sellada.

Leire la observó sin abrirla, leyó a través del plástico y apretó los labios. Iván vio el instante exacto en que la frase "No era ella. Era tu impulso" le encajó como un golpe en la sien. Leire levantó la vista.

—Te han puesto aquí a hacer de muñeco —dijo, sin rodeos.

Iván bajó la mirada al asfalto, rabioso y avergonzado a la vez.

—No había crimen.

—No lo sabes —respondió Leire, y sacó el móvil—. Porque tú estabas aquí.

En ese momento, el agente joven volvió.

—No hay cámaras municipales en la parada. Hay una de un banco a cincuenta metros, pero apunta al cajero, no a esto.

Leire asintió sin sorpresa, como si esa parte ya estuviera escrita.

—¿Has localizado al hombre de la bolsa?

—Nada. —El agente hizo un gesto de frustración—. Pregunté a un par de personas, nadie lo ha visto. O no se acuerdan.

Leire miró a Iván.

—¿Te acuerdas de lo que decía la primera carta? —preguntó.

Iván notó el frío en el estómago antes de responder.

—Que no habría testigos útiles.

Leire clavó la mirada en él.

—Exacto.

El silencio duró poco. Un aviso sonó en el móvil de Leire. Su rostro cambió, no por sorpresa, sino por confirmación. Contestó sin apartarse de Iván.

—Salvatierra.

La voz al otro lado no se escuchaba, pero Leire respondió con frases cortas, de esas que se usan cuando no hay tiempo para digerir.

—¿Dónde?… ¿Hora?… ¿Víctima?… ¿Cámaras?… Vale. Voy.

Colgó y se quedó un segundo con el móvil en la mano, mirando la pantalla como si acabara de recibir un golpe.

—Ahora sí hay crimen —dijo.

Iván sintió que se le iba la sangre a los pies.

—¿Dónde?

—Parque industrial. Zona del puente viejo. —Leire apretó la mandíbula—. Una mujer apuñalada en el aparcamiento lateral de una nave. La llamada entró a las siete y cuarenta. Tú estabas aquí.

Iván parpadeó. El número le golpeó con una precisión cruel: *siete y cuarenta*. Él llevaba desde las siete y veinte sentado en el banco.

—Me han… —empezó, y no encontró el final.

Leire lo interrumpió.

—Te han usado para asegurarse de que no estabas allí. Y para que yo supiera que estabas aquí. Esto no es casualidad. —Leire se giró hacia el agente mayor—. Quiero que uno de vosotros se quede con él. Que no se mueva. Y que alguien revise su portal desde ya. Hoy.

—Leire —dijo Iván, con un hilo de voz—. Tengo que ir contigo.

Leire lo miró como si le hubiera pedido un arma.

—No.

—Soy parte de esto.

—Precisamente por eso. —Leire bajó la voz, más peligrosa—. No me obligues a tratarte como sospechoso. Porque me lo estás poniendo fácil.

Ese "sospechoso" le ardió en la piel. Iván tragó saliva.

—Yo no la he matado.

—No he dicho que la hayas matado. He dicho que me estás complicando el caso. —Leire dio un paso hacia él—. ¿Te queda algo que no me hayas contado? Mensajes, correos, llamadas, lo que sea.

Iván dudó una décima. La décima le delató.

Leire lo vio y se acercó todavía más.

—Iván.

Él sacó el móvil y le enseñó el último mensaje: **"Has llegado tarde a otro sitio."**

Leire lo leyó. Por primera vez, Iván vio en su cara algo parecido a asco, pero no hacia él. Hacia el juego.

—Bien —dijo Leire—. Ahora quiero ver el resto. Todo. Desde ayer.

—Hay cosas… personales.

—Me da igual. —La frase no fue cruel; fue práctica—. Si tu privacidad te importa más que esto, te vas a hundir tú solo.

Iván apretó los dientes y abrió el chat. Le mostró el "Lunes que viene." Le mostró el mensaje que no tenía firma. Le mostró la hora. Leire hizo capturas con su móvil de trabajo, sin tocar el suyo. No porque respetara su espacio: porque sabía que cada gesto podía contaminar pruebas.

—¿Cómo llegó la segunda nota a tu casa? —preguntó Leire.

—No lo sé. Estaba dentro. La encontré en el pasillo, de noche.

Leire lo miró fijo.

—¿Dentro de tu casa?

—Sí.

—¿Puertas cerradas?

—Cerradas.

Leire no discutió. No dijo "imposible". No dijo "te lo estás inventando". Simplemente lo anotó en su cabeza y se giró al agente mayor.

—Quiero un registro del portal. Horarios de empresas de mantenimiento, nombres, matrículas. Y quiero hablar con el portero o el administrador. Hoy.

El agente asintió.

Leire volvió a Iván.

—Tú vienes a comisaría. Ahora.

—Leire, la mujer…

—La mujer ya tiene gente. Y tú tienes una etiqueta colgando del cuello que pone "problema". Vamos a quitártela o a confirmarla. —Leire se acercó un paso más—. Y te lo digo claro: si vuelves a ir a ningún sitio siguiendo una nota, te juro que me encargo de que te siente un juez antes de que puedas lavarte las manos.

Iván sintió el golpe de esa frase porque era exacta. Ni siquiera sabía si Leire había notado su manía o si era una coincidencia. Eso lo inquietó aún más.

Subieron al coche sin distintivos. Iván se sentó delante, rígido, mirando la carretera como si esperara que en cada esquina apareciera el hombre de la bolsa. Leire conducía sin hablar, con una concentración que cortaba el aire. Al llegar a comisaría, lo metieron en una sala diferente a la del día anterior: más pequeña, sin

ventana, con una mesa metálica y una cámara en la esquina. El detalle de la cámara lo enfureció y lo asustó a la vez.

—No es para ti —dijo Leire, leyendo su cara—. Es para mí. Para que nadie diga luego que esto no se hizo bien.

Leire dejó su carpeta sobre la mesa y sacó una bolsa con guantes. Se los puso. Señaló el móvil de Iván.

—Déjamelo aquí.

Iván lo hizo. Leire no lo encendió delante de él. Llamó a un técnico de informática forense y esperó, mirando el papel de la primera carta que ya tenían registrado. Iván, sentado, miraba sus propias manos sobre la mesa. Las manos quietas, los dedos inquietos.

Entró el técnico, saludó sin ganas y se llevó el móvil. Leire aprovechó para mirar a Iván con una franqueza que no tenía nada de amable.

—Voy a preguntarte por el Caso Aranda —dijo.

El nombre le golpeó como un portazo en el pecho.

—¿Qué? —Iván intentó mantener la cara neutra, pero la garganta le traicionó.

—No me pongas cara de sorpresa. —Leire sacó un folio impreso de su carpeta—. He pedido una búsqueda rápida de casos donde tú firmaste informe determinante y hubo consecuencias después. Esto ha saltado en la lista como una verruga.

Iván miró el papel sin cogerlo. En el encabezado se leía el nombre: **Sergio Aranda**. Debajo, fechas. Firmas. La suya.

—Eso fue hace años —dijo Iván, y la frase le salió defensiva.

—Hace años, sí. Pero tu firma sigue ahí. Y si alguien te está señalando con "Mira dentro", no es por tu forma de aparcar. —Leire se inclinó hacia él—. ¿Qué hiciste, Iván?

Iván sintió que el aire de la sala se volvía denso. La cara de Rubén Cifuentes aún no existía en su historia, pero el hueco del pasado empezó a llenarse de sombras. Pensó en aquel informe, en aquella

reunión, en aquella decisión redactada con palabras suaves. Y se dio cuenta, con una claridad que le dio náuseas, de que alguien podía estar construyendo todo esto con la misma suavidad.

Leire no apartó la mirada.

—Contesta.

Iván tragó saliva.

—Hice mi trabajo.

Leire apoyó las palmas enguantadas en la mesa.

—Entonces mira dentro y dímelo mejor. Porque ahí fuera hay una mujer muerta, y alguien te está usando como metrónomo.

En ese instante, la puerta se abrió y entró el técnico con el móvil de Iván en una bolsa.

—Inspectora —dijo—. Hay una cosa rara. No solo mensajes. Hay un borrador de correo guardado. No enviado. Fechado hace dos días. Dirigido a ti.

Leire parpadeó una vez, mínima. Luego miró a Iván.

—¿Un borrador para mí?

Iván sintió cómo se le helaba la nuca.

—Yo no te he escrito nada.

El técnico dejó la bolsa sobre la mesa, sin abrirla.

—Asunto: "Lunes". Y el texto solo dice una frase.

Leire no preguntó cuál. Miró a Iván como si la frase ya estuviera escrita en su cara.

—Dímela —ordenó.

El técnico obedeció, con voz neutra:

—"Cuando lo encuentren, te preguntarás por qué lo sabías."

Capítulo 6 — Ruido de fondo

Iván tardó un segundo en entender lo que acababa de oír. No por la frase, que ya la conocía, sino por el hecho de que estuviera en un borrador suyo, fechado dos días antes, dirigido a Leire. Dos días antes de que la carta llegara al buzón. Dos días antes de la purpurina. Dos días antes de que él supiera que existía un juego.

Leire no preguntó nada más. Se quedó mirando la bolsa con el móvil como si pudiera ver el borrador a través del plástico. Cuando habló, lo hizo con una calma que a Iván le pareció más peligrosa que el enfado.

—¿Quién tiene acceso a tu correo?

—Nadie —dijo Iván, y sonó a niño respondiendo "yo no he sido" en un aula.

Leire ladeó la cabeza.

—¿Nadie? ¿Ni tu ordenador del juzgado, ni tu portátil, ni tu móvil, ni una sesión abierta, ni una contraseña repetida?

Iván apretó los dientes. Recordó vagamente una tarde en la que el navegador le ofreció guardar contraseña. Recordó haber dicho "sí" sin pensar. Recordó también lo fácil que era dejar una sesión abierta cuando ibas al baño, porque en el juzgado la gente entraba y salía todo el tiempo.

—Uso dos correos —dijo—. Uno personal y uno del juzgado. El del juzgado lo manejo en el despacho.

—¿Y el personal?

—En el móvil. Y en casa, a veces.

Leire miró al técnico.

—Enséñame el borrador en la pantalla forense. Sin tocar el dispositivo del señor.

El técnico asintió, salió y regresó al minuto con un portátil de trabajo. Abrió un visor y proyectó el contenido en una pequeña pantalla secundaria de la sala. Iván vio su dirección de correo, la de Leire, la fecha, la hora. El asunto: **Lunes**. El cuerpo: una sola línea, exacta, sin errores.

Cuando lo encuentren, te preguntarás por qué lo sabías.

Iván sintió una presión en el pecho, una mezcla rara de vértigo y rabia. No era solo que alguien hubiera entrado en su teléfono. Era que alguien había escrito usando su identidad y lo había hecho con precisión quirúrgica, sin añadir ruido, sin cometer torpezas.

—Esto no lo he escrito yo —dijo, y se odió por lo desesperado que sonó.

Leire se acercó al técnico.

—¿Está enviado?

—No. Es borrador. Guardado.

—¿Con qué cuenta?

—Personal. La del móvil. Hay otros borradores antiguos, normales, y este destaca porque es limpio y porque no hay rastro de que se abriera después.

Leire miró a Iván.

—¿Sabes lo que significa esto?

Iván tuvo ganas de contestar algo inteligente, algo que lo hiciera parecer útil. Lo único que le salió fue la verdad.

—Que alguien ha estado dentro.

Leire asintió.

—Y que alguien quiere que parezca que tú estabas dentro antes. Eso es aún peor.

El técnico cerró el portátil sin dramatizar. Leire le dio dos instrucciones rápidas: clonación completa del móvil, extracción de

metadatos, geolocalización si es posible. Luego lo mandó fuera con un gesto. Cuando se quedaron solos, el aire se espesó.

—Ahora vamos a poner orden —dijo Leire—. Te voy a pedir que recuerdes cosas que no te apetece recordar, y te voy a pedir que no intentes protegerte con palabras bonitas. Si lo haces, te hundes. Si no lo haces, puede que también. Pero al menos yo podré trabajar.

Iván no contestó. Tenía la boca seca.

Leire abrió su carpeta y sacó un folio con una lista corta.

—En las últimas cuarenta y ocho horas has recibido: carta en buzón, mensaje "Lunes que viene", nota dentro de casa, nota en la parada, mensaje "Has llegado tarde a otro sitio", y ahora esto. Y mientras tanto, un homicidio en aparcamiento y un apuñalamiento en polígono. —Leire apoyó el bolígrafo sobre la mesa—. Quiero saber una cosa. ¿Qué tienes que ver tú con el segundo crimen?

Iván frunció el ceño.

—Nada. No conozco a esa mujer.

—Aún. —Leire lo miró con dureza—. ¿La conoces por trabajo? ¿La has evaluado? ¿Has firmado un informe sobre alguien relacionado con ella?

Iván intentó repasar nombres, caras, expedientes. Su mente se quedaba pegada al brillo absurdo de la purpurina, al golpe seco del cuerpo contra el cemento. Leire lo vio divagar.

—Te lo pongo fácil —dijo—. Se llama **Marina Sastre**. Treinta y nueve años. Administrativa en una empresa de logística. Casada. Dos hijos. Sin antecedentes. No es famosa. No es influencer. No es nadie para el algoritmo. —Leire dejó caer la última palabra con desprecio—. Si la han elegido, no es por casualidad. ¿Te suena?

Iván negó con la cabeza.

—No.

Leire no lo creyó del todo, pero anotó "no reconoce".

—Bien. Siguiente. —Leire pasó al otro punto—. El hombre del aparcamiento: **Óscar Medina**. Cincuenta y uno. Comercial. Muerte compatible con agresión previa o con caída provocada. Tenía purpurina en la manga. Eso ya lo sabemos. Ahora dime tú: ¿qué tienen en común Óscar Medina y Marina Sastre?

Iván se quedó callado.

—No lo sé —respondió.

Leire señaló su propia sien con el bolígrafo.

—Eso. Lo que no sabes es el trabajo. Pero tú estás en medio porque alguien quiere que tú lo sepas.

Iván tragó saliva. Leire cambió el tono, bajándolo un poco.

—Vamos al Caso Aranda.

El nombre volvió a ensuciar la sala.

—No es relevante —dijo Iván, y la frase salió antes de que pudiera detenerla.

Leire lo miró como si le hubiera ofrecido una mentira envuelta en papel de regalo.

—Es relevante porque ha saltado en la lista, porque tú has reaccionado cuando lo he mencionado y porque el tipo que hace esto parece conocer tu lenguaje mejor que tú. —Leire se inclinó—. ¿Qué pasó con Aranda?

Iván miró la mesa metálica. En su reflejo se veía una parte de su cara distorsionada. Le molestó que la sala tuviera cámara, que cualquier cosa que dijera pudiera convertirse en prueba. Le molestó más que, en el fondo, la cámara no cambiaba lo importante: la verdad estaba ahí igual.

—Era un caso de violencia grave —dijo, controlando la voz—. Me pidieron evaluación. Informe de riesgo, perfil, recomendaciones.

—¿Recomendaste medidas?

—Sí.

—¿Y se aplicaron?

Iván dudó. Leire no le dejó margen.

—Contesta.

—Se aplicaron algunas —admitió—. Otras no.

—¿Por qué?

Iván sintió que empezaba a resbalar hacia un lugar donde las palabras se vuelven defensas.

—Porque la decisión final no es mía. Yo informo, el juzgado decide.

Leire lo escuchó sin interrumpir. Luego hizo una pregunta simple, con el filo bien afilado.

—¿Qué dejaste fuera?

Iván levantó la vista, sorprendido. Leire lo miraba como si ya hubiera leído la omisión.

—No dejé nada fuera.

Leire no cambió la expresión.

—Entonces tu cara me está mintiendo mejor que tú.

Iván tragó saliva, notando el sudor en la espalda.

—Hubo… presión para redactar de una manera menos… alarmista.

Leire asintió, lenta.

—¿Quién presionó?

—No fue una llamada directa. Fue… el ambiente. Un abogado insistente. Un fiscal con prisa. Comentarios. Frases sueltas.

—¿Y tú cediste?

Iván apretó los dedos contra la mesa, fuerte, hasta sentir el frío del metal.

—Redacté con prudencia —dijo.

Leire soltó una risa seca.

—"Prudencia". Esa palabra la usan los cobardes y los políticos. Tú elige dónde te colocas.

La frase lo golpeó en un punto blando. Iván respiró hondo.

—No lo hice para que hiciera daño a nadie —dijo, y esta vez lo dijo con algo parecido a sinceridad.

—Nadie hace eso "para". —Leire lo miró fijo—. Pero alguien sí lo hace ahora "por". Y ese alguien quiere que tú mires dentro porque sabe que ahí hay algo que te duele.

Iván tragó saliva, incapaz de contestar sin abrir una compuerta que llevaba años soldada.

Leire miró el reloj.

—Vale. —Cerró la carpeta y se puso de pie—. Esto se queda aquí de momento. No vas a salir por la puerta principal. Fuera hay prensa.

Iván frunció el ceño.

—¿Prensa?

Leire abrió la puerta de la sala y lo guió por un pasillo lateral. Al fondo, detrás de una cristalera, se veía el vestíbulo de la comisaría. Había dos cámaras, un par de micrófonos con logos, y una mujer con abrigo claro hablando con un agente en recepción con esa sonrisa educada que se usa para sacar cosas.

—¿Qué hacen aquí? —preguntó Iván, en voz baja.

—Ha habido un segundo asesinato en menos de veinticuatro horas —respondió Leire—. Y alguien filtró lo de la carta.

Iván sintió un vuelco.

—¿Cómo…?

Leire lo miró de reojo.

—No mires al cielo. No fue Dios. Fue una boca. Y hay muchas.

Leire lo llevó a una puerta trasera que daba a un aparcamiento interior. El aire olía a humedad y a aceite. Un agente los esperaba para escoltar a Iván hasta su coche.

—Escúchame —dijo Leire antes de que Iván se fuera—. Desde este momento, si tú recibes algo, no lo tocas. Me llamas. Si te llega un mensaje, haces captura y me lo mandas. Si alguien te toca el timbre, no abres. Y hoy no duermes solo.

Iván la miró, desconcertado.

—¿Cómo?

—Vas a casa de alguien. O alguien se queda contigo. Me da igual. No quiero más "notas dentro de casa".

Iván tragó saliva.

—No tengo a nadie.

Leire lo miró unos segundos, evaluándolo, y por primera vez le vio una sombra de compasión que no era blanda.

—Entonces te quedas en un hotel. Y me dices cuál. Con recepción, cámaras y gente. Nada de apartamentos turísticos.

Iván asintió. Leire no sonrió.

—Y otra cosa —añadió—. Si te llaman de un número desconocido, no contestes. Si te escriben, me lo pasas. Este tipo quiere tu reacción. No se la regales.

Iván se fue con el agente en silencio. Mientras caminaban hacia el coche, oyó un murmullo al otro lado del edificio: voces, una pregunta levantada, el clic de una cámara. La ciudad olía a mañana normal, pero él ya no distinguía lo normal de lo preparado.

Condujo hasta su piso con el estómago revuelto. No entró. Subió solo a recoger lo imprescindible: ropa, cargador, un neceser, el portátil del trabajo. No tocó el buzón. Evitó mirarlo como se evita mirar a una persona que te da miedo.

En el rellano, el ascensor se abrió y apareció el técnico de mantenimiento de la noche anterior, o uno parecido. Iván se quedó helado un segundo, pero el hombre solo pasó de largo, cargando una caja de herramientas, sin mirarlo.

"Basta", se dijo Iván. No era prueba de nada. Pero la piel no obedecía a la razón.

Bajó al coche y condujo hacia un hotel de cadena cerca del centro, uno de esos donde todo está diseñado para que nadie recuerde nada. En recepción le dieron una tarjeta y una sonrisa profesional. Subió a su habitación, dejó la maleta y se sentó en la cama sin quitarse el abrigo.

El móvil vibró.

Iván lo miró como se mira un animal que podría morder. No contestó. Abrió el mensaje.

"Te crees neutral."

Se quedó con la pantalla encendida, respirando corto. La frase era simple. La intención, no.

El móvil vibró otra vez, una segunda notificación.

"Eso también es una mentira."

Capítulo 7 — Neutralidad

Iván dejó el móvil sobre la mesilla como si quemara. Las dos frases seguían ahí, negras sobre luz: **“Te crees neutral.”** / **“Eso también es una mentira.”** No había amenaza explícita, no había lugar ni hora. Solo una acusación. Y, aun así, a Iván le costaba más soportar eso que el detalle de la purpurina.

Se levantó y recorrió la habitación del hotel sin un destino claro. Era una habitación estándar, de esas que podrían estar en cualquier ciudad: moqueta oscura, lámparas demasiado cálidas, cuadros abstractos que no ofenden a nadie. La ventana daba a una calle con tráfico constante. Ese ruido, en teoría, tranquilizaba. En la práctica, le parecía una versión civilizada del caos: un recordatorio de que el mundo seguía funcionando mientras él se desarmaba.

Fue al baño, abrió el grifo, se lavó las manos con el jabón del hotel. La espuma olía a limón artificial. Se miró en el espejo. La cara le devolvió algo que no sabía nombrar: cansancio, sí, pero también una tensión que no era del todo miedo. Era rabia. Rabia por haber sido arrastrado a una historia que no eligió, y rabia, más secreta, por notar que parte de esa historia lo conocía demasiado bien.

Volvió a la cama, se sentó y revisó el teléfono con una disciplina que pretendía imitar la de Leire. Capturas de pantalla, números, horas. Las manos le temblaban un poco, pero ya no era pánico; era sobrecarga.

Al terminar, se quedó mirando el chat vacío debajo de los dos mensajes. Ese vacío le pareció casi amable. Duró poco.

El teléfono sonó. Esta vez no vibró: sonó como un timbre antiguo, insistente. Iván miró la pantalla. Número desconocido.

Leire le había dicho que no contestara. Iván dejó que sonara. El tono se cortó y, al instante, volvió a sonar. Mismo número. Más insistente.

El impulso de contestar no venía de la curiosidad. Venía de algo peor: la sensación de que, si no contestaba, el remitente iba a

castigarle a alguien más. Era una lógica enferma, pero su cabeza la fabricó igual, con rapidez.

Cuando la llamada entró por tercera vez, Iván contestó.

—¿Sí?

No hubo voz al principio. Solo un sonido de fondo, como tráfico lejano. Luego una respiración. No jadeo de película, sino una respiración normal, la de alguien que sostiene el teléfono cerca sin cuidado.

—Iván —dijo una voz masculina, tranquila.

Iván sintió el escalofrío subirle por la espalda. No reconocía la voz, y eso era lo más inquietante: sonaba corriente, casi familiar por lo corriente.

—¿Quién eres?

—No importa. —La voz no se alteró—. Importa que entiendas el juego.

Iván apretó los dedos alrededor del móvil.

—No hay juego. Hay dos muertos.

—Dos muertos y un hombre que se cree espectador. —Pausa breve —. Te gusta ese lugar, ¿verdad? El de observar sin mancharte.

Iván tragó saliva. Notó que estaba de pie sin haberse dado cuenta, caminando hacia la ventana.

—¿Qué quieres?

—Que mires dentro.

La frase salió suave, sin énfasis. Iván sintió un golpe de náusea. Se obligó a respirar.

—¿Por qué yo?

—Porque tú empezaste a escribir antes.

Iván se quedó quieto, helado. La frase se le clavó en la cabeza con la misma precisión que el borrador del correo.

—Eso no lo he escrito yo.

—Claro que no. —La voz sonó casi condescendiente—. Tú no escribes así cuando te conviene olvidar. Tú escribes mejor. Escribes para que parezca que nada es culpa de nadie.

Iván notó un pinchazo de rabia.

—No tienes ni idea de quién soy.

La respiración al otro lado se oyó más cerca, como si el hombre hubiera sonreído.

—Sé tu rutina del lunes. Sé tu manía de lavarte las manos. Sé cómo apartas el cuerpo cuando algo te incomoda. Sé lo que firmaste. Sé lo que no firmaste.

Iván notó que la mano libre se le había cerrado en un puño. Quiso decir "voy a colgar", pero la garganta no le obedeció.

—Si sabes tanto, ¿por qué no vas a por mí? —escupió, sin elegancia —. ¿Por qué cartas, mensajes, notas escondidas?

—Porque lo fácil no enseña nada. —Pausa—. Y porque no quiero tu muerte. Quiero tu verdad.

Iván se quedó con el móvil pegado a la oreja, escuchando su propia respiración mezclada con la del otro. A través de la ventana, un autobús pasó y el ruido de su motor se volvió un rugido sin sentido.

—No vuelvas a llamarme —dijo Iván, y la frase le salió más firme de lo que esperaba.

—No te llamo para hablar. —La voz bajó un poco—. Te llamo para que recuerdes que puedo.

La llamada se cortó.

Iván se quedó mirando la pantalla como si esperara que apareciera algo más. No apareció. La habitación volvió a ser solo una

habitación. Eso lo enfureció: el mundo podía apagar la violencia con un clic.

Se obligó a sentarse. Notó que tenía el corazón acelerado, pero no como antes, no como en la parada. Esto era otra cosa. Era humillación. Alguien le había hablado desde un lugar invisible, con una seguridad insultante, y él había contestado como un alumno.

Cogió el teléfono y llamó a Leire. Esta vez sí, sin dudar.

Leire respondió casi al instante, como si ya estuviera en guardia.

—¿Qué has hecho?

Iván parpadeó. Leire no preguntaba "¿qué pasa?". Preguntaba "¿qué has hecho?". Le molestó que acertara.

—Me ha llamado —dijo Iván—. Un número desconocido. He contestado.

Hubo un silencio breve. No era sorpresa. Era contención.

—¿Ha hablado? —preguntó Leire.

Iván le resumió lo esencial: la voz masculina, las frases sobre neutralidad, la manía de lavarse las manos, el "tú empezaste a escribir antes".

Leire no interrumpió. Cuando Iván terminó, ella soltó una exhalación que sonó a cansancio.

—Te dije que no contestaras.

—Lo sé.

—¿Te ha dicho algo operativo? ¿Lugar, hora, nombre?

—No. Solo… lo de mirar dentro. Y lo de que sabe cosas.

—¿Ha mencionado el Caso Aranda?

Iván tragó saliva.

—No con ese nombre. Ha dicho "sé lo que firmaste".

Leire bajó la voz.

—Vale. Ahora escucha tú. A partir de este momento, tu móvil se queda en modo avión salvo cuando yo te lo diga. No contestas a nadie. Si llega un mensaje, lo capturas y me lo mandas. Si vuelve a llamar, lo dejas sonar. ¿Entendido?

—Entendido.

Leire dudó un segundo, algo poco habitual en ella.

—¿Dónde estás exactamente?

Iván le dijo el nombre del hotel y el número de habitación. Leire lo repitió como quien lo guarda en una caja.

—Bien. Hay una patrulla pasando por la zona cada cierto tiempo. No es protección VIP. Es disuasión. Y tú no sales de ahí salvo para bajar a recepción. Nada de paseos para despejarte.

Iván apretó los labios.

—¿Alguna novedad del crimen del polígono?

Leire tardó un segundo en responder. Cuando lo hizo, su tono cambió. Menos controlado, más áspero.

—Marina Sastre murió por arma blanca. No fue un robo. No le faltaba el bolso. No le faltaba nada. —Pausa—. Y hay una cosa que me da rabia.

—¿Qué?

—Que en su manga había algo brillante.

Iván sintió que el estómago se le contraía.

—Purpurina.

—Sí. —Leire escupió la palabra como si le diera asco—. O algo muy parecido. Un rastro. Como una firma sin firma. Y eso significa que quien hace esto no solo te mueve. También se está riendo.

Iván cerró los ojos un instante. El detalle ridículo volvía a aparecer, y esa repetición empezaba a sentirse como un lenguaje privado.

—Leire… —dijo Iván, y esta vez la palabra no fue familiaridad, fue necesidad—. No quiero estar en medio.

—Ya estás —respondió ella sin piedad—. Lo único que puedes elegir ahora es si vas a estorbar o vas a ayudar.

La llamada terminó con instrucciones: no abrir a nadie, bajar a recepción solo si era necesario, mantener el móvil controlado. Iván colgó y se quedó sentado con el cuerpo rígido.

El silencio del hotel no era silencio real: había un zumbido constante de aire acondicionado, pasos amortiguados en el pasillo, un golpe lejano de una puerta. Cada sonido parecía un aviso. Esa hipervigilancia le agotaba.

Encendió el portátil del trabajo para distraerse. Error.

Al abrir el correo del juzgado, lo primero que vio fue un mensaje del fiscal Tomás Rueda, marcado como urgente: **"Preséntese mañana a primera hora. Asunto: colaboración en investigación."** No era una invitación. El tono era el del sistema cuando empieza a protegerse.

Iván se quedó mirando el asunto. No sabía qué le daba más miedo: el remitente invisible o el remitente con cargo y sello.

Para empeorar el cuadro, entró otro correo, esta vez de un medio local. No directo a él, sino reenviado por alguien del juzgado con un "¿esto es cierto?". El asunto decía: **"¿Psicólogo forense recibe cartas que predicen asesinatos?"**

Iván sintió un calor en la cara. Leire había dicho que alguien filtró lo de la carta. Ahora lo veía materializado: su vida convertida en titular.

Cerró el portátil.

Intentó comer algo. Bajó a recepción, compró un sándwich que sabía a nevera y un agua. Subió otra vez con la bolsa de papel en la

mano, como si llevar comida lo devolviera a lo humano. Se sentó en el borde de la cama y dio dos bocados sin notar el sabor.

A las ocho de la tarde llamaron a la puerta.

Iván se quedó congelado. Miró hacia la mirilla como si eso fuera una trinchera. A través del ojo de pez vio a una mujer joven con una carpeta y una acreditación colgando del cuello. Al lado, un cámara con una cámara pequeña. Y detrás, en un segundo plano, un hombre con micrófono.

El corazón se le disparó.

No abrió. No habló. Se quedó quieto, esperando que se fueran.

Volvieron a llamar. Esta vez más fuerte.

—Señor Llorente —dijo una voz femenina desde fuera, con un tono educado y firme—. Soy Clara Baeza. Solo quiero hacerle unas preguntas. No tiene por qué abrir.

Iván apretó la mandíbula. *Clara Baeza.* El nombre le sonó por lo que Leire había dicho: periodista, podcast, ruido. La persona que convierte algo complejo en algo consumible.

—No voy a hablar con usted —dijo Iván a través de la puerta, y su voz sonó más frágil de lo que le habría gustado.

—No busco perjudicarle —respondió ella—. Busco entender. Y usted está en el centro de esto, le guste o no.

Iván apoyó la mano en la puerta, sintiendo la vibración leve del edificio. Era absurdo: tres personas al otro lado, y él encerrado como si se escondiera de un monstruo.

—Váyase —repitió.

—Le dejo una tarjeta en el suelo —dijo Clara, y su tono no cambió —. Por si decide hablar. Sin cámaras. Sin micro. Solo usted y yo.

Iván oyó el roce del papel contra la moqueta. Luego pasos alejándose. Un murmullo. Un "vale, vámonos" en voz baja. El pasillo volvió a estar en silencio.

Iván esperó un minuto entero antes de moverse. Después abrió la puerta apenas un palmo y miró al suelo. Había una tarjeta blanca con un nombre, un número y un correo. No la tocó. La empujó con la punta del pie hacia dentro y cerró.

Se quedó mirando la tarjeta en el suelo como si fuera una prueba de que el mundo ya había entrado en su habitación aunque él no lo invitara.

Volvió a sentarse. En el móvil, otro mensaje. Número desconocido.

Iván lo miró, dudó, y lo abrió.

"Te están buscando."

Debajo, un segundo mensaje entró casi de inmediato.

"Y tú aún crees que esto va de mí."

Iván sintió que la sangre le golpeaba las sienes. Ese segundo mensaje olía a giro, a cambio de fase. A alguien empujándolo hacia otra cosa.

A los pocos minutos, el teléfono de la habitación sonó. El fijo del hotel. Iván lo miró como si no supiera que existía.

Sonó otra vez. Y otra.

Al final lo cogió.

—¿Sí?

—Señor Llorente —dijo la recepcionista—. Le han dejado un sobre en recepción. Sin remitente. Preguntaron por usted y se fueron.

Iván notó que se le quedaba la garganta seca.

—¿Un sobre?

—Sí. Blanco. Solo pone su número de habitación.

Iván cerró los ojos un segundo. No necesitó imaginarlo: lo vio, limpio, preparado, inevitable.

—Déjelo ahí —dijo.

—¿Quiere que se lo subamos?

Iván miró la puerta, el pasillo, la tarjeta en el suelo, el móvil vibrando con acusaciones.

—No. Bajo yo.

Colgó. Se puso el abrigo sin pensar. Salió al pasillo y caminó hacia el ascensor con el cuerpo tenso, esperando ver a alguien en cada esquina. No había nadie. El hotel seguía oliendo a desinfectante y a vida ajena.

En el ascensor, al cerrarse la puerta, el mecanismo hizo un ruido raro. Un pequeño carraspeo metálico antes de arrancar. Iván lo notó con una lucidez incómoda, como si su oído hubiera estado esperando ese sonido.

Cuando llegó a recepción, la recepcionista le señaló un sobre encima del mostrador, al lado de un expositor de folletos turísticos. Un sobre blanco, simple. En la esquina inferior derecha, impreso con letra negra, había una sola indicación:

Folio 73.

Iván lo cogió sin darse cuenta. El papel estaba tibio, como si acabara de pasar por una mano.

Volvió a subir a la habitación con el sobre en la mano, y en el ascensor el ruido metálico volvió a toser al arrancar.

Cuando cerró la puerta de su habitación, se quedó de pie, sin abrir el sobre todavía, mirando esas dos palabras impresas.

Folio 73.

No sabía por qué, pero el cuerpo sí: algo en su cabeza acababa de girar hacia un lugar antiguo.

Y, por primera vez desde el primer lunes, Iván no pensó en Leire ni en las víctimas.

Pensó en un expediente. En una firma. En una omisión.

Y sintió miedo de verdad.

Capítulo 8 — Ascensor

Iván no abrió el sobre nada más entrar. Lo dejó sobre la mesa, junto al mando de la tele y la tarjeta de la periodista que seguía en el suelo como un animal muerto. Encendió la lámpara de la mesilla y se sentó en el borde de la cama, con las manos apoyadas en las rodillas, respirando despacio para no hacer tonterías. Leire le había dicho que no tocara nada. Leire no estaba allí. La recepcionista sí. Y el sobre había llegado igual.

Lo miró como si fuera una cosa viva. No lo era. Esa era la trampa: un papel y dos palabras podían dominarle el pulso.

Folio 73.

La cifra no tenía sentido por sí sola, pero no le resultaba ajena. Le pasó algo incómodo, físico: una zona de la memoria se movió, como cuando una estantería cruje y te das cuenta de que está cargada. Folios, anexos, informes, páginas numeradas a mano en expedientes que se arrastran durante años. El 73 podía ser cualquier cosa, pero el modo en que estaba impreso, la frialdad, le daba un sabor conocido.

Iván cogió el móvil, hizo una captura del sobre, sin pensarlo demasiado, y se la envió a Leire con un texto mínimo: "Ha llegado un sobre a recepción del hotel. Pone 'Folio 73'." No añadió contexto. No explicó lo del ascensor que tosía. Eso se quedaba en su cuerpo, como se quedan los detalles que te dan vergüenza por supersticiosos.

Leire tardó dos minutos en contestar. Dos minutos exactos. Iván los contó sin querer.

"No lo abras. Baja y diles que lo guarden. Ahora."

Iván leyó el mensaje y sintió una irritación inmediata. Guardarlo era lo lógico, sí. Pero él ya lo había cogido. Ya lo había subido. Ya estaba en su habitación. El remitente ya había conseguido su objetivo principal, que era moverlo.

Se levantó y caminó hasta la puerta. Apoyó la mano en el pomo, como si el metal le diera una decisión, y la retiró. Volvió a la mesa. Miró el sobre otra vez. Leire no estaba viendo lo que él veía: un número que parecía un dedo señalando un punto concreto de su pasado.

Se sentó otra vez. Intentó pensar como perito, como profesional: ¿qué puede significar esto en una investigación? Un folio es una página. Una referencia. Algo que alguien quiere que encuentres. Si el remitente conoce su mundo, "folio 73" podía ser parte de un expediente judicial o médico. Si quería arrastrarlo, iba a elegir un expediente que lo tocara.

Caso Aranda.

El nombre volvió sin permiso. Leire lo había sacado antes, casi como una prueba de presión, y él había reaccionado como reacciona alguien cuando le pisan un nervio. Podía ser casualidad. Podía ser el cerebro uniendo cosas por miedo. Pero el cuerpo no creía en casualidades a esas alturas.

Iván abrió el portátil, no por trabajo, sino por necesidad. Entró en el sistema del juzgado con su usuario, con manos torpes. Le temblaban un poco los dedos, lo justo para fallar una contraseña y tener que repetirla. Al tercer intento accedió. Buscó "Aranda, Sergio". La pantalla tardó en cargar, como si la base de datos también dudara.

Apareció el expediente. Fechas. Número de procedimiento. Documentos asociados. Iván bajó el scroll, buscando el listado de anexos. Vio su informe, fechado años atrás, con su firma digital. Recordó de golpe la sensación de aquel día: el orgullo discreto, la prisa, la convicción de que había hecho lo correcto. Esa convicción era la primera mentira que aprendió a contarse bien.

No podía ver el folio 73 desde el hotel. El sistema mostraba archivos en PDF, pero no el orden físico, no los folios tal como estaban archivados. Y aun si pudiera, el número exacto estaba enterrado entre páginas. Lo que el remitente quería no era una búsqueda

cómoda en pantalla. Quería que Iván fuera al archivo. Que caminara por un pasillo viejo. Que tocara papel.

El ascensor del hotel volvió a toser en su cabeza. Un ruido pequeño, y de pronto el recuerdo: el edificio antiguo donde se hicieron aquellas evaluaciones tenía un ascensor así. Un ascensor que carraspeaba al arrancar, como si protestara. Él había subido por ese ascensor decenas de veces, sin fijarse, y ahora el cuerpo lo recordaba como se recuerdan los olores.

El remitente no solo le estaba diciendo "busca el folio". Le estaba diciendo "sé exactamente dónde está".

Iván cerró el portátil con más fuerza de la necesaria. Miró el sobre. En vez de guardarlo, lo abrió.

Lo hizo despacio, sin destrozarlo, con esa costumbre de conservar bordes y pruebas. Dentro había una hoja doblada, impresa con el mismo tipo de letra de siempre. El texto era corto, sin adorno, y eso lo hizo más contundente.

No vayas al juzgado.

Ve al archivo viejo. Edificio anexo. Segunda planta.

Ascensor que tose.

Folio 73 no está donde lo buscas.

Mira dentro.

Iván sintió un vuelco, una mezcla de rabia y alivio. Rabia porque le estaban guiando como a un animal con comida. Alivio porque, al menos, el remitente daba una instrucción concreta. Lo concreto se podía seguir. Lo abstracto te pudre.

Cogió el móvil y llamó a Leire sin pensar. Esta vez no esperó tres timbrazos; ella contestó rápido, como si estuviera esperando.

—Te dije que no lo abrieras.

Iván apoyó la frente en la pared, mirando el papel en su mano.

—Ya lo sé.

—¿Qué pone?

Iván dudó medio segundo. Decirlo era convertir la instrucción en un plan compartido. También era hacerla oficial, como prueba, como responsabilidad.

—Me dice que no vaya al juzgado. Que vaya al archivo viejo, edificio anexo, segunda planta. Lo del ascensor. —Iván tragó saliva—. Dice que el folio no está donde lo busco.

Al otro lado, Leire no respondió al instante. Iván la imaginó frunciendo el ceño, ordenando piezas.

—¿Te está mandando al archivo? —dijo al fin.

—Sí.

—No vas.

Iván apretó el papel.

—Leire, si sabe del archivo viejo… sabe del Caso Aranda. Esto no es aleatorio.

—No vas —repitió ella, más firme.

—¿Y qué hago? ¿Me quedo sentado esperando el siguiente cadáver?

Leire exhaló. Su voz bajó un punto, como si se obligara a no perder el control.

—Lo que haces es quedarte donde hay cámaras y testigos, y me dejas trabajar. Yo puedo mandar a alguien al archivo.

Iván miró el papel, miró su habitación, miró la tarjeta en el suelo, miró el mundo de hotel que olía a detergente.

—Y si manda a alguien al archivo, ¿qué? ¿El remitente se queda quieto? ¿O mata a otra persona para demostrar que manda él?

Leire guardó silencio. Ese silencio era una admisión: no podía garantizar nada.

—Escúchame —dijo por fin—. Voy a ser clara. Si tú vas al archivo, lo haces visible. Si te pillan en una zona restringida, si te grabas allí, si hay una cámara, si hay un testigo, te conviertes en sospechoso de manual. Y el tipo que hace esto lo sabe. Quiere verte allí.

Iván apretó los dientes.

—Entonces vamos juntos.

—No puedo ir contigo.

—Manda a alguien y yo voy detrás.

—No.

Iván se pasó la mano por la cara, notando la barba áspera.

—Leire, esto es un anzuelo. Vale. Pero quizá hay una pista real ahí. Quizá el folio 73 es un nombre, un documento, un vínculo con el asesino. Si esperamos, vamos a ir siempre por detrás.

Leire tardó en contestar. Cuando lo hizo, su tono había cambiado. No era acuerdo. Era negociación.

—Te voy a mandar un coche a la puerta del hotel —dijo—. Te va a llevar a casa de forma discreta. Y mañana, a primera hora, vienes conmigo al juzgado para hablar con Rueda. Con todo controlado. Nada de escapadas.

Iván sintió que se ahogaba con esa palabra: controlado.

—Leire…

—No, Iván. —La dureza volvió—. Tú no decides. Ya decidiste ayer y mira lo que pasó. Si quieres ayudar, ayudas de una forma que no te convierta en munición contra mí.

Iván miró el papel otra vez. “Ascensor que tose.” Esa frase le daba la sensación de que alguien le estaba hablando desde su propia memoria.

—¿Vas a mandar a alguien al archivo? —preguntó, insistiendo.

—Sí —dijo Leire, y Iván no supo si era verdad o una manera de cortarle.

Colgó.

Iván se quedó de pie con la hoja en la mano. La habitación parecía más pequeña. Caminó hasta la ventana y miró abajo, buscando el coche de policía que Leire había prometido. Vio un taxi, un coche blanco, un repartidor, una pareja discutiendo. No vio nada que lo calmara.

En su cabeza, el edificio anexo se dibujó con una claridad incómoda: el pasillo largo, las baldosas gastadas, el olor a papel viejo, la sala de archivo con archivadores metálicos, y el ascensor, sí, el ascensor que carraspeaba.

Esa noche, el remitente no le estaba ofreciendo un crimen. Le estaba ofreciendo un recuerdo.

Y Iván entendió algo que lo dejó quieto: la orden "mira dentro" ya no era solo moral. Era literal. Era volver a un lugar donde él había mirado hacia otro lado.

A los diez minutos, el móvil vibró con un mensaje de Leire: **"Coche abajo. Baja por el ascensor de servicio y no hables con nadie."**

Iván guardó la hoja del sobre en el bolsillo interior del abrigo. No por obedecer al remitente. Por no perderla. Se calzó, cogió el neceser y el portátil, y antes de salir miró la tarjeta de Clara Baeza en el suelo. La recogió con dos dedos y la metió en la cartera. No pensaba llamarla. Pero guardarla le pareció, de pronto, una manera de no estar totalmente ciego.

Salió al pasillo, bajó por el ascensor de servicio y cruzó el vestíbulo sin mirar a nadie. Un agente lo esperaba en una puerta lateral. Lo condujo hasta un coche oscuro sin distintivos. Iván se metió detrás.

—¿A casa? —preguntó el agente.

Iván miró por la ventana. La ciudad era la misma. Él no.

—Sí —dijo—. A casa.

El coche arrancó.

Y mientras se alejaban del hotel, Iván sintió que lo estaban llevando justo al sitio donde el remitente podía alcanzarlo mejor: su rutina, su portal, su buzón. El lugar donde todo había empezado.

En el bolsillo, el móvil vibró una vez más.

No era Leire.

Era otro número desconocido.

“No hace falta que vengas. Ya he ido yo.”

Capítulo 9 — Folio 73

El mensaje le dejó la lengua seca. Iván miró la pantalla solo un segundo, lo suficiente para sentir cómo se le tensaba el cuello. **"No hace falta que vengas. Ya he ido yo."** No especificaba dónde, y eso lo hacía peor: el remitente no necesitaba decirlo, porque sabía que Iván lo entendería igual.

—¿Todo bien? —preguntó el agente desde el retrovisor.

Iván guardó el móvil sin contestar. No quería hablar dentro de un coche que no era suyo, con un hombre al que no conocía y que, aunque estuviera allí para ayudar, podía convertirse en un testigo más de su cara descompuesta.

—Sí —mintió, mirando por la ventanilla.

El coche avanzaba por avenidas iluminadas, pasando semáforos y rotondas como si fueran estaciones de una misma ruta sin sentido. La ciudad, por la noche, tenía esa calma falsa que te hace creer que nada grave puede ocurrir. Iván ya no se permitía esa fantasía. Ahora todo podía ocurrir en cualquier parte y, lo peor, alguien podía hacer que pareciera normal.

Pensó en el archivo viejo. En la segunda planta. En el ascensor que tosía. Si el remitente había "ido", significaba que había estado allí sin problemas, moviéndose por un edificio judicial como quien entra en un portal. O significaba que ya tenía lo que buscaba desde antes y la frase era solo para clavársela como espina.

El agente condujo hasta su edificio y aparcó a unos metros, sin detenerse justo delante del portal. Ese detalle, esa prudencia, le produjo una gratitud rara. Le recordaba que alguien, al menos, estaba intentando hacerlo bien.

—Te acompaño hasta arriba —dijo el agente.

Iván asintió. Subieron juntos. El portal olía igual que siempre: detergente barato, piedra fría, el zumbido del fluorescente. Iván evitó mirar los buzones, pero su vista se le fue igual, como si el

cuerpo tuviera su propia brújula. El suyo estaba vacío. Los demás también. Eso no le dio paz. Le dio la sensación de que el buzón estaba esperando.

En el ascensor, Iván notó cómo el agente lo observaba sin hacerlo evidente. La gente entrenada en ver cosas no necesita mirarte a los ojos para leerte. Iván se sintió expuesto de una manera nueva, no por culpa del remitente, sino por la de su propia fragilidad.

Llegaron a su planta. El agente se quedó en el rellano, un paso atrás, dándole espacio pero sin irse.

—¿Algo más? —preguntó, con tono neutro.

Iván estaba sacando las llaves cuando el móvil vibró otra vez. Esta vez no era un número desconocido. Era Leire.

"¿Estás en casa? Contesta."

Iván la llamó. No quería escribir; escribir lo convertía todo en frases que podían malinterpretarse.

—Estoy entrando —dijo en cuanto Leire respondió.

—No entres —ordenó Leire, y la palabra le atravesó como un látigo.

Iván se quedó con la llave a medio giro.

—¿Qué pasa?

—Acaban de estar en el archivo viejo —dijo Leire, y su voz sonaba tensa, enfocada—. He mandado a dos. Han encontrado una bolsa de evidencias… sin sellar. Con tu nombre escrito a mano en el exterior.

Iván notó que el aire se le quedaba a medio camino.

—¿Qué había dentro?

—Una copia impresa de tu informe del Caso Aranda. Subrayado. Y un post-it pegado en el folio 73.

Iván apretó los dientes.

—¿Qué ponía?

Leire tardó un segundo, como si midiera el daño.

—Un nombre. Y una dirección.

Iván sintió un latigazo de frío por la espalda.

—¿Qué nombre?

—**Rubén Cifuentes.** —Leire lo pronunció como si fuera una piedra —. Dirección en la periferia. Y otra cosa: en el margen del folio 73, alguien ha escrito "MIRA DENTRO" con rotulador. Grande. Para que parezca un montaje de película. Para que parezca… —Leire respiró —. Para que parezca que tú has estado allí.

Iván tragó saliva. Miró de reojo al agente en el rellano. El hombre, sin escuchar palabras exactas, captó el cambio en su postura.

—Leire, yo no he ido.

—Ya lo sé. O quiero creerlo. —Leire bajó la voz—. Escúchame. Ahora mismo estás en tu rellano, con un agente, y yo quiero que te quedes ahí. No dentro. Ahí. En el espacio común. ¿Me oyes?

Iván miró la puerta de su casa. La puerta parecía normal. Eso ya no significaba nada.

—¿Crees que hay algo dentro?

—No lo sé. Pero alguien ya ha conseguido meterte una nota dentro del pasillo una vez. No vamos a jugar a la ruleta otra.

Iván asintió aunque Leire no pudiera verlo.

—Vale.

—Voy a mandar una patrulla. —Leire hizo una pausa—. Y quiero que me digas algo, Iván. Rubén Cifuentes. ¿Te suena?

El nombre no le sonaba como persona, pero le sonaba como letra. Como un sello en una hoja. Como un "interesado" en algún expediente.

—No como… cara —dijo Iván—. Pero puede estar en el caso. Como pareja, familiar, testigo… No lo sé.

—Bien. Vamos a saberlo. —Leire respiró—. Y otra cosa: el técnico forense ha confirmado que tu móvil tuvo un acceso remoto hace dos días. No sabemos cómo todavía. Pero lo hubo. Ese borrador no apareció por arte de magia.

Iván se pasó la mano por la boca. Notó la piel seca.

—¿Qué hago ahora?

Leire no fue amable, fue clara.

—No hagas nada. Solo no te muevas. Y no entres en tu casa.

Colgó.

Iván se quedó quieto en el rellano, con el móvil en la mano. El agente lo miró.

—¿Qué pasa?

Iván se esforzó por ordenar sin dramatismo.

—Han encontrado en el archivo una bolsa con mi nombre. Con un folio del Caso Aranda. Han escrito "Mira dentro" como si yo hubiera ido.

El agente frunció el ceño. No por incredulidad. Por cálculo.

—¿Te han dicho que no entres?

—Sí.

El agente asintió.

—Entonces no entres.

Se apoyaron ambos en la pared del rellano, a distancia de la puerta. El silencio fue creciendo como humedad. Abajo se oyó el ascensor subir y bajar, puertas abriéndose en otros pisos, un televisor lejano. Vida normal. Iván no podía participar en ella.

A los cinco minutos, el ascensor subió y se detuvo en su planta. Se abrieron las puertas y salió una vecina con una bolsa de basura. Miró a Iván, miró al agente, se quedó medio segundo confusa.

—¿Pasa algo? —preguntó, con prudencia.

—Una inspección —respondió el agente, sin explicar más.

La vecina asintió rápido y se metió en su piso sin hacer preguntas. Iván sintió, de pronto, una vergüenza profunda: la sensación de ser un foco de rareza en un edificio donde la gente solo quiere volver de trabajar y cenar.

El ascensor volvió a abrirse. Esta vez subía la patrulla: dos agentes con guantes, una linterna y una bolsa de herramientas. Subieron al rellano con paso profesional. Uno saludó al agente que acompañaba a Iván con un gesto, luego miró a Iván.

—¿Usted es Llorente?

Iván asintió.

—Vamos a entrar —dijo el agente—. Usted se queda aquí.

Iván quiso protestar, decir que era su casa, que no había nada, que no era necesario. No dijo nada. La última vez que intentó controlar algo, acabó en un aparcamiento con purpurina.

Los agentes se colocaron junto a la puerta. Uno sacó una tarjeta para comprobar el marco, otro preparó la linterna. No reventaron la cerradura; usaron la llave de Iván con guantes, sin tocarla directamente. El clic de la cerradura sonó demasiado fuerte.

Abrieron.

La casa estaba a oscuras. El aire que salió olía a lo de siempre: detergente, café viejo, papel. Nada extraño. Y ese "nada extraño" le revolvió el estómago, porque ya no era tranquilizador.

—¿Alarmas? —preguntó uno.

—No —dijo Iván, desde el rellano.

Los agentes entraron despacio, iluminaron el pasillo, la cocina, el salón. Revisaron ventanas, balcón, armarios. Iván se quedó mirando, intentando leer sus gestos. Ninguno hizo una mueca. Ninguno dijo "joder". Eso era buena señal, en teoría.

—Venga —dijo uno al cabo—. No hay nadie. Pero vamos a revisar objetos.

Se movieron hacia el escritorio del pasillo. Iván sintió que el pulso se le aceleraba. Ese escritorio había sido el lugar del primer sobre, del cajón, del gesto torpe de esconder. Había algo simbólico en que el remitente volviera a ese punto.

El agente abrió el cajón con guantes, sacó la libreta de tapas negras, revisó debajo. No había sobre. Luego miró alrededor, iluminando el suelo, la pata de la mesa.

—Aquí —dijo, y su voz cambió lo justo para que Iván sintiera un escalofrío.

En el suelo, pegado a la pata del escritorio, había un pequeño rectángulo blanco. No un sobre. Una tarjeta. Algo colocado con precisión para ser visto desde cierto ángulo.

El agente lo cogió con pinzas y lo metió en una bolsa. Miró a Iván.

—¿Esto estaba aquí antes?

Iván negó con la cabeza, demasiado rápido.

—No.

El agente no comentó. Abrió la bolsa lo justo para leer sin contaminar más, y leyó en voz alta, como si fuera un procedimiento, no una amenaza.

—"Rubén Cifuentes no es el nombre. Es la puerta."

Iván sintió que el estómago se le cerraba.

El agente siguió leyendo.

—"Folio 73: página firmada, vida rota. Mira dentro."

Iván tragó saliva. El texto era casi… personal. No solo un juego. Un reproche.

—¿Hay más? —preguntó Iván, odiándose por parecer ansioso.

El agente inspeccionó el reverso de la tarjeta.

—Hay un número —dijo—. Coordenadas, parece. Y una hora. Mañana. 06:55.

El agente giró la tarjeta hacia Iván, sin dársela. Iván vio cifras y un formato que parecía ubicación. Debajo, impreso con el mismo tipo de letra que las cartas anteriores: **Mira dentro**.

El agente metió la tarjeta en la bolsa y la selló.

—Esto se lo lleva la inspectora —dijo.

Iván asintió, incapaz de decir nada sin que le temblara la voz. Miró el interior de su casa: su sofá, su cocina, sus cosas. El lugar donde se suponía que estaba a salvo se había convertido en un tablero donde alguien podía colocar piezas.

El agente del rellano le tocó el brazo con un gesto discreto.

—No te quedas aquí.

Iván tragó saliva.

—¿Entonces dónde?

—Con nosotros. —El agente lo miró a los ojos por primera vez con algo parecido a humanidad—. Esta noche no vas a dormir solo, eso seguro.

Mientras bajaban hacia el ascensor, Iván notó el eco del edificio, los pasos, la respiración. Pensó en Rubén Cifuentes como "puerta" y no como nombre. Pensó en el folio 73 como "vida rota" y no como papel. Y por primera vez le atravesó una idea desagradable, casi obscena por lo simple:

Quizá el remitente no estaba intentando culparlo solo para librarse.

Quizá estaba intentando que Iván entendiera, con sangre y purpurina, lo que su firma había hecho años atrás.

En el ascensor, el metal carraspeó al arrancar. Iván lo oyó, y ya no supo si el sonido venía del edificio… o de dentro de su cabeza.

Capítulo 10 — La puerta

La comisaría de noche tenía otro ritmo. No era silencio: era una especie de respiración baja, como un animal grande dormido con un ojo abierto. En el vestíbulo quedaban luces encendidas, un par de agentes entrando y saliendo, el zumbido de una máquina de café que parecía no apagarse nunca. Iván entró escoltado, sin esposas, pero con esa sensación de ir atado igual: la de no decidir ni el ángulo desde el que miras.

Leire apareció al fondo del pasillo cuando aún no había terminado de cruzar. Venía con la chaqueta abierta, el pelo recogido de cualquier manera y la cara de quien lleva horas viviendo en una tensión que no se gasta. No preguntó cómo estaba. Miró directamente la bolsa sellada que llevaba uno de los agentes.

—¿Eso es lo del escritorio? —preguntó.

El agente se la entregó. Leire leyó la tarjeta a través del plástico sin decir nada. Iván observó cómo se le marcaba la mandíbula al llegar a la frase del folio, como si le diera rabia que el remitente tuviera tanta comodidad para hablar en metáforas.

—¿Y la hora? —preguntó Leire.

—Mañana, 06:55 —respondió el agente.

Leire levantó la vista hacia Iván.

—¿Tú has tocado esto?

—No —dijo Iván—. La han sacado ellos.

Leire asintió sin comentar y se giró hacia un despacho interior.

—Vamos dentro.

El despacho era pequeño, sin ventana, con una mesa llena de papeles y una lámpara que daba una luz demasiado blanca. Leire dejó la bolsa encima y sacó su móvil de trabajo. Tecleó las coordenadas con rapidez. Iván la observó en silencio. Había algo

extraño en verla hacer eso: Leire, siempre tan de calle y de intuición, ahora reduciendo el juego a números y mapas, como si la tecnología pudiera ponerle bordes a un monstruo.

El mapa cargó. Leire amplió la zona, acercó, giró un poco. Sus ojos se movieron como si leyeran un idioma. Luego apoyó el móvil sobre la mesa y se quedó mirando la pantalla sin hablar.

—¿Dónde es? —preguntó Iván, sin poder contenerse.

Leire levantó la vista.

—Una nave. —Su voz sonó más baja de lo habitual—. Polígono de las afueras. Cerca del puente viejo.

Iván sintió el estómago bajar.

—Donde han matado a Marina.

Leire asintió.

—A doscientos metros. —Se inclinó hacia el mapa, ajustó el zoom—. Hay una entrada lateral, un callejón de servicio. No es exactamente la escena. Es el margen.

Iván tragó saliva, notando la sequedad en la boca.

—06:55… ¿qué pretende? ¿Otro asesinato?

Leire no respondió enseguida. Giró la bolsa y leyó otra vez la frase: "Rubén Cifuentes no es el nombre. Es la puerta." Parecía una broma interna de alguien que disfruta dejando pistas a medias.

—Pretende que estemos allí —dijo—. Y pretende que tú estés allí, sobre todo.

—No voy a ir —dijo Iván, más rápido de lo que pensó.

Leire alzó una ceja.

—No te creo.

Iván apretó los dientes. No era orgullo. Era la fatiga. Estaba cansado de que su vida dependiera de obedecer o desobedecer a un

desconocido.

—No voy a ir solo. —Lo corrigió—. Si voy, voy con vosotros.

Leire lo miró con una dureza contenida.

—No vas.

—¿Y qué hago? ¿Me quedo aquí sentado mientras ocurre algo?

—Lo que haces es no convertirte en un imán de mierda. —Leire apoyó ambas manos en la mesa—. Si mañana apareces en el polígono y vuelve a pasar algo, el titular no va a decir "asesino juega con psicólogo". Va a decir "psicólogo estaba otra vez". Y entonces el juez nos come.

Iván bajó la mirada al suelo. Le molestaba que tuviera razón.

Leire se giró hacia la puerta y llamó a un agente con un gesto. Entró un hombre de unos cuarenta, cara cerrada, ojeras y una forma de estar que no pedía permiso. Leire habló con él como si ya hubieran compartido veinte horas de crisis.

—Quiero un equipo en estas coordenadas a las seis y media. Discreto, sin luces, sin uniformes llamativos. Quiero otro equipo revisando accesos y salidas del polígono. Y quiero saber quién es Rubén Cifuentes antes de que amanezca.

El hombre asintió sin discutir.

—¿Registro?

—Lo pedimos. Si no llega a tiempo, lo hacemos por vía preventiva. Hay dos muertos, no me van a negar una entrada si lo justificamos bien.

El hombre salió con el móvil ya en la oreja.

Leire se quedó sola con Iván otra vez. Por un instante, en su cara apareció algo que se parecía a cansancio real, no al cansancio útil del trabajo.

—Te vas a quedar aquí esta noche —dijo.

—¿En comisaría?

—En una sala de descanso. Con un agente cerca. Y no me mires así, no es castigo. Es prevención. Tu casa está comprometida.

Iván se rió sin humor.

—Mi casa "comprometida". Suena a informe.

Leire no sonrió.

—Tu vida está comprometida, Iván. Y hay alguien ahí fuera que lo está disfrutando.

Iván tragó saliva, miró la bolsa sellada, el mapa en el móvil, la mesa llena de papeles. Todo parecía un montaje de caso, un tablero de corcho invisible. Y él, una pieza que no encajaba.

—¿Quién es Rubén Cifuentes? —preguntó.

Leire se inclinó y guardó el móvil.

—Todavía no lo sé. Pero el archivo nos ha dado una primera pista. —Leire abrió su carpeta y sacó una fotocopia. Era el folio 73 del informe del Caso Aranda. Había subrayados y anotaciones en rotulador que no eran suyos. En una esquina, escrita con mala letra, se leía una frase: "**No fue prudencia. Fue miedo**".

Iván tragó saliva. Leire señaló una línea subrayada: una recomendación de medidas cautelares, redactada de forma neutra, suave.

—Aquí —dijo Leire— tú sugieres vigilancia "moderada". Y aquí —bajó el bolígrafo— tú descartas un diagnóstico que habría cambiado la respuesta judicial. ¿Por qué?

Iván notó el viejo mecanismo defensivo intentando salir.

—No lo descarté. Lo consideré improbable en base a la información.

Leire lo miró fijo.

—No me hables como si yo fuera un juez. Te estoy preguntando como humana.

Iván apretó la mandíbula. Le molestaba esa insistencia, pero entendía por qué lo hacía: porque, si no entraban en ese núcleo, el remitente seguiría dominándolos con dos palabras.

—Porque si lo ponía así… —Iván tragó saliva— iba a provocar una reacción enorme. Y en ese momento… yo no estaba seguro.

—¿Seguro o cómodo? —preguntó Leire.

Iván no respondió. Leire no apretó más. Cambió de dirección.

—¿Recuerdas quién te insistió más en ese caso?

Iván cerró los ojos un instante. No recordaba un nombre. Recordaba voces. Un pasillo. Un fiscal con prisa, una frase: "No me compliques esto". Recordaba un abogado insistente, demasiado educado, demasiado seguro. Recordaba también una conversación con un compañero que dijo algo como "no te metas en líos". Y, sobre todo, recordaba su propio miedo a ser el responsable de una decisión dura que luego se cuestionara.

—No puedo darte un nombre —admitió—. Puedo darte sensaciones.

Leire bufó.

—Las sensaciones no sirven en un juzgado. Pero sirven para saber por dónde empezar. —Leire guardó el folio—. Me vas a hacer una lista de todo el entorno del caso. Abogados, fiscales, funcionarios, peritos. Lo que recuerdes. Aunque sea "uno calvo que olía a tabaco".

Iván asintió.

Leire se levantó y abrió la puerta del despacho. Un agente los guió a una sala de descanso al fondo, con un sofá viejo, una máquina de agua y una televisión apagada. Iván se sentó sin quitarse el abrigo. Leire se quedó de pie, mirándolo como si fuera a decir algo más.

—Una última cosa —dijo ella.

Iván levantó la vista.

—No vuelvas a contestar llamadas —añadió Leire—. Ni aunque te digan que alguien va a morir. Eso es lo que quiere: que tu culpa te

haga obediente.

Iván asintió. Leire salió y cerró la puerta.

Pasó el tiempo en una niebla rara. Iván intentó dormir, pero el cuerpo no se lo permitió. Se quedó con los ojos abiertos, escuchando los sonidos de comisaría: pasos, puertas, murmullos, un teléfono que sonaba y se cortaba. A ratos, el cansancio lo empujaba hacia un sueño ligero que se rompía en cuanto imaginaba el polígono y la hora 06:55.

A las cinco y media, alguien abrió la puerta. Entró Leire. Esta vez sí parecía más cansada. Traía un vaso de café en la mano.

—Han encontrado a Rubén Cifuentes —dijo sin preámbulo.

Iván se incorporó.

—¿Quién es?

Leire dejó el café sobre una mesa y sacó una hoja impresa.

—Técnico de mantenimiento. Subcontratas. Entra en edificios, entra en portales, entra en… lo que le dejen entrar. Ha trabajado en tu comunidad por lo menos tres veces en el último mes. Y ha tenido acceso al edificio anexo del archivo viejo por una orden de revisión de ascensor hace dos semanas.

Iván sintió un golpe frío en el pecho.

—El ascensor que tose.

Leire asintió.

—Exacto.

Iván tragó saliva. De pronto, el recuerdo del técnico que fue a su piso, la carpeta de plástico, la firma… todo adquirió otra forma. No era prueba, pero era un patrón. Y los patrones, en un caso así, eran cuchillos.

—¿Lo habéis detenido?

Leire negó con la cabeza.

—No. No todavía. Está localizado, pero no tengo base para detenerlo solo por "me da mala espina". Necesito una conexión sólida. —Leire lo miró—. Y aquí viene la parte que no te va a gustar.

Iván esperó.

—A las 06:30, nuestro equipo en el polígono ha encontrado algo en las coordenadas —dijo Leire—. No un cuerpo. Un sobre. Blanco. En el suelo del callejón de servicio. Y dentro… —Leire bajó la voz— dentro hay una foto.

Iván sintió el pulso en las sienes.

—¿Una foto de qué?

Leire lo sostuvo con la mirada.

—De ti. En el edificio anexo. En el ascensor.

Iván se quedó quieto.

—Eso es imposible.

—Es una foto antigua —dijo Leire—. No de ayer. Pero está impresa ahora. Y en el reverso pone una hora: 06:55. —Leire apretó la mandíbula—. Y pone: "Hoy, por fin, vas a llegar."

Iván sintió que el aire se le quedaba a medias. La frase lo llevaba directo al borde: el remitente no solo jugaba con escenarios, también jugaba con el tiempo. Con recuerdos. Con pruebas viejas convertidas en armas nuevas.

Leire se inclinó un poco, bajando la voz como si compartieran un secreto en medio del ruido.

—¿Vas entendiendo por qué no puedo soltarte solo?

Iván asintió, sin fuerza.

Leire se enderezó.

—A las seis y cincuenta y cinco, pase lo que pase, tú no te mueves. —Señaló el sofá—. Te quedas aquí. Y yo voy al polígono.

Iván abrió la boca para protestar y Leire lo cortó con una frase seca:

—Esta vez la trampa es para mí.

Y salió de la sala con paso rápido, dejando el olor del café en el aire y una certeza en la cabeza de Iván: el juego acababa de cambiar de manos.

Capítulo 11 — Invisible

Leire se fue sin mirar atrás y el pasillo la tragó como si la comisaría hubiera aprendido a comer urgencias. Iván se quedó sentado en el sofá viejo, con la espalda rígida, mirando la puerta cerrada. La orden era clara: no moverse. La cabeza, sin embargo, iba por libre. Si el remitente había preparado una trampa para Leire, significaba dos cosas: que conocía sus patrones igual que conocía los de Iván, y que ya no le bastaba con jugar solo con él.

El agente que se quedó vigilando en la sala no parecía incómodo, pero Iván notaba su presencia. Era un hombre con barba corta y ojos atentos, de los que hablan poco porque están siempre escuchando. Se sentó en una silla frente a la puerta, como si fuera un mueble más.

Iván miró el reloj del móvil: 06:47. Su pulgar rozó la pantalla con el impulso de escribirle a Leire un "ten cuidado" inútil. No lo hizo. Era casi ofensivo mandar precauciones a alguien que llevaba años entrando en lugares peores que un polígono al amanecer.

El silencio se llenó de sonidos pequeños: el aire acondicionado, un teléfono lejano, pasos rápidos. Cada vez que una puerta se abría en algún punto de la comisaría, Iván pensaba que sería Leire volviendo con malas noticias. No era. La mayoría de puertas se abrían para cosas que, comparadas con su vida, eran triviales.

A las 06:55, el tiempo se clavó.

Iván notó la hora como se nota un pinchazo: un punto preciso, doloroso. La sala seguía igual. Él seguía sentado. El agente seguía en la silla. Nada explotó. Nada se rompió. Ninguna sirena. Y, sin embargo, Iván sintió que algo se movía fuera de la sala, en alguna parte de la ciudad, como una pieza de dominó cayendo.

Miró al agente.

—¿Sabéis algo? —preguntó.

El agente no se giró del todo.

—Cuando sepamos algo, te lo diré.

Iván asintió, mordiéndose la lengua. Esa respuesta era la única sensata y, por eso, desesperante.

A las 07:03 entró un policía joven con el móvil pegado a la oreja y se asomó a la sala.

—¿Está aquí la inspectora?

El agente de barba negó con la cabeza.

—Ha salido.

El joven cerró la puerta sin decir más. Iván sintió el impulso de levantarse. El agente lo vio, no por mirarlo, sino por sentir el movimiento en el aire.

—Ni se te ocurra —dijo, sin levantar la voz.

Iván se quedó sentado. Notó la vergüenza. Esa vergüenza era otra forma de control: le recordaba que ya no era dueño ni de su cuerpo.

Pasaron diez minutos. Quince. Veinte. El café de Leire seguía en la mesa de la sala contigua, enfriándose, como un reloj paralizado.

A las 07:21, el móvil de Iván vibró. Número desconocido. El mensaje entró sin pedir permiso.

"¿Ves? No hace falta que te muevas para que pase."

Iván sintió que el estómago se le encogía. No respondió. No podía. Incluso si respondía "vete a la mierda", estaba respondiendo. El remitente no quería información: quería reacción.

El agente le miró el móvil con el rabillo del ojo.

—¿Te han escrito?

Iván asintió, mostrando la pantalla sin darle el gusto de leerlo en voz alta. El agente frunció el ceño y sacó su propio móvil para informar. Iván notó la ironía: el remitente intentaba aislarlo, pero también lo convertía en un canal de información para la policía. No era una estrategia brillante. Era una estrategia cruel.

A las 07:34, la puerta se abrió de golpe. Leire entró con la chaqueta manchada de polvo a la altura del codo y la cara pálida, no de miedo, sino de rabia contenida. Traía un sobre en la mano, dentro de una bolsa de evidencias, y el gesto de quien ha tenido que tragarse una derrota.

Iván se levantó sin pensar.

—¿Estás bien?

Leire lo miró un segundo como si fuera a contestar algo humano. No lo hizo. Dejó la bolsa sobre la mesa y respiró hondo.

—No hay cuerpo —dijo—. Hay escenario.

Iván tragó saliva.

—¿Qué había?

Leire sacó el sobre de la bolsa con guantes, pero no lo abrió delante de él. Señaló el exterior.

—Esto. —El sobre tenía escrito en grande, con rotulador, "SALVATIERRA". Una burla.

—Te ha escrito a ti.

—Sí. —Leire apretó la mandíbula—. Para que yo sepa que puede. Y para que mi gente pierda tiempo.

Iván se acercó un poco, sin invadir.

—¿Qué ponía dentro?

Leire dudó. Luego lo abrió y sacó una hoja impresa. La sostuvo de manera que Iván pudiera leer sin tocar. El texto era breve, como siempre, y eso lo hacía más violento.

Hoy no era sangre.

Hoy era medida.

Tu perito se queda quieto, obediente.

Tú corres, sola.

Mira dentro.

Leire dobló la hoja con cuidado y la metió en la bolsa.

—Quiere que yo me queme —dijo—. Que cometa un error. Que parezca que estoy fuera de control.

Iván asintió, sintiendo una tristeza extraña. Leire no era de las que se quemaban fácil. Precisamente por eso el remitente la estaba eligiendo: para demostrar poder, para humillarla.

—¿Y la foto? —preguntó Iván—. La de mí en el ascensor.

Leire lo miró con un cansancio oscuro.

—La foto estaba en otro sobre. En el suelo, donde sabía que la encontraríamos. Es vieja, sí. Pero impresa ahora. Y eso significa que alguien tiene acceso a material antiguo. Archivos. Expedientes. O alguien que ha estado merodeando por lugares donde la gente guarda cajas.

Iván sintió un vuelco. Pensó en el edificio anexo, en salas olvidadas, en archivos donde el polvo lo tapa todo.

—Rubén Cifuentes —dijo.

Leire asintió.

—Rubén Cifuentes es una puerta, como decía la tarjeta. Puede ser él. Puede ser alguien usando su acceso. O puede ser un nombre escogido para que tú mires hacia cierto sitio mientras el remitente hace otra cosa.

Iván notó la tensión de esa posibilidad: el remitente no necesitaba estar en todas partes; solo necesitaba que ellos corrieran donde él quería.

Leire se sentó por primera vez desde que llegó. Se apoyó en la mesa con el cuerpo ligeramente inclinado hacia delante.

—Necesito que pienses como piensas cuando no estás asustado —dijo.

Iván soltó una risa corta.

—Eso ya no existe.

Leire no sonrió.

—Inténtalo igual. —Leire señaló la bolsa de evidencias—. Todo lo que ha pasado tiene dos capas: la capa del crimen y la capa del mensaje. Con Óscar y Marina hay sangre. Con lo de hoy, no. Pero en todas hay purpurina. En todas hay cámara inútil. En todas hay frase. —Leire lo miró—. ¿Qué patrón ves tú?

Iván cerró los ojos un segundo para ordenar. Abrió. Habló despacio.

—Que no busca un método. Busca una sensación. —Iván tragó saliva—. Busca que parezca inevitable. Que estemos siempre un paso por detrás. Que mi presencia… contamine.

Leire asintió.

—Bien. Y otra cosa. Quiere que tú y yo nos desconfiemos. Que yo te vea como sospechoso y tú me veas como alguien que te va a entregar.

Iván sintió un pinchazo. No quería admitirlo, pero ya había pensado algo parecido, ese miedo a que el sistema lo sacrificara para cerrar rápido.

Leire se levantó y abrió su carpeta.

—Vamos a hacer lo que debimos hacer desde el principio —dijo—. Tu edificio. El portal. Los horarios. La empresa de mantenimiento. Quiero el listado de entradas y salidas. Quiero saber si la empresa tiene contrato con el juzgado. Quiero saber si Rubén Cifuentes ha estado hoy trabajando en algún sitio.

Iván asintió, más útil al fin.

—El técnico que vino a mi piso… llevaba un chaleco con un logo. No me fijé bien. Pero firmé un parte.

Leire lo miró como si esa frase fuera oro y mierda al mismo tiempo.

—¿Firmaste?

—Sí.

—¿Dónde está la copia?

Iván tragó saliva.

—No me dieron copia. Solo firmé.

Leire apretó la mandíbula.

—Pues vamos a sacarla. —Leire miró al agente de la sala—. Necesito que uno vaya a la administración de su comunidad ahora mismo. Quiero el parte de trabajo de mantenimiento. El nombre de la empresa, el técnico asignado, y horarios exactos.

El agente asintió y salió.

Leire volvió a Iván.

—Y tú me vas a hacer esa lista de casos. Ya. En papel. Sin ordenador. Quiero ver qué recuerdas sin que Google te lo sugiera.

Iván buscó un bolígrafo y una hoja. Se sentó y empezó a escribir nombres y roles: fiscales, abogados, un funcionario del archivo con bigote, un compañero de peritaje. Mientras escribía, notó que la mano le temblaba menos. Era lo único parecido a calma: hacer una lista.

A mitad, una palabra se le escapó sin querer: "Rubén".

Se detuvo. Miró el papel. No el Rubén Cifuentes, sino otro Rubén. Un Rubén que había aparecido en el Caso Aranda como "contacto de la víctima colateral", eso recordaba ahora, con un pinchazo lento. Una anotación secundaria, una vida pegada al expediente como una nota al pie.

Leire lo vio.

—¿Qué?

Iván señaló la palabra.

—Me suena. Rubén. No como el técnico. Como nombre en el expediente. Creo que… —Iván tragó saliva— creo que la pareja de la víctima posterior se llamaba así. No estoy seguro. Pero me suena.

Leire se enderezó, alerta.

—¿La víctima posterior? ¿La colateral?

Iván asintió, sintiendo que el aire se le volvía pesado.

—Sí. La chica que murió después. La que no salió en prensa. La que… —Se le quedó la frase atascada—.

Leire lo miró fijo.

—¿Tú sabes su nombre?

Iván cerró los ojos, buscando en la memoria un hueco que siempre había evitado.

—No —dijo al final, y la voz le salió más baja—. Nunca lo he dicho en voz alta.

Leire no lo apretó. Solo asintió, como si entendiera el mecanismo de negar un nombre para negar una culpa.

En ese momento, la puerta se abrió y entró el agente que había salido antes, con un papel en la mano.

—Inspectora. Administración de la finca. Empresa: **CIFU MANTENIMIENTOS S.L.** —El agente leyó—. Técnico asignado: Rubén Cifuentes. Fecha: ayer. Hora de entrada al edificio: 19:02. Hora de salida: 20:11.

Leire levantó la vista hacia Iván.

—Rubén Cifuentes. —Repitió el nombre como quien lo coloca por primera vez en una diana—. Y ayer estuvo en tu casa.

Iván sintió que el cuerpo se le ponía en alerta total, como si el nombre fuera un interruptor.

Leire cogió el papel y añadió otra pregunta, rápida, afilada:

—¿Y el ascensor del edificio anexo? ¿Quién lo revisó hace dos semanas?

El agente bajó la mirada al informe.

—La misma empresa. Rubén Cifuentes.

Leire guardó el papel en su carpeta. Miró a Iván y no había triunfo en su cara. Había algo más oscuro: la certeza de que la puerta estaba ahí, pero también la certeza de que abrirla iba a mancharlos a todos.

—Ya lo tenemos —dijo Leire—. Ahora falta lo difícil: probarlo sin que el remitente nos vuelva a mover como a muñecos.

Iván tragó saliva. Miró sus manos. Por primera vez en horas, no sentía ganas de lavárselas. Sentía ganas de hacer otra cosa: encontrar a Rubén Cifuentes y mirarlo a la cara.

Eso, se dio cuenta con un escalofrío, también era un impulso.

Y el remitente lo sabía.

Capítulo 12 — Carretera vieja

Leire no dejó que el impulso se convirtiera en movimiento. A Iván lo mantuvo dentro de la comisaría como quien guarda una cerilla cerca de gasolina: no por crueldad, sino por sentido común. Le asignaron una sala pequeña con una silla incómoda y una botella de agua a medio rellenar. El agente de barba se quedó fuera, a una distancia suficiente para oír si Iván intentaba abrir una puerta equivocada.

Leire entró al rato con dos cafés y un gesto seco.

—Vamos a visitar a Rubén Cifuentes —dijo.

Iván se levantó demasiado rápido.

—¿Ahora?

Leire lo miró.

—No te emociones. Vamos con orden. Y tú no hablas si yo no te lo pido.

—Soy psicólogo, Leire. Podría…

—Eres el cebo —lo cortó ella—. Y el cebo no dirige el interrogatorio.

Iván apretó los dientes, tragándose la respuesta. Leire no lo humillaba por capricho; lo estaba protegiendo de sí mismo y de un sistema que solo necesitaba una escena mal grabada para convertirlo en culpable de manual.

Bajaron por el garaje trasero de la comisaría y subieron a un coche sin distintivos. Conducía Leire. Iván, detrás, miraba la ciudad pasar con una lucidez extraña: los bares abriendo, la gente yendo al trabajo, los niños con mochilas. Todo eso seguía existiendo. A él, sin embargo, le parecía un decorado.

Leire no hablaba. Tenía una mano en el volante y la otra cerca del móvil, como si esperara un golpe en cualquier momento. En un semáforo, Iván vio su reflejo en el retrovisor: ojos tensos, mandíbula

apretada. Una mujer acostumbrada a tener el control enfrentándose a alguien que escribía el guion desde fuera.

Llegaron a la periferia, a un barrio de bloques bajos y talleres. La dirección de Rubén Cifuentes daba a una calle estrecha, con coches aparcados en doble fila y un olor a gasoil que no se iba nunca. En la puerta del edificio había un telefonillo con varios nombres. Leire buscó "Cifuentes" con el dedo. Pulsó.

Sonó. Nada. Pulsó otra vez. Nada.

—¿Y si está trabajando? —preguntó Iván, en voz baja.

Leire no le contestó. Miró alrededor. Dos portales más allá, una mujer barría la acera con una escoba que parecía más vieja que el barrio. Leire se acercó a ella con su forma directa de entrar en conversaciones sin parecer simpática.

—Buenos días. Policía. ¿Conoce a un vecino de aquí? Rubén Cifuentes.

La mujer se detuvo. Miró a Leire, luego a Iván, luego al coche sin distintivos.

—Rubén… sí. El del cuarto B.

—¿Está en casa?

La mujer hizo un gesto ambiguo con la mano, como si moviera aire.

—A estas horas… no suele. Va y viene. Trabaja de mantenimiento.

Leire asintió.

—¿Le ha visto hoy?

La mujer frunció el ceño.

—Hoy… no. Ayer sí, entró tarde.

Iván sintió un pinchazo. *Ayer sí, entró tarde.* Ayer estuvo en su casa. Ayer pudo haber hecho lo que quisiera.

Leire agradeció con un gesto y volvió al coche.

—No está —dijo—. Vamos a su empresa.

Iván miró a través de la ventanilla el edificio de Rubén. En una ventana del cuarto B había una cortina beige y una maceta. Nada más. La normalidad como disfraz.

Condujeron hasta un polígono más industrial, naves sin alma y calles anchas donde el viento siempre encuentra algo que arrastrar. La empresa, "CIFU Mantenimientos", era una nave con un cartel barato y una puerta de metal. Había dos furgonetas blancas aparcadas fuera, una de ellas con el logo. Leire aparcó sin esconderse. Bajó y enseñó la placa al primer hombre que vio, un tipo con mono azul y manos negras de grasa.

—Busco a Rubén Cifuentes.

El hombre parpadeó, midiendo.

—Rubén… hoy no ha venido.

—¿Seguro?

—Seguro.

Leire dio un paso más cerca.

—Necesito hablar con su encargado.

El hombre dudó, luego señaló hacia una oficina acristalada dentro de la nave. Leire entró sin pedir permiso. Iván la siguió, sintiéndose demasiado visible.

En la oficina, un hombre con barriga y camisa abierta los miró como se mira a los problemas: con cálculo y mala disposición.

—¿Qué pasa? —preguntó.

Leire habló sin rodeos.

—Su empleado Rubén Cifuentes. ¿Dónde está?

El hombre abrió las manos, teatral.

—Si lo supiera, lo tendría trabajando. Hoy no ha fichado. Me ha mandado un mensaje diciendo que estaba malo.

—¿Y usted le ha creído?

El encargado hizo un gesto de fastidio.

—A mí me da igual si está malo o en la playa. Tengo trabajo que sacar. Si no viene, lo apunto y ya está.

Leire sacó una foto impresa, no la de Iván en el ascensor, sino una captura del sistema: nombre, DNI, dirección. La dejó encima de la mesa.

—Necesito su ficha completa, historial de trabajos, órdenes de servicio, accesos al juzgado y al edificio anexo. Hoy.

El encargado se puso serio por primera vez.

—¿Orden judicial?

—En camino —dijo Leire, sin mentir del todo. Los papeles se piden, pero el tiempo no espera—. Mientras tanto, coopere o va a acabar usted explicando por qué protege a un empleado relacionado con dos homicidios.

Iván sintió el peso de esa frase. "Relacionado" era una palabra peligrosa. Era verdad y también era un anzuelo.

El encargado tragó saliva y abrió un cajón, sacando carpetas.

—Mire, yo no protejo a nadie. Rubén es buen trabajador. Callado. Hace lo suyo. No da problemas. —Su voz bajó—. Bueno… últimamente estaba raro.

Leire levantó una ceja.

—¿Raro cómo?

—Como… nervioso. —El encargado miró a Iván, desconfiando—. Un día me pidió una copia de una orden vieja, de hace meses. Una revisión del ascensor del edificio anexo ese… el del juzgado. Me dijo

que había “un fallo” que no se había apuntado. Le dije que esas cosas las pide la administración, no él. Se enfadó.

Leire no cambió de cara, pero Iván vio que el dato le encajaba.

—¿Qué día fue eso? —preguntó Leire.

El encargado buscó en una libreta.

—Hace… una semana. O diez días. No lo sé exacto.

Leire señaló los papeles.

—Quiero todo lo que tenga de él. Y quiero que me diga si tiene llaves maestras, tarjetas, acceso a portales.

El encargado resopló.

—Llaves, no. Tarjetas, tampoco. Tiene copias de llaves de comunidades cuando toca, como todos. Si te las dan, entras. Si no, no.

Iván notó la sencillez brutal de esa frase: “si te las dan, entras”. No hacía falta conspiración. Hacía falta negligencia.

Leire se guardó los papeles en una carpeta, agradeció lo justo y salió. En el coche, arrancó sin hablar durante un minuto. Luego dijo, con un tono que mezclaba rabia y foco:

—Rubén no está en casa. No está en la empresa. Ha desaparecido justo cuando empezamos a mirar.

Iván miró el paisaje industrial pasar.

—¿Crees que es él?

Leire apretó el volante.

—Creo que es demasiado perfecto. Y lo perfecto me huele mal. —Lo miró por el retrovisor—. También creo que, si no es él, alguien lo está usando porque tiene acceso y porque su vida encaja con un motivo. Técnicos de mantenimiento no dejan huella. Entran y salen. Nadie les mira.

Iván tragó saliva. La palabra "invisible" volvía con fuerza.

El móvil de Iván vibró. Esta vez el número era desconocido otra vez. Leire lo vio de reojo.

—No lo abras —ordenó.

Iván obedeció a medias. Lo abrió porque el cuerpo le empujó, pero no contestó. Solo leyó.

"Carretera vieja. 21:30. Coche rojo."

Leire frenó un poco, giró la cabeza.

—¿Qué pone?

Iván tragó saliva.

—Carretera vieja. Nueve y media. Coche rojo.

Leire no dijo nada durante un segundo. El silencio fue más elocuente que cualquier grito. Iván recordó el punto medio que habían imaginado como estructura, y sintió una punzada casi supersticiosa: el guion estaba cumpliéndose.

—Eso es esta noche —dijo Iván.

Leire asintió. Su voz salió baja, seca.

—Y es una trampa.

Iván miró el móvil. El mensaje era corto, operativo, y por eso daba miedo. No decía "Mira dentro". No hacía poesía. Solo citaba.

Leire giró el coche hacia una rotonda y tomó una salida distinta.

—Vamos a prepararnos —dijo—. Pero hoy no vas a improvisar, Iván. Hoy, si caemos, caemos con plan. Y si alguien tiene que dejar rastro… no vas a ser tú solo.

Iván miró por la ventanilla la ciudad acercándose. Pensó en la carretera vieja como un lugar elegido por su margen, por su facilidad de aislar. Pensó en un coche rojo como señuelo o como víctima.

Pensó en Rubén Cifuentes como puerta, no como nombre. Y sintió que la noche se le venía encima con una certeza desagradable:

el remitente no estaba escribiendo para asustar. Estaba escribiendo para dirigir.

Capítulo 13 — Trampa

A las seis de la tarde, la comisaría olía a café requemado y a ropa mojada por lluvia vieja. Iván estaba en una sala lateral con una botella de agua sin abrir y un papel delante donde, se suponía, debía escribir "casos relevantes". Había escrito tres nombres y se había quedado atascado. No por falta de memoria, sino porque, de pronto, cada nombre parecía una puerta que daba a un pasillo sin luz.

Leire entró con paso rápido y una carpeta nueva. No se sentó. No lo miró a la cara al principio. Dejó la carpeta sobre la mesa y señaló con el índice un mapa impreso.

—Carretera vieja —dijo—. Aquí.

En el mapa había un tramo mal iluminado, fuera de la ciudad, con una curva amplia y un puente bajo. Una zona donde el asfalto se estrechaba y los coches bajaban la velocidad por costumbre. Al lado, una explanada de grava donde alguien había aparcado más de una vez para fumar, discutir o esconderse.

—¿Coche rojo? —preguntó Iván.

Leire levantó la mirada.

—Eso es lo que quiere que veas.

—¿Y lo que no quiere que vea?

Leire asintió, seca.

—Exacto.

Sacó una hoja con un esquema simple: dos vehículos sin distintivos, tres agentes en la zona alta, dos en la curva, uno con cámara en una farola cercana. Nada espectacular. Lo justo para cubrir entradas y salidas. Lo justo para que, si alguien intentaba hacer algo, hubiera ojos.

—Quiero que entiendas una cosa —dijo Leire, apoyando ambas manos en la mesa—. Hoy tú no eres héroe. Hoy eres variable de riesgo. Si te mueves sin que yo lo sepa, te rompo el plan y me lo rompes a mí.

Iván apretó los dientes.

—¿Y si pasa algo y yo lo veo antes?

—Si pasa algo, lo ve mi gente. Tú solo lo interpretas. Y tu interpretación está contaminada. —Leire no lo dijo como insulto; lo dijo como diagnóstico.

A Iván le dolió precisamente por lo cierto.

—¿Vas a llevarme? —preguntó.

Leire negó.

—No vas al punto. Te quedas aquí hasta las nueve. Luego te llevo a un lugar acordado, lejos. Si el remitente está mirando, quiero que crea que has obedecido. Quiero quitarle ese placer.

Iván sintió un pinchazo de impotencia.

—Pero si no voy, ¿y si…?

Leire lo cortó.

—Lo de "y si" es el motor de su juego. Tú no lo alimentas.

Iván se calló. Leire dejó un silencio breve para que la frase se asentara y luego se giró hacia la puerta.

—Otra cosa. Quiero tu móvil apagado. Ya.

Iván obedeció. Lo apagó y lo dejó en la mesa, como quien deja un órgano fuera del cuerpo.

Leire salió. Iván se quedó solo, con el zumbido del aire acondicionado y el peso de la espera. Intentó volver a la lista de casos, pero los nombres le salían como piedras. En su cabeza, el mensaje "Carretera vieja. 21:30. Coche rojo" se repetía con la

musicalidad simple de un mandato. No era miedo, exactamente. Era otra cosa: la sensación de que algo va a ocurrir ocurra lo que ocurra.

A las ocho y cincuenta, Leire volvió. Esta vez llevaba el abrigo puesto, las llaves del coche en la mano y la cara endurecida por la noche.

—Vamos —dijo.

Iván se levantó y, mientras salían, vio su reflejo en una cristalera: un hombre con ojeras, hombros tensos, una expresión que no sabía colocar. Si alguien lo miraba desde fuera, parecería culpable aunque no lo fuera. Esa era otra trampa: la culpa no solo se demuestra, también se proyecta.

En el coche, Leire condujo hacia el centro, pero giró antes de llegar, metiéndose por calles estrechas. No se dirigían a ningún sitio concreto. Daban vueltas. Iván entendió el objetivo: que él no supiera dónde estaba exactamente, para no poder decirlo aunque quisiera. Un cortafuegos contra el propio Iván.

—¿Te están informando? —preguntó él, mirando el móvil de trabajo de Leire, que vibraba de vez en cuando.

—Sí.

—¿Y?

Leire no respondió. Apretó el volante. Sus dedos estaban blancos en los nudillos.

A las nueve y veintisiete, el móvil de Leire vibró con un patrón distinto. Ella contestó al instante.

—¿Qué?

Silencio al otro lado. Leire escuchó, inmóvil, como si su cuerpo se hubiera convertido en oreja.

—¿Confirmado? —preguntó—. ¿Dónde?

Otra pausa. Iván notó cómo el aire del coche se tensaba.

Leire colgó y no habló durante tres segundos.

—¿Qué pasa? —dijo Iván, sin poder evitarlo.

Leire lo miró un instante, no con rabia, sino con algo peor: frustración.

—Hay un coche rojo —dijo al fin—. Allí. En el punto.

Iván sintió el estómago caer.

—¿Y?

Leire respiró.

—Y han encontrado un móvil en el asiento del copiloto, grabando. Y un trípode. No hay persona. No hay cuerpo. No hay sangre.

Iván parpadeó.

—¿Entonces…?

—Entonces es un escenario —dijo Leire, y su voz se volvió más baja —. Y eso no me gusta.

El coche siguió avanzando en silencio. Iván intentó imaginar el punto: la curva, el puente, la grava. Un coche rojo quieto, un móvil grabando como un ojo. Un montaje preparado. Una invitación para que alguien se acerque. Para que alguien quede registrado.

—¿Quién está allí? —preguntó Iván.

—Mi gente.

—¿Y por qué no te gusta?

Leire apretó la mandíbula.

—Porque esto es demasiado limpio. —Leire miró la carretera—. Porque me está enseñando algo. Que puede montar una escena sin ensuciarse.

Iván se humedeció los labios.

—Y mientras miráis esa escena…

Leire asintió sin mirarlo.

—Sí.

El móvil vibró otra vez. Leire contestó con una frialdad que a Iván le pareció inhumana, pero sabía que era defensa.

—Salvatierra.

La voz al otro lado habló rápido. Leire solo dijo "vale" dos veces. Colgó y pegó un golpe pequeño al volante, no de furia teatral, sino de impotencia real.

—¿Qué? —preguntó Iván, casi sin voz.

Leire tragó saliva. Iván la vio hacer ese gesto mínimo: contener una emoción para que no la use el otro.

—Han encontrado un cadáver —dijo.

Iván sintió un zumbido en los oídos.

—¿Dónde?

—A quinientos metros del punto. En un camino de tierra, detrás de unas zarzas. —Leire apretó el volante—. Y hay testigo. Un ciclista que pasaba. Dice que vio a un hombre con abrigo oscuro salir corriendo hacia la carretera.

Iván se quedó quieto, respirando corto.

—¿Y…?

Leire no necesitó decirlo. Iván lo vio en su cara antes de que lo pronunciara.

—Ha dicho que se parecía a ti —remató Leire.

Iván sintió que el pecho se le hundía. No era solo miedo. Era la certeza de que el remitente no necesitaba ponerlo allí para ensuciarlo. Le bastaba con fabricar la escena para que pareciera que había estado.

—No he estado —dijo Iván, y le salió como súplica.

Leire lo miró, y por primera vez esa noche hubo una chispa de algo humano, pero duró poco.

—Ya lo sé —dijo—. Yo lo sé. Pero el ciclista no lo sabe. Y el juez, si le llega un relato así, va a querer encajar piezas rápidas.

Iván se pasó la mano por la cara.

—¿Quién es la víctima?

Leire miró un mensaje en su móvil y respondió sin emoción aparente, pero Iván notó el peso.

—Hombre. Cuarenta y tantos. Identificación pendiente. Apuñalado. —Pausa—. Y sí. En la ropa hay brillo.

Iván cerró los ojos.

—Purpurina.

Leire asintió.

—Nos está marcando como ganado.

No fueron al lugar del hallazgo. Leire no quiso llevar a Iván a un escenario donde pudiera quedar registrado. Lo dejó en un piso seguro de un compañero, un lugar pequeño con sofá cama, cortinas corridas y una cocina con olor a cebolla. Allí había un agente de paisano. No parecía simpático. Parecía eficaz.

—Te quedas aquí —dijo Leire en la puerta—. No sales. No abres. No llamas. No haces nada que yo no te diga.

Iván asintió, tragándose el orgullo. Leire se giró para irse, pero antes lo miró de nuevo.

—Y escucha esto, porque es importante —añadió—. Lo del coche rojo no era para matar. Era para grabar. Era para demostrar que puede construir pruebas alrededor de ti. Y eso significa que ya no basta con “ser inocente”. Hay que demostrarlo.

Se fue.

Iván se quedó dentro del piso seguro con una sensación asfixiante: como si la inocencia se hubiera convertido en un trabajo de jornada completa. Se sentó en el sofá, miró sus manos y, por primera vez en mucho tiempo, no pensó en lavárselas. Pensó en huir. No físicamente, sino mentalmente: apagarse, dejar de sentir.

El agente de paisano le dio un vaso de agua sin decir nada. Iván lo bebió de golpe. Se quedó mirando la pared blanca, escuchando su propia respiración.

A la una de la madrugada, el móvil de Iván —apagado, guardado en una bolsa en comisaría— ya no podía vibrar. Aun así, en su cabeza vibró un mensaje como si lo oyera:

Has llegado tarde.

La idea le hizo un daño físico. Porque no se trataba de llegar a tiempo a un lugar. Se trataba de llegar a tiempo a sí mismo. A ese punto del pasado donde empezó a mirar hacia otro lado.

Y el remitente lo sabía.

A las ocho de la mañana siguiente, Leire lo llamó desde un número seguro. El agente le pasó el teléfono.

—Ha salido en prensa —dijo Leire, sin preámbulo.

Iván se incorporó.

—¿Qué ha salido?

Leire no lo dijo con dramatismo. Lo dijo como se dice un hecho que te rompe la mañana.

—"El perito del caso de las cartas estuvo vinculado a un nuevo homicidio." —Pausa—. Hay una foto tuya, de archivo, la del ascensor, y un recorte del Caso Aranda. Alguien se lo ha dado a Clara Baeza.

Iván sintió una náusea lenta.

—¿Clara…?

—Sí. Y ahora ya no es solo un asesino y dos cartas. Ahora es un relato público. Y tú eres el villano cómodo.

Iván cerró los ojos. El juego había pasado de las sombras a la calle. Y en la calle, la verdad importa menos que la historia que mejor encaja.

Capítulo 14 — Noche pública

A Iván le costó más asumir la noticia que cualquiera de los mensajes. Los mensajes venían de un desconocido, de un enemigo. La prensa venía del mundo real, del que no se puede bloquear. En un caso así, el asesino podía escribir cartas; la ciudad, en cambio, escribía titulares.

—¿Qué han publicado exactamente? —preguntó Iván, con la garganta seca.

Leire suspiró al otro lado del teléfono. Se oía ruido de fondo: puertas, voces, un motor arrancando. Ella estaba en movimiento, como siempre.

—Un artículo corto en un digital local y un hilo que ya se está moviendo en redes. —Pausa breve—. Han puesto tu nombre completo, tu foto, y han insinuado que estabas "en el centro" de tres escenarios. No dicen que seas el asesino. No les hace falta. La insinuación trabaja por ellos.

Iván apretó los dientes. Miró el piso seguro: paredes neutras, sofá gastado, persianas a medio bajar. El lugar parecía diseñado para que no existieras.

—¿Y Clara Baeza? —preguntó.

—No tengo pruebas de que lo haya publicado ella, pero el material le ha llegado. Y ella estaba en tu hotel ayer. —Leire bajó la voz—. Si esto se convierte en un circo, va a ser mucho más difícil trabajar.

Iván tragó saliva.

—¿Qué quieres que haga?

Leire no tardó.

—Nada. Tú no sales. Tú no respondes. Tú no intentas "aclarar" nada. Si haces una declaración, aunque sea inocente, alimentas el relato. El relato necesita tu cara, tu frase, tu temblor. No se lo des.

Iván notó un golpe de rabia.

—Me están crucificando sin decir mi nombre en voz alta.

—Te están colocando —corrigió Leire—. Y si te mueves mal, te colocan definitivamente.

Hubo un silencio incómodo. Iván pensó en llamar a un abogado, en escribir un comunicado, en justificar, en explicarse. Leire tenía razón: cualquier explicación sonaría a defensa. Y una defensa en público es medio veredicto.

—Escucha —añadió Leire—. Hoy tienes citación del fiscal Rueda. Mañana a primera hora.

Iván parpadeó.

—¿Mañana? ¿En serio?

—En serio. Y no puedes no ir. Si no vas, pareces culpable. Si vas, te expones. Bienvenido al tablero.

Iván cerró los ojos un segundo.

—¿Vas a estar conmigo?

—Sí. —Leire bajó el tono, más firme—. Yo voy a estar. Y tú vas a hablar lo justo. Rueda quiere orden, no verdad. A él le interesa que esto se cierre sin manchar el edificio.

Iván tragó saliva. La palabra "edificio" le sonó literal y simbólica.

—¿Y del cadáver de anoche? —preguntó—. ¿Quién era?

Leire respondió con precisión, como quien se aferra a datos para no escuchar el ruido.

—Se llama **Sergio Valdés**, cuarenta y cinco. Antecedentes por agresión hace años, nada reciente. Trabajaba de noche en almacén. —Pausa—. Y hay un detalle más: en el bolsillo llevaba una llave.

Iván frunció el ceño.

—¿Una llave de qué?

—De un portal. —Leire se oyó pasar una página—. No es de tu edificio, pero es de una calle cerca del juzgado.

A Iván se le heló la nuca.

—¿Qué significa eso?

—No lo sé todavía. Puede ser una llave que tenía por trabajo. Puede ser un señuelo. Puede ser un mensaje: "Puedo entrar donde quiera." —Leire hizo una pausa—. O puede ser un hilo real hacia alguien que entra en portales. Como un técnico.

Iván apretó los labios. Rubén Cifuentes volvió a su cabeza con esa insistencia que ya no sabía si era lógica o manipulación. El remitente lo había señalado como puerta. Ahora aparecía una llave de portal en un cadáver. No era prueba, pero era un idioma que empezaba a repetirse.

—Leire, necesito salir de aquí —dijo Iván, y la frase le salió más vulnerable de lo que quería. No era una demanda logística. Era un grito de claustrofobia.

—No —respondió Leire—. Necesitas aguantar. Y necesito que me hagas caso. —Su voz se endureció—. Te vuelvo a repetir: nada de redes, nada de prensa, nada de llamadas. Hoy, tu enemigo número uno eres tú mismo intentando controlar la narrativa.

Colgó sin despedirse.

El agente de paisano le devolvió el teléfono sin mirarlo. Era un hombre con cara de haber visto suficiente como para no personalizar nada.

—¿Qué? —preguntó, por cumplir.

—Ya está en prensa —dijo Iván.

El agente asintió, como si le dijeran que llovería.

—Eso pasa rápido.

Iván sintió ganas de reír. "Eso pasa rápido" era una frase que, aplicada a su vida, sonaba a broma cruel. Se levantó del sofá y

caminó hasta la ventana. Levantó un poco la persiana para mirar a la calle. No había nadie esperándolo. No había cámaras. Solo un repartidor descargando una caja. Aun así, Iván sintió que, en cuanto saliera, cualquier mirada lo convertiría en personaje.

En el móvil del agente sonó una notificación. El hombre miró la pantalla y frunció el ceño.

—Te buscan —dijo.

Iván se giró.

—¿Quién?

El agente no respondió con nombres. Le enseñó el móvil. Era un enlace a una publicación con la foto de Iván, la misma del ascensor, y una frase encima: "¿Este es el psicólogo de las cartas?".

Abajo, comentarios. Decenas. Algunos pidiendo "cabezas". Otros haciendo chistes. Otros diciendo "esto huele a montaje". El veneno tenía muchos sabores.

Iván apartó la vista. Notó la misma reacción corporal que en el aparcamiento: un vacío en el estómago, un calor en la cara, una necesidad absurda de lavarse las manos para quitarse algo que no era suciedad, sino mirada ajena.

Fue al baño del piso seguro y se lavó las manos. Esta vez se detuvo a mitad. Se quedó con las manos bajo el agua, mirándose en el espejo, y notó algo nuevo: no era solo compulsión. Era una forma de castigarse. Como si, frotándose, pudiera borrar la parte de él que había tomado decisiones equivocadas.

Cerró el grifo.

Volvió al salón. Se sentó. El agente se mantuvo en silencio, respetando la única intimidad posible: no comentar.

Pasó la mañana. A ratos Iván escuchaba la tele de fondo sin verla. A ratos miraba el techo. A ratos pensaba en el folio 73 y sentía un dolor sordo, como de muela. Intentó escribir en un papel lo que

recordaba del Caso Aranda: nombres, fechas, frases. Le salieron cosas sueltas. Lo único constante era una sensación: el peso de una omisión que él había vestido de prudencia.

A las dos de la tarde, alguien llamó a la puerta del piso seguro.

El agente se levantó, miró por la mirilla y no abrió. Dijo desde dentro:

—¿Quién?

—Clara Baeza —respondió una voz femenina, clara—. No llevo cámara. Solo quiero hablar.

Iván sintió un escalofrío. *¿Cómo había encontrado el piso?* No se suponía que nadie lo supiera. El agente miró a Iván, y en esa mirada hubo una pregunta muda: "¿la conoces?".

—No abras —dijo Iván, sin respirar.

El agente volvió a hablar.

—Aquí no vive nadie con ese nombre.

—No busco a usted —respondió Clara—. Busco a Iván Llorente.

Iván notó la garganta cerrarse. El agente apretó los labios, molesto.

—¿Quién le ha dado esta dirección? —preguntó.

Hubo una pausa al otro lado. Luego Clara habló con un tono que no era amenazante, pero sí firme.

—No le voy a mentir. Me ha llegado un sobre a la redacción. Con un mapa. Y con una frase: "Si quieres la verdad, pregúntale." No he venido a hacer daño. He venido a escuchar.

Iván sintió un golpe en el pecho. El remitente no solo jugaba con policías y víctimas. También jugaba con la prensa. Les daba carnaza, los movía, y luego los soltaba sobre él como perros educados.

El agente miró a Iván.

—¿Le dices algo?

Iván tragó saliva. Parte de él quería gritarle a Clara que se fuera. Otra parte, más peligrosa, veía una posibilidad: si Clara tenía un sobre del remitente, quizá había una pista. Quizá una huella. Quizá un rastro que la policía aún no había visto.

—Dile que lo deje en recepción del edificio y se vaya —dijo Iván al fin—. Que lo deje y se vaya.

El agente obedeció.

—Deje lo que tenga y márchese.

Al otro lado hubo un silencio breve. Luego se oyó el roce de papel contra el suelo.

—Lo dejo —dijo Clara—. Si cambia de idea, tiene mi tarjeta. Ya se la dejé anoche.

Sus pasos se alejaron.

El agente abrió la puerta apenas un palmo, recogió el sobre con guantes y lo trajo al salón. Era blanco. Sin sello. Sin remitente. Solo una palabra impresa en una esquina: **DENTRO**.

Iván lo miró con una repulsión casi física.

—No lo abras —dijo el agente, automático.

—Ya lo sé —respondió Iván, cansado.

El agente llamó a Leire. Le explicó lo ocurrido, lo del mapa, lo de Clara. Iván escuchaba de fondo, con el estómago encogido. Leire respondió con una instrucción rápida: recoger el sobre, enviarlo a análisis, mantener el piso cerrado, no permitir más visitas.

Cuando el agente colgó, Iván se quedó mirando el sobre. Sabía que dentro habría una frase, una orden, quizá una pista real. También sabía que, fuera lo que fuera, el remitente había conseguido algo más importante: había logrado que Clara llegara hasta su puerta. Había demostrado acceso a su refugio.

A media tarde, Leire llegó al piso. Entró con una bolsa de evidencias y la cara oscura.

—Esto ya no es solo un caso —dijo, sin preámbulo—. Esto es una campaña.

Iván la miró.

—Ha usado a Clara.

Leire asintió.

—Y te ha usado a ti para atraerla. —Leire respiró hondo—. Me han pedido explicaciones arriba. Quieren saber por qué un perito aparece vinculado a tres escenas.

Iván notó un cansancio tan profundo que rozaba la indiferencia. Leire lo interpretó mal.

—No te duermas ahora, Iván.

—No me duermo —dijo él—. Me hundo.

Leire lo miró un segundo. No había ternura, pero sí algo parecido a reconocimiento. Luego abrió su carpeta y sacó un documento.

—Mañana, con Rueda, no vas a improvisar. Vas a decir esto, en este orden. —Leire le señaló un listado de puntos: acceso remoto al móvil, borrador, notas en casa, presencia policial, vigilancia, todo.

Iván lo leyó sin ver palabras, como si los ojos estuvieran cansados de ser útiles.

—¿Qué hay dentro del sobre de Clara? —preguntó Iván.

Leire apretó la mandíbula.

—Lo han abierto en la comisaría, con guantes. —Leire lo miró fijo—. Dentro había una sola hoja.

—¿Y?

Leire no dramatizó. Leyó la frase como se lee un parte.

—"Tu miedo es el mejor editor." —Pausa—. "Mira dentro."

Iván cerró los ojos. El remitente no solo escribía crímenes. Escribía a su carácter. A sus fallos.

Leire guardó la hoja y añadió:

—Y hay otra cosa. En el polígono, el equipo encontró una colilla. No parece gran cosa, pero tiene un resto de pegamento en la yema. De haber manipulado sobres, cinta, etiquetas. —Leire se inclinó hacia él —. Eso puede ser nuestro primer rastro físico real.

Iván abrió los ojos.

—¿De Rubén?

Leire negó.

—No lo sé. Pero mañana sabremos ADN, o al menos perfil. —Leire se enderezó—. Y mientras, tú vas a dormir. Hoy, aquí. Con vigilancia. Sin móvil. Sin ventanas abiertas.

Iván se rió sin humor.

—Dormir.

Leire no contestó a la ironía. Se levantó y apagó la tele, dejando el salón en un silencio más limpio.

—Mañana, en el juzgado, te van a mirar como si fueras una mancha —dijo—. No les des emoción. Dales hechos. Y guarda la rabia para cuando esto acabe.

Iván asintió, aunque no sabía si esto "acababa" o solo cambiaba de forma.

Esa noche, por primera vez en días, Iván durmió un par de horas seguidas. No porque estuviera más seguro, sino porque el cuerpo, al fin, se rindió.

Y en el sueño, sin sangre ni purpurina, volvió la misma escena una y otra vez: un despacho antiguo, un papel delante, una firma al final. La tinta corriendo como una grieta.

Cuando despertó, antes de abrir los ojos, ya sabía lo que le dolía: no el asesino, no la prensa, no la policía. Lo que le dolía era que, en algún punto del pasado, él había elegido el silencio.

Y ahora el silencio venía a cobrarlo con intereses.

Capítulo 15 — Suspensión

El juzgado a primera hora siempre olía a lo mismo: calefacción vieja, café derramado y papel que ha pasado demasiadas manos. Iván caminó por el pasillo con Leire a su lado y sintió, por primera vez, que su lugar habitual se había vuelto hostil. No era paranoia. Era una percepción concreta: los saludos se cortaban, las miradas se sostenían un segundo más, las conversaciones bajaban de volumen cuando él pasaba.

Leire no parecía afectada. Avanzaba con esa concentración de quien ya ha elegido dónde poner cada palabra. Iván intentaba imitarla, pero el cuerpo traicionaba: la garganta apretada, las manos frías, la necesidad de esconderse detrás de una carpeta inexistente.

—Recuerda —murmuró Leire sin mirarlo—. Hechos. No impresiones. Y no te justifiques. Responde a lo que te preguntan. Nada más.

Iván asintió.

El despacho de Tomás Rueda estaba al final de un pasillo más silencioso, con una puerta de madera que parecía más antigua que el resto. Leire llamó una vez y entró sin esperar respuesta. Iván la siguió.

Rueda estaba de pie junto a la ventana, con la chaqueta ya puesta y un expediente abierto sobre la mesa. No levantó la vista enseguida. Ese gesto, esa forma de hacer esperar sin hacerlo explícito, era poder de oficina. Cuando al fin los miró, sus ojos pasaron por Iván con una frialdad calculada, como si lo midiera por el daño que podía causar.

—Señor Llorente —dijo—. Inspectora.

Leire se limitó a asentir.

Rueda señaló una silla, pero solo una. La ofreció a Iván sin mirarlo del todo. Leire se quedó de pie, a un lado, como quien no acepta la posición de subordinada.

—Voy a ser directo —dijo Rueda—. Su nombre está en boca de demasiada gente. Y eso me obliga a hacer dos cosas: proteger el procedimiento y proteger la institución.

Iván notó el golpe de esa palabra: institución. No "la verdad", no "las víctimas". Institución.

—Yo no he filtrado nada —dijo Iván, y en cuanto habló se dio cuenta del error: se estaba defendiendo antes de que lo acusaran.

Rueda levantó una ceja.

—No le he acusado de filtrar. Le he dicho que su nombre circula. Y cuando circula, contamina.

Leire intervino, cortante.

—Con todos los respetos, fiscal, lo que contamina es un homicida que está manipulando escenas y pruebas para incriminarlo.

Rueda la miró con una paciencia tensa.

—Inspectora, usted investiga crímenes. Yo investigo responsabilidades. Y ahora mismo tengo un perito judicial apareciendo asociado a tres escenarios, y una periodista haciendo su agosto con el asunto. —Rueda abrió el expediente sobre la mesa—. Esto hay que frenarlo.

Iván apretó los dientes. "Frenarlo" sonaba a taparlo.

Leire mantuvo el tono firme.

—Frenarlo no es cerrar en falso.

Rueda sonrió apenas, sin humor.

—Frenarlo es evitar que se nos caiga el edificio encima. Y eso implica medidas.

Rueda sacó un documento y lo deslizó por la mesa hacia Iván. Iván lo miró sin cogerlo, pero vio el encabezado: **"Suspensión cautelar de colaboración pericial"**.

El estómago se le encogió.

—¿Me están suspendiendo? —preguntó Iván.

—Cautelarmente —corrigió Rueda—. Hasta que aclaremos si usted es víctima, testigo o algo peor. No es personal. Es higiene.

Leire dio un paso hacia la mesa.

—Fiscal, esa suspensión le deja sin su principal herramienta para comprender la mecánica psicológica del autor. Además, lo expone. Si lo aparta ahora, el autor lo interpretará como victoria y puede escalar.

Rueda no se inmutó.

—O puede desescalar si se queda sin público. —Miró a Iván—. Señor Llorente, necesito que me responda una pregunta con claridad absoluta: ¿ha recibido usted comunicaciones anónimas antes de estos hechos?

Iván recordó el borrador del correo en su móvil, la nota dentro de su casa, la tarjeta en el escritorio, el sobre del hotel. Todo eso era "comunicación anónima", sí, pero no "antes". Dudó una fracción. Rueda lo notó.

—Responda —insistió.

—No antes del primer sobre —dijo Iván—. Desde entonces, sí. Varias.

Rueda asintió lentamente, como si esa frase confirmara un cálculo.

—¿Ha obedecido alguna instrucción contenida en esas comunicaciones?

Iván sintió el golpe directo. Si decía que no, mentía. Si decía que sí, se hundía.

Leire intervino, sin perder la calma.

—Fiscal, él acudió a un lugar en el primer caso por miedo a que fuera real. Fue un error, y por eso estamos corrigiendo el protocolo. Desde entonces, está bajo control policial.

Rueda miró a Leire, luego a Iván.

—Le he preguntado a él.

Iván respiró hondo. Hechos, no impresiones.

—Sí —dijo—. Fui a la parada de autobús. Me dejaron una nota allí.

Rueda inclinó la cabeza.

—¿Y por qué no informó de inmediato?

Iván notó la rabia subir, pero se la tragó.

—Informé en cuanto pude. —Se obligó a no justificar más.

Rueda se giró hacia otro papel.

—En su teléfono aparece un borrador dirigido a la inspectora Salvatierra, fechado dos días antes del primer asesinato. ¿Cómo explica eso?

Iván apretó los dedos sobre las rodillas.

—No lo escribí yo. Hubo acceso remoto. Lo está investigando informática forense.

Rueda sostuvo la mirada un instante largo.

—¿Tiene usted enemigos?

La pregunta parecía infantil, pero en boca de Rueda era un bisturí.

—No lo sé —dijo Iván.

—Pues debería saberlo. —Rueda señaló el expediente—. Porque el patrón sugiere que alguien le conoce bien. Y si alguien le conoce bien, hay historia.

Leire se inclinó ligeramente, controlando el tono.

—Esa "historia" apunta al Caso Aranda. Estamos siguiendo el rastro de un técnico de mantenimiento con acceso a varios puntos clave.

Rueda cerró el expediente con un golpe seco.

—El Caso Aranda. —Pronunció el nombre con una especie de fastidio —. Ese asunto está archivado. Cerrado. Y usted, señor Llorente, firmó un informe que permitió que ese acusado quedara con medidas menos restrictivas.

Iván notó el pinchazo en el pecho.

—Yo no "permití". Yo informé.

Rueda lo miró como si la frase fuera un chiste malo.

—No nos vamos a esconder detrás de verbos, ¿de acuerdo? Usted firmó. Y cuando uno firma, asume. Ahora hay un homicida que escribe "Mira dentro" en sus notas y, según mis datos, también lo ha escrito en su expediente antiguo. Eso, como mínimo, convierte su pasado profesional en una pieza del caso.

Leire apretó la mandíbula.

—Fiscal, con todos los respetos, lo que convierte el pasado en pieza es un homicida que manipula archivos. No Iván.

Rueda levantó una mano, cortando.

—Inspectora, no voy a debatir moralidad con usted. Voy a dictar medidas. —Se giró hacia Iván—. A partir de hoy, usted queda suspendido cautelarmente de toda actuación como perito judicial en este partido judicial. Se le retira acceso a expedientes y sistemas internos. Y se le recomienda, por su seguridad, mantenerse localizable y cooperar con la policía.

Iván sintió que le quitaban el suelo. No por el trabajo, aunque también. Por el sentido de identidad. Ser "útil" era su escudo. Ahora le arrancaban el escudo delante de todos.

—¿Y si me niego? —preguntó Iván, más por rabia que por estrategia.

Rueda ni se molestó en alterar el tono.

—Entonces abrimos un frente que ahora mismo usted no puede permitirse. Esto no es un castigo. Es un cortafuegos.

Leire habló, midiendo cada palabra.

—Fiscal, necesito que la suspensión no implique aislamiento. Si él queda fuera de todo, el autor consigue exactamente lo que quiere: dejarlo indefenso y convertirlo en un símbolo.

Rueda la miró y, por primera vez, mostró una rendija de pragmatismo.

—Puede colaborar como asesor externo de la policía, sin firma judicial, sin acceso a expedientes. Bajo su supervisión, inspectora. Y con comunicación registrada.

Leire asintió. Era una concesión mínima, pero era algo.

Rueda empujó el documento hacia Iván otra vez.

—Firme la recepción. No la aceptación. La recepción.

Iván dudó. Firmar un papel ahora le parecía una broma negra. Firmar había sido el origen de todo, o eso empezaba a sentir. Leire lo miró, no pidiéndole orgullo, sino supervivencia. Iván firmó.

Rueda guardó el documento y se levantó, dando por terminada la reunión con esa elegancia brusca de quien no quiere conversación.

—Ya pueden irse.

En el pasillo, el aire del juzgado le pareció más frío. Leire caminó unos pasos en silencio, y cuando estuvieron lejos de oídos ajenos, habló sin suavidad, pero con honestidad.

—Te ha apartado porque le das miedo.

Iván soltó una risa breve.

—No creo que yo le dé miedo a nadie.

—Das miedo porque eres una grieta —dijo Leire—. Un homicida te usa para atacar al sistema, la prensa te usa para vender, y el fiscal te usa para limpiar. Nadie quiere grietas.

Iván tragó saliva.

—¿Y yo qué soy entonces?

Leire lo miró, seria.

—Ahora mismo, eres un hombre al que le han quitado la coartada. —Señaló con la cabeza hacia la salida—. Y eso es peligroso, pero también puede ser útil. Si el autor te está arrastrando hacia el Caso Aranda, vamos a seguir ese hilo hasta el final. Pero con control. Sin impulsos.

Salieron a la calle. El cielo estaba gris, del tipo de gris que aplasta edificios. En la puerta del juzgado había un par de periodistas esperando. Clara Baeza estaba entre ellos, sin cámara grande, pero con el móvil listo. Cuando vio a Iván, sonrió con esa educación de depredador urbano: amable por fuera, curiosa por dentro.

Leire se colocó instintivamente medio paso delante de Iván, cortando el ángulo.

—Inspectora, una pregunta —dijo Clara—. ¿Es cierto que el señor Llorente ha sido suspendido?

Leire no respondió. Siguió caminando. Clara se giró hacia Iván, elevando la voz lo justo para que se oyera.

—¿Señor Llorente? ¿Qué tiene que decir sobre el Caso Aranda?

Iván sintió el golpe del nombre en público. El pasado ya no era suyo; era de todos.

No respondió. Apretó la mandíbula y siguió andando.

Clara insistió, caminando a la par.

—¿Sabe quién es Rubén Cifuentes? ¿Sabe por qué el asesino escribe "Mira dentro"?

Iván notó que Leire tensaba el brazo, como si quisiera apartarla. No lo hizo. No por control, sino porque tocar a una periodista es otra escena que el remitente podría usar.

Subieron al coche sin distintivos que los esperaba. Leire arrancó y dejó atrás el juzgado y las cámaras.

Durante un minuto, ninguno habló. Iván miraba por la ventanilla, viendo cómo la ciudad seguía igual mientras a él le desmontaban por dentro.

El móvil de Leire vibró. Lo miró y su cara cambió un milímetro.

—Han localizado la furgoneta de Rubén —dijo.

Iván giró la cabeza.

—¿Dónde?

Leire lo miró de reojo.

—En un descampado cerca del río. Abierta. Vacía. —Pausa—. Y dentro han encontrado una cosa.

Iván sintió el pulso en la garganta.

—¿Qué?

Leire tragó saliva, como si odiara tener que pronunciarlo.

—Purpurina. En el asiento del conductor. A propósito. Como firma. Como carcajada.

Iván cerró los ojos un instante. El asesino estaba dejando migas, sí. Pero no para que lo encontraran. Para que corrieran.

Leire apretó el volante.

—Vamos al descampado. Y esta vez, Iván, te lo juro: si sientes la necesidad de actuar como salvador, te sientas sobre tus manos.

Iván abrió los ojos. Miró a Leire y asintió.

No porque estuviera convencido de poder hacerlo, sino porque empezaba a entender la regla real del juego: el autor no necesitaba que él fuera culpable. Le bastaba con que él reaccionara.

Y Iván, por primera vez, notó miedo de sí mismo.

Capítulo 16 — Vuelta al portal

El descampado junto al río olía a barro húmedo y a gasolina vieja. No era un lugar donde uno se detuviera por gusto. Leire aparcó a distancia, sin pegar el coche al punto, y apagó el motor. A unos metros, la furgoneta blanca de mantenimiento estaba mal colocada, como dejada con prisa. La puerta del conductor abierta. Ninguna luz interior encendida. Un silencio raro, de esos que no son silencio, sino ausencia de vida.

Había dos coches de paisano ya allí y un par de agentes caminando alrededor con linternas, sin acercarse demasiado. Leire bajó sin decir nada y mostró su placa a uno de ellos. Iván se quedó en el coche un segundo, respirando, observando la escena como quien mira un escenario donde ya sabe que alguien ha colocado las marcas.

—No salgas hasta que te lo diga —ordenó Leire, sin girarse.

Iván asintió, aunque ella no lo viera. Aun así, bajó cuando la vio hacer un gesto corto con la mano, un "ven" sin palabras. Salir era exponerse, sí. Pero quedarse era peor: era perder la única forma de entender el tablero.

Se acercaron a la furgoneta. El logo de la empresa parecía más cutre bajo la luz de las linternas. "CIFU" en letras simples, como si la empresa fuera un trámite. Leire se puso guantes. Iván no tocó nada, ni siquiera la chapa. Se limitó a mirar.

Dentro, en el asiento del conductor, había un brillo disperso. No una mancha grande, sino partículas como polvo con reflejo. Purpurina. De un color que no era festivo: plateada, fría, casi clínica. A Iván le dio rabia la facilidad con la que ese detalle ridículo podía convertirse en un sello.

—¿Seguro que es la furgoneta de Rubén? —preguntó Iván, sin querer sonar ansioso.

—Matrícula a su nombre. Contrato de renting de la empresa, asignada a él —respondió Leire sin apartar la mirada del interior—.

Si no es suya hoy, alguien ha querido que lo parezca.

Uno de los agentes sacó una bolsa y empezó a recoger fibras del asiento con pinzas. Otro fotografiaba el salpicadero, el volante, el suelo. Leire se inclinó para mirar el hueco de la guantera.

—No hay cartera —murmuró—. No hay llaves. No hay móvil.

—Se lo han llevado —dijo Iván.

Leire lo miró, seria.

—O los ha dejado él fuera para que no lo sigamos fácil. O alguien lo ha vaciado y lo ha soltado aquí como cebo.

Iván observó el suelo de la furgoneta. Había barro seco en las alfombrillas, pequeñas hojas pegadas, y un resto de cinta adhesiva arrancada en el marco interior de la puerta. Como si hubieran pegado algo y lo hubieran despegado rápido.

Leire lo vio también.

—¿Ves eso? —señaló con el mentón—. Eso es de pegar sobres o etiquetas. Alguien ha trabajado aquí dentro con papel.

Iván tragó saliva. La imagen del remitente preparando cartas en una furgoneta le pareció, por primera vez, no "ingeniosa", sino sucia. No era un escritor de amenazas. Era un tipo con manos y tiempo.

Uno de los agentes levantó una libreta pequeña del hueco de la puerta, metida entre el plástico y la chapa. Leire alzó una mano.

—Eso con guantes. Bolsa. Fotos.

El agente obedeció. Abrió la libreta lo justo para fotografiar una página y se la mostró a Leire sin acercarla a Iván.

Había direcciones anotadas. No todas completas. Números de portal. Unas iniciales. Y, en una esquina, una frase escrita con mala letra: **"Lunes"**.

Iván sintió un escalofrío. Leire pasó página con cuidado.

En otra hoja había una lista de edificios: el suyo, el del juzgado, y uno más que Iván no reconoció. Al lado, una columna de horarios. Como rutas de trabajo. O como horarios de vigilancia.

—Esto puede ser su agenda real —dijo el agente.

Leire no respondió enseguida. Miró la hoja como si sospechara de todo, incluso de lo útil.

—O puede ser una agenda plantada —dijo al fin—. Pero si alguien la ha plantado, ha elegido bien los puntos. Y eso ya nos dice algo: conoce el terreno.

Iván se quedó mirando el río al fondo, oscuro y lento. No tenía ganas de ser brillante. Tenía ganas de saber dónde empezaba el control real.

Leire se apartó de la furgoneta y habló con su equipo unos minutos, en voz baja. Iván no oyó todo, solo fragmentos: "cámaras de acceso", "GPS del vehículo", "última posición", "empresa", "orden de servicio". Procedimiento. Lo único que no mentía.

Cuando Leire volvió hacia él, lo hizo con la cara cerrada.

—Nos vamos —dijo.

—¿A dónde?

—A tu portal. —Leire lo miró fijo—. Quiero ver el buzón. Quiero hablar con el portero, si hay, o con la administración. Quiero el registro de mantenimiento. Y quiero ver si alguien ha entrado con llave maestra.

Iván notó una tensión rara. Volver al portal era volver al origen. Era casi una concesión al remitente, que había hecho del buzón un altar.

—¿No es mejor ir a la empresa? —preguntó.

—Ya fuimos. —Leire señaló con la cabeza la furgoneta—. Aquí, si esto es real, hay trabajo y ruta. Pero el punto de entrada sigue siendo tu casa. Y si alguien puede meterte un sobre dentro del pasillo, hay un fallo concreto que quiero identificar. No moral. Físico.

En el trayecto, Leire conducía con el mismo silencio enfocado de siempre. Iván miraba las calles pasar con una idea clavada: el remitente no necesitaba matarlo para destruirlo. Le bastaba con invadir su espacio hasta que su propia mente se volviera inhabitable.

Llegaron a su edificio al anochecer. La luz del portal era la misma, el fluorescente zumbando como si se quejara. El ascensor olía a metal y a colonia barata. Nada nuevo. Iván lo odiaba por eso: porque lo nuevo se había instalado dentro de lo normal.

El portero no existía. Era una comunidad sin portería, con una puerta que se abría con llave y con un telefonillo viejo. Leire miró el marco de la puerta, las bisagras, el cierre.

—¿Cámaras? —preguntó.

Iván negó.

—No.

Leire chasqueó la lengua, molesta, y se acercó a los buzones. Miró el suyo, luego los otros. Se agachó para mirar la parte inferior, como si buscara marcas de herramientas.

—Si alguien mete cartas aquí, lo hace sin ser visto —dijo—. Y si alguien mete una nota dentro de tu casa, no es desde el buzón. Es desde aquí hacia arriba.

Subieron al piso de Iván. Leire observó la puerta como si fuera una escena. El marco tenía marcas antiguas, nada reciente. La cerradura era estándar.

—¿Has cambiado la cerradura alguna vez? —preguntó.

—No.

Leire asintió como quien escucha una mala noticia. Sacó el móvil de trabajo y marcó un número.

—Necesito cerrajero judicial y revisión de bombín. Hoy. —Colgó y miró a Iván—. Si te han entrado, puede ser por copia de llave, por

bumping, por una mala cerradura o por alguien dentro del edificio con acceso. Pero no me voy a quedar con "no sé". Quiero el cómo.

Mientras esperaban, Leire llamó a la administradora de la finca. Una mujer que contestó con tono de "¿quién es usted para llamarme a estas horas?". Leire se presentó y, en cuanto pronunció "policía", el tono cambió a uno más sumiso y nervioso.

—Necesito listado de empresas que han entrado en este edificio en el último mes —dijo Leire—. Y los partes de trabajo. Y quién autorizó cada entrada.

Iván se apoyó en la pared del rellano, escuchando. Oía la voz de la administradora por el altavoz del móvil: "sí, sí, se lo paso", "tengo que revisarlo", "ahora mismo no lo tengo". Excusas habituales, pero también miedo real.

Leire insistió con la calma de quien no tiene tiempo para excusas.

—Me lo manda hoy. No mañana. Hoy.

Colgó y guardó el móvil. Miró a Iván.

—¿Quién tiene llave de tu piso además de tú?

Iván parpadeó.

—Nadie.

—¿Ni un familiar? ¿Una ex? ¿Un amigo?

Iván negó. Leire lo miró como si esa respuesta, en vez de tranquilizar, abriera otro problema.

—Eso significa que o te han copiado la llave sin que lo sepas o han entrado sin llave. Y ambas cosas son feas.

El cerrajero llegó media hora después, un hombre con caja de herramientas y cara de sueño. Leire le mostró la placa, le explicó rápido, y el cerrajero se arrodilló frente a la cerradura como quien examina un diente.

—Esto es un bombín normalito —dijo—. No es malo, pero tampoco es… —hizo un gesto con la mano—. Si alguien sabe, entra.

—¿Se nota manipulación? —preguntó Leire.

El cerrajero miró con una linterna pequeña.

—No veo arañazos frescos. No veo forzado. Pero hay métodos que no dejan marca.

Iván sintió un vacío. Que no hubiera marca no era alivio. Era confirmación de lo invisible.

—¿Bumping? —preguntó Leire.

El cerrajero se encogió de hombros.

—Podría. También ganzúa si es fino. O copia. Pero copia tendría que tener la llave un rato.

Iván se quedó pensando en la firma del parte de mantenimiento, en el técnico entrando en su casa, en sus llaves sobre la mesa unos segundos.

Leire lo notó.

—¿Qué?

Iván tragó saliva.

—Ayer… cuando vino el técnico… dejé las llaves en la encimera.

Leire lo miró fijo. No dijo "idiota". No hizo falta. Su cara lo dijo por ella, sin crueldad, con una especie de resignación.

—Vale —dijo—. Eso ya es una vía.

Leire pidió al cerrajero que cambiara el bombín allí mismo. Lo hizo. Iván observó el proceso con una atención rara, como si ver tornillos y metal fuera una forma de recuperar realidad.

Cuando terminaron, Leire se quedó en el rellano con Iván.

—Hoy duermes fuera —dijo—. Aunque hayamos cambiado cerradura. Porque tu casa ya no es un lugar neutral.

La palabra “neutral” lo pinchó. Iván asintió.

El móvil de Leire vibró. Era la administradora. Leire escuchó, pidió que se lo reenviaran por correo y colgó. Al minuto, le llegó un PDF. Leire lo abrió y deslizó el dedo por una lista.

—Aquí está —dijo.

Iván miró la pantalla. Nombres de empresas, fechas, horas. “Revisión caldera”, “Mantenimiento ascensor”, “Reparación luz escalera”. Una rutina normal de comunidad. Y, en medio, repetido más de lo razonable: **CIFU Mantenimientos**.

—Rubén —murmuró Iván.

—Sí —respondió Leire—. Pero hay otra empresa.

Leire amplió una línea y se la mostró.

SERVITEC ASCENSORES — Revisión extraordinaria — Edificio anexo del juzgado — Hace 10 días.

Leire frunció el ceño.

—Esto no me cuadra con lo que nos dijo la empresa de Rubén.

Iván se quedó helado.

—¿Entonces Rubén no revisó el ascensor?

—O lo revisó y lo han duplicado para cubrirlo —dijo Leire—. O hay alguien más con acceso. Alguien con rutas distintas, otra llave, otra puerta.

Iván sintió cómo el caso se abría como una herida más grande. Rubén Cifuentes podía ser puerta, sí. Pero quizá no era la única.

Leire guardó el móvil y lo miró con una calma peligrosa.

—Ahora entiendes por qué esto es un tablero. El remitente te empuja a una puerta para que no mires las otras.

Iván tragó saliva. Le dolía la cabeza, pero era una lucidez nueva: estaban empezando a encontrar grietas reales, no solo frases.

Leire lo condujo hacia el ascensor para bajar. En el silencio del rellano, Iván oyó un sonido pequeño: un clic, como de un teléfono móvil haciendo una foto.

Se giró. Nada. Solo la puerta del vecino cerrada. El pasillo vacío.

Leire lo vio girarse.

—¿Qué?

Iván tragó saliva.

—He oído… nada. Da igual.

Leire no aceptó el "da igual". Sacó su linterna y apuntó hacia el extremo del pasillo, hacia una esquina donde el techo hacía un recodo. Allí, casi escondida, había una cámara pequeña, de esas baratas, pegada con cinta negra al borde de una moldura.

Iván sintió que se le paraba el corazón.

Leire se quedó quieta un segundo, mirándola con una rabia fría. Luego habló por radio.

—Unidad, suban. Tenemos cámara no autorizada en rellano. Repito: cámara.

Iván miró el punto negro pegado al techo. No era sofisticado. No era invisible. Era descarado.

Y en ese descaro, por primera vez, sintió algo peor que miedo: la certeza de que el remitente ya no se escondía. Estaba dentro.

Capítulo 17 — Lista de accesos

La cámara parecía un insecto clavado al techo, pegada con cinta negra como si el dueño no necesitara elegancia. Leire no la tocó. Ordenó que subiera el equipo de científica y se quedó mirando el aparato con una calma demasiado tensa. Iván sentía la sangre golpeándole en las sienes. Aquello no era un mensaje en un móvil. Era un ojo en su rellano.

Los pasos llegaron rápido: dos agentes, uno con guantes, otro con una maleta de herramientas y bolsas. El pasillo se llenó de movimientos precisos, de voces bajas. Leire les hizo sitio, pero no apartó la mirada de la cámara. Iván notó que ella estaba conteniéndose, como si el simple acto de arrancarla a lo bruto fuera justo lo que el remitente quería: una escena de policía nerviosa, de control perdido.

—Fotos primero —ordenó Leire.

El técnico fotografió el ángulo, la cinta, el modelo del dispositivo. Luego, con pinzas, empezó a despegar la cinta milímetro a milímetro. Iván observaba sin pestañear, esperando que de la cámara saliera algo imposible: un cable, una trampa, una voz. No salió nada. Solo una carcasa barata y una tarjeta microSD.

—¿Funciona? —preguntó Leire.

—Tiene batería y tarjeta —respondió el técnico—. Ha estado grabando.

Leire apretó la mandíbula.

—Bolsa. Precintado. Y que informática lo revise ya.

El técnico guardó la cámara como si fuera una prueba normal. Esa normalidad le puso la piel de gallina a Iván. Que algo así pudiera ser "normal" dentro de un procedimiento significaba que el mundo estaba acostumbrado a la maldad práctica.

Leire bajó con Iván al portal. Afuera, la calle seguía con su vida, pero Iván ya no podía caminar por una acera sin pensar en ángulos. Leire lo metió en el coche y arrancó.

—Hoy no duermes ni en tu casa ni en el piso seguro —dijo—. Hoy duermes donde yo diga.

Iván no discutió. No tenía energía para negociar.

Leire condujo hasta un edificio oficial sin rótulos, una especie de dependencia discreta donde entraba y salía gente de paisano. Dentro, el ambiente era más quieto. Menos gente, más concentración. Allí el caso no era rumor: era trabajo.

En una sala de reuniones, Leire extendió en la mesa los documentos que tenían: listado de entradas de mantenimiento, extractos de órdenes de servicio del juzgado, impresiones del mapa de coordenadas, fotografías de la furgoneta, y una copia del folio 73 subrayado. A un lado, una carpeta nueva con el nombre "R. Cifuentes". Al otro, un folio en blanco.

—Vamos a hacer una lista —dijo Leire—. No la de tus casos. La de accesos. Quiero saber quién puede entrar sin ser visto en tres lugares: tu edificio, el anexo del archivo, y escenas donde no hay cámaras útiles.

Iván se sentó frente a ella. Por primera vez en días, se sentía útil de una forma concreta: observar, ordenar, nombrar.

Leire dibujó tres columnas en el folio: **PORTAL / ANEXO / ESCENAS**.

—Portal: empresas que han entrado, horarios, quién les abre, si hay llaves de comunidad en circulación —dijo—. Anexo: revisiones, personal de limpieza, seguridad, mantenimiento. Escenas: quién puede preparar un escenario sin levantar sospecha.

Iván señaló con el dedo una idea que llevaba horas rondándole.

—Un técnico puede entrar en casi cualquier sitio si lleva uniforme y carpeta. Lo he visto hoy con mis propios ojos: la gente no pregunta.

Leire asintió, sin mirarlo.

—Eso es invisibilidad social. Es más útil que un pasamontañas.

En "PORTAL", Leire escribió: **CIFU Mantenimientos** y **Servitec Ascensores**. En "ANEXO", repitió los nombres y añadió **Limpieza (contrata)**, **Seguridad**, **Archivo**.

—¿Quién limpia el anexo? —preguntó Iván.

Leire levantó la vista.

—Buena pregunta. —Se giró hacia un agente que estaba al fondo, escuchando—. Necesito la contrata de limpieza del anexo y listado de personal. Hoy.

El agente asintió y salió.

Leire señaló "ESCENAS".

—Y aquí entra lo peor. —Leire golpeó la mesa con el bolígrafo, no fuerte, pero con decisión—. Alguien está montando escenarios con tiempo. Eso requiere saber cuándo hay poca gente, cuándo no hay cámaras útiles, y requiere libertad de movimiento. O sea: alguien con horarios flexibles, o alguien que trabaja en horarios raros, o alguien que conoce patrullas.

Iván tragó saliva.

—¿Un ex policía?

Leire lo miró con desaprobación.

—No me inventes conspiraciones todavía. Vamos de lo probable a lo raro. Primero, técnicos y contratas. Luego, si no encaja, ya veremos.

Iván asintió. Tenía razón. El caso ya era lo bastante extraño sin añadir fantasmas.

El móvil de Leire vibró. Miró la pantalla y frunció el ceño.

—Clara Baeza ha publicado otro episodio —dijo.

Iván sintió un golpe en el estómago.

—¿Qué ha dicho ahora?

Leire no se molestó en suavizarlo.

—Ha contado que hay una frase repetida en las notas: "Mira dentro". Ha insinuado que tú eres "el hilo humano" que conecta los crímenes. Y ha hecho algo que me encanta: ha dicho que el Caso Aranda "quizá fue el origen de todo".

Iván cerró los ojos. El pasado ya era espectáculo.

—¿Y cómo sabe del Caso Aranda? —preguntó.

Leire lo miró fijo.

—Porque alguien se lo ha dado. El expediente, la foto, tu nombre. Eso no sale de la nada. Y eso significa que el remitente tiene acceso a documentación o a gente con acceso. O tiene a alguien dentro.

Iván sintió frío en los dedos.

—O alguien dentro lo está usando para cerrar rápido.

Leire no respondió al instante. Ese silencio, breve, fue lo más parecido a admitir que la posibilidad existía.

—No me interesa el "quién" todavía —dijo al fin—. Me interesa el "cómo". Si entiendo el cómo, el quién cae solo.

Un agente entró en la sala con una carpeta.

—Inspectora. Lo de la cámara del rellano. La microSD estaba llena, pero… —hizo una pausa— no hay grabación útil.

Leire levantó la mirada.

—¿Cómo que no hay?

—La tarjeta contiene archivos, pero están corruptos. O formateados. Hay fragmentos, pero nada completo.

Leire apretó la mandíbula. Iván sintió una mezcla de rabia y cansancio. Incluso cuando tenían una prueba física, se les escurría.

—¿Corruptos de verdad o manipulados? —preguntó Leire.

—Parece manipulación. Hay metadatos raros. No es un fallo de batería.

Leire se quedó mirando un punto de la mesa. Su cerebro estaba funcionando a toda velocidad, pero su cara solo dejaba salir un par de emociones.

—Entonces la cámara no era para grabar —dijo—. Era para que la encontráramos.

Iván tragó saliva.

—Para decir "estoy aquí".

Leire asintió.

—Y para que tú lo sintieras en casa. Para romperte el refugio.

Leire tomó aire y se giró hacia Iván.

—Vamos a hacerte una pregunta que te va a molestar —dijo.

Iván la miró.

—¿Alguna vez has evaluado a alguien que trabajara en mantenimiento, ascensores, seguridad o limpieza? Alguien que se moviera por edificios.

Iván frunció el ceño. Era una pregunta lateral, pero tenía sentido: el remitente parecía moverse por la ciudad como una llave.

—He evaluado a mucha gente —dijo—. Pero no recuerdo profesiones concretas.

Leire no cedió.

—Entonces vamos al archivo mental: ¿recuerdas a alguien que te mirara con odio? No enfado. Odio.

Iván bajó la mirada. Recordó ojos, sí. Muchos ojos. Gente que se sentía juzgada. Gente que se sentía traicionada. Pero odio… odio era otra cosa. Odio era un proyecto.

—No —dijo al fin—. O no de manera clara.

Leire asintió, aceptando el "no" como dato, no como fracaso. En ese momento entró el agente que había salido antes. Traía un listado impreso.

—Contrata de limpieza del anexo: **Limpiezas Atlántida**. Personal: ocho personas en turno de noche, cuatro en turno de mañana. —Miró la hoja—. Hay un nombre que se repite en incidencias por "acceso a zonas no asignadas": **Rubén Cifuentes**.

Iván parpadeó.

—¿Rubén también aparece en limpieza?

Leire tomó el papel, lo leyó y frunció el ceño.

—No. Aparece porque hubo que llamar a mantenimiento a reparar una puerta automática. Y lo anotaron como incidente. —Leire levantó la vista—. Pero hay algo curioso: en esa incidencia pone que Rubén estuvo "acompañado" por un trabajador del anexo. No dicen quién.

Leire señaló el punto con el bolígrafo.

—Ese "acompañado" es una grieta. Si Rubén entró con alguien, ese alguien le abrió puertas que un técnico solo no abriría.

Iván notó un escalofrío. La palabra "acompañado" tenía peso. No era prueba de asesinato. Era prueba de acceso.

—¿Quién firma la incidencia? —preguntó Iván.

Leire buscó.

—Un auxiliar del archivo. —Leire leyó el nombre—. **Mateo Rivas**.

Iván sintió que el nombre le sonaba. No de su vida personal. De pasillos.

—Mateo… creo que lo he visto en el juzgado —dijo—. Archivo. Siempre va con una carpeta gris.

Leire lo miró con interés.

—¿Lo conoces?

—No. Lo he cruzado. Nada más.

Leire anotó el nombre en el folio, bajo la columna de "ANEXO".

—Bien. Ahora tenemos un triángulo: Rubén, anexo, alguien de archivo que lo acompaña. —Leire levantó la mirada—. No significa que Mateo sea culpable. Significa que Mateo tiene llaves. Y si tienes llaves, eres útil para un remitente.

Iván se quedó callado. Se imaginó a alguien de archivo, invisible como un técnico, pasando por pasillos con carpetas. Nadie mira a los auxiliares. Nadie mira a los técnicos. Nadie mira a los que hacen funcionar el edificio.

El móvil de Leire vibró otra vez. Esta vez la pantalla mostró un nombre: **Rueda**.

Leire contestó con una voz neutra, profesional.

—Fiscal.

Iván no oyó lo que decía Rueda, pero vio el cambio en la cara de Leire: el fastidio de quien recibe una orden que no le conviene.

—Sí, lo sé. —Pausa—. No, todavía no. —Otra pausa—. Entiendo. —Leire apretó la mandíbula—. Sí. Lo hablaré con él.

Colgó y miró a Iván.

—Rueda quiere que firmes una declaración formal de "colaboración" y de "no interferencia". Quiere cubrirse.

Iván soltó una risa sin humor.

—Quiere un papel más con mi firma.

Leire no sonrió.

—Sí. Y tú lo vas a firmar, porque ahora mismo tu firma es un arma. Si no la manejamos nosotros, la maneja él.

Iván respiró hondo. En esa frase había una ironía insoportable: su firma, la misma cosa que lo había llevado al borde, ahora era también herramienta de supervivencia.

Leire guardó el folio de accesos y se levantó.

—Ahora vamos a hacer algo que no te va a gustar nada —dijo.

Iván levantó la vista.

—¿Qué?

Leire lo miró fijo, sin dramatismo.

—Vamos a ver el folio 73 original. El físico. No el PDF. Quiero ver qué hay ahí que tú no estás viendo. Y quiero ver quién ha tenido manos sobre ese papel. Pero vamos con control. Con cadena de custodia. Y sin que tú toques nada.

Iván tragó saliva. Volver al anexo era volver a la herida. Sin embargo, por primera vez, la idea no le daba solo miedo. Le daba una sensación rara: la de estar acercándose a un centro real, no solo a frases.

Leire abrió la puerta de la sala.

—Vamos —dijo—. Y, por favor, hoy no me hagas de poeta. Necesito que mires. No que te defiendas.

Iván se levantó.

Y en ese momento entendió, con una claridad amarga, que "mira dentro" ya no era una orden del remitente. Era una orden del caso.

Capítulo 18 — Café

El edificio anexo tenía una forma de silencio distinta a la comisaría. Allí no había urgencia. Había rutina. Y la rutina, en un lugar lleno de papeles, era una excusa perfecta para que lo anómalo pasara sin ser visto.

Leire llevó a Iván por la entrada lateral, evitando la puerta principal del juzgado. El pasillo olía a humedad vieja, a moqueta gastada y a archivador metálico. Iván reconoció ese olor con el estómago antes de reconocerlo con la cabeza. Era el olor de un tiempo en el que él todavía creía que podía ser neutral.

Subieron por el ascensor.

El ascensor tosió al arrancar, exactamente como en la nota.

Iván sintió que se le tensaba la nuca. Leire lo miró de reojo, captando el cambio en su postura.

—No mires el techo como si fueran fantasmas —murmuró—. Son tornillos.

Iván no respondió. Aun así, el sonido lo había atravesado. No por superstición: por precisión. *Alguien conoce este ascensor lo bastante como para describirlo como "tose".*

En la segunda planta, el pasillo era más estrecho. Había una puerta con un cartel pequeño: **ARCHIVO**. Un lector de tarjeta al lado, viejo, con marcas de uso. Leire mostró una acreditación, pasó una tarjeta por el lector y la luz cambió a verde. Entraron.

La sala de archivo estaba llena de estanterías altas, cajas numeradas y archivadores que daban la sensación de que el papel podía devorar el aire. Un hombre con barba rala y jersey gris levantó la vista desde un escritorio con un ordenador antiguo. Tenía ojeras de trabajar con luz artificial y la cara del que lleva tiempo sin que nadie le pregunte nada interesante.

—Inspectora —dijo, sorprendido—. ¿Qué hace aquí?

Leire no le devolvió la sorpresa. Le devolvió procedimiento.

—Necesito el expediente del Caso Aranda. Y necesito acceso a la caja original. Ahora.

El hombre tragó saliva.

—Eso… está registrado. Hay que…

—Hay dos muertos, una infiltración en este edificio y una cadena de custodia ya comprometida —lo cortó Leire—. Si quieres hablar de burocracia, lo hacemos con un juez. ¿Cómo te llamas?

El hombre parpadeó.

—Mateo. Mateo Rivas.

Iván sintió el pequeño clic interno de reconocimiento. *El de la carpeta gris.* Lo había visto. Siempre caminando deprisa, siempre invisible.

Leire anotó el nombre en una libreta.

—Mateo, ¿quién más está hoy en el archivo?

Mateo miró alrededor como si la pregunta lo sorprendiera por obvia.

—Pues… yo. Y Nuria, de administración, que baja a veces. Y la limpieza ha estado esta mañana.

Leire dio un paso más cerca.

—¿Has acompañado últimamente a técnicos de mantenimiento?

Mateo tragó saliva. Sus ojos se movieron un segundo hacia Iván, como si buscara complicidad o una salida.

—A veces, sí. Si hay que abrir salas, no pueden entrar solos.

—¿Recuerdas a Rubén Cifuentes?

El nombre hizo algo en la cara de Mateo. No mucho. Solo un microgesto: una tensión en el párpado, una incomodidad.

—Sí —dijo—. El de mantenimiento.

—¿Lo has acompañado tú?

Mateo se aclaró la garganta.

—Una vez. Hace… no sé. Dos semanas. Por el ascensor. La puerta automática. No me acuerdo bien.

Leire no le dejó vaguedades.

—Te acuerdas. —Leire apoyó una mano en el escritorio, sin invadir, pero ocupando espacio—. ¿Qué día fue? ¿Y quién te lo pidió?

Mateo apretó los labios.

—Me lo pidió… Nuria. Dijo que venía mantenimiento y que alguien tenía que abrir.

—¿Quién es Nuria? —preguntó Leire.

—Administración. Está en la planta de abajo.

Leire asintió. Luego cambió de dirección con una rapidez que no dejaba a Mateo respirar.

—Ahora, expediente. Aranda. Caja original.

Mateo se levantó, nervioso. Caminó hacia una estantería con cajas numeradas y sacó una carpeta grande, con etiquetas. La colocó sobre una mesa central con cuidado excesivo, como si el papel fuera frágil o como si tuviera miedo de lo que pudiera salir de ahí.

Leire se puso guantes. Sacó una bolsa de evidencias preparada. Hizo que Mateo se quedara a un lado.

—Tú no tocas nada —dijo, mirándolo—. Si alguien ha metido mano aquí, necesito saber qué dedos son cuáles.

Mateo asintió rápido, tragando saliva.

Iván se quedó de pie, a distancia, mirando la carpeta como se mira un ataúd. El Caso Aranda había sido “cerrado”, sí. En papeles. En la vida, no.

Leire abrió el expediente y empezó a pasar páginas sin prisa. No leía todo. Buscaba marcas: subrayados, notas, folios fuera de orden. La forma en que uno busca una trampa en un coche antes de arrancar.

—¿Dónde está el folio 73? —preguntó Leire, sin levantar la vista.

Mateo señaló con el dedo desde lejos, sin tocar.

—Ahí. —Su dedo tembló un poco—. Depende de cómo esté numerado, pero…

—No "depende" —dijo Leire—. Aquí no depende nada.

Leire pasó páginas hasta llegar al número. Se detuvo. Miró. La luz blanca del techo caía sobre el papel como en un interrogatorio.

Iván vio el folio 73 desde donde estaba: su firma al final, su texto suave, neutro, y encima, en rotulador negro grueso, la frase ya conocida: **MIRA DENTRO**.

Leire no reaccionó a la frase. Reaccionó a otra cosa.

—Aquí hay una huella —dijo, señalando un borde—. No de dedo. De adhesivo.

Mateo tragó saliva.

—¿Adhesivo?

Leire inclinó la página con cuidado. En una esquina había una marca rectangular, una sombra diferente, como el resto de una pegatina arrancada. Exactamente el tipo de pegamento que Iván había visto en la furgoneta y en el marco de la puerta.

Leire miró a Iván, por primera vez en minutos.

—Esto no es solo simbólico. Es mecánico. Han pegado algo aquí y lo han arrancado.

Iván sintió un escalofrío. No era emoción literaria. Era lógica: alguien había puesto un post-it o una etiqueta con un nombre, una dirección. Alguien había usado el expediente como tablero.

—¿Qué pone en tu texto? —preguntó Leire, sin suavidad—. Léelo en voz alta. El párrafo clave.

Iván se humedeció los labios. Le costaba leer su propio informe delante de otra gente. Le parecía obsceno.

Aun así, leyó:

—"No se observan indicadores concluyentes de riesgo extremo, recomendándose seguimiento moderado y medidas de control ajustadas…"

La voz se le quebró un poco al final, no por emoción, sino por vergüenza. "Seguimiento moderado". "Medidas ajustadas". Lenguaje que suena razonable. Lenguaje que, ahora, olía a coartada.

Leire lo miró sin compasión.

—¿Y qué pasó después?

Iván bajó la mirada.

—Salió. Y… meses después… agredió a otra persona.

Leire asintió.

—¿Murió?

Iván apretó los dientes.

—Sí.

El silencio se hizo pesado. Incluso Mateo, que estaba a un lado, parecía haberse quedado sin aire.

Leire cerró la carpeta un momento, como si necesitara un corte para no vomitar rabia.

—¿Nombre de la víctima colateral? —preguntó Leire.

Iván abrió la boca. No salió nada. Era como si el nombre no existiera en su memoria verbal, solo como una mancha en el expediente.

—No lo sé —dijo al fin, con voz baja—. No lo recuerdo.

Leire lo sostuvo con la mirada, no para humillarlo, sino para que sintiera el hueco.

—Lo vas a recordar —dijo—. Aunque duela.

Leire abrió de nuevo. Pasó páginas hasta el apartado de diligencias posteriores. Buscó la parte médica, el parte de hospital, el cierre administrativo. Allí estaba. Un nombre.

Leire lo leyó en voz alta sin dramatismo, como un parte:

—**Alba Paredes.**

Iván sintió un golpe en el estómago. El nombre le sonó como si lo hubiera oído hace años en una habitación demasiado blanca. Alba. Paredes. Dos palabras simples que él había evitado convertir en persona.

Leire levantó la vista.

—Y aquí —dijo, señalando una línea— aparece el nombre de su pareja entonces. **Rubén Cifuentes**.

El aire se volvió pesado. Mateo soltó un pequeño sonido, como una inhalación contenida. Iván se quedó quieto. Leire no apartó la mirada del expediente.

—Rubén no era solo un técnico —dijo Leire, más para sí que para Iván—. Rubén era una consecuencia.

Iván tragó saliva.

—Yo no sabía… —empezó.

Leire lo cortó con una mirada.

—Claro que no lo sabías. Eso es lo cómodo del sistema: te permite no saber lo que provocas.

Iván sintió una rabia caliente, pero no contra Leire. Contra sí mismo. Contra el "no sabía" que había usado demasiadas veces como almohada moral.

Leire se giró hacia Mateo.

—Mateo, ¿quién ha tenido acceso a este expediente en el último mes?

Mateo parpadeó, nervioso.

—Eso… queda registrado.

—Me lo sacas. Ahora.

Mateo se apresuró hacia el ordenador. Tecleó con dedos torpes. Leire no lo dejó respirar.

—Y otra cosa. —Leire señaló la marca de adhesivo—. ¿Has visto post-its en expedientes? ¿Notas pegadas?

Mateo negó rápido.

—No. Aquí no se pega nada. Está prohibido.

—Pues alguien lo ha hecho. —Leire miró a Iván—. Y lo ha hecho para dejarte un nombre sin dejarte una prueba limpia.

Mateo imprimió una hoja y se la entregó a Leire con manos temblorosas. Leire leyó la lista de accesos al expediente: fechas, horas, usuarios. Había pocos. Lo normal en un caso archivado. Uno de ellos se repetía.

—Nuria —murmuró Leire.

Miró a Mateo.

—¿Nuria de administración ha entrado en el expediente?

Mateo asintió, incómodo.

—Sí… a veces baja a buscar cosas. Lleva años aquí.

Leire guardó la hoja.

—Vamos a hablar con Nuria.

Mateo tragó saliva.

—¿Pero… por qué?

Leire lo miró con una dureza que no pedía permiso.

—Porque alguien ha usado tu archivo para escribir una amenaza. Y porque dos personas han muerto. Y porque en la pared de tu expediente hay pegamento.

Leire se giró hacia Iván.

—Y porque Rubén Cifuentes ya no es "una puerta" —dijo—. Es un motivo.

Iván miró el nombre de Alba Paredes en el papel y sintió, por primera vez, que el caso no era solo miedo. Era deuda. Una deuda vieja, escrita con palabras suaves, que ahora venía a cobrarse con sangre.

Leire cerró el expediente con un golpe seco.

—Vamos —dijo.

Y mientras salían del archivo, Iván pasó junto al ascensor que tosía, y el sonido metálico le pareció, por fin, no una amenaza exterior, sino una carcajada del pasado.

Capítulo 19 — Aguja

Nuria estaba en una oficina sin ventanas, en la planta baja del anexo, rodeada de archivadores y pantallas viejas. Tenía el pelo corto, gafas colgadas de una cadena y una cara de "yo llevo aquí más años que tus prisas". Cuando Leire entró, Nuria levantó la vista con una sonrisa automática que murió al ver la placa.

—Buenas tardes —dijo Nuria, y la cortesía le salió como un trámite —. ¿Qué ocurre?

Leire no se sentó. No pidió permiso. Colocó sobre la mesa una copia del registro de accesos al expediente Aranda y lo señaló con el dedo.

—Ocurre que su usuario ha abierto este expediente tres veces este mes —dijo—. Un expediente archivado. Y ocurre que hoy hemos encontrado en el folio 73 una manipulación con adhesivo y una frase escrita en rotulador. Explíqueme por qué lo abrió.

Nuria frunció el ceño, como si Leire le estuviera acusando de algo ridículo.

—Yo abro expedientes a diario —respondió—. Si lo he abierto será porque alguien lo pidió.

—¿Quién? —preguntó Leire, sin alzar la voz.

Nuria se ajustó las gafas y miró la hoja con teatralidad, como si necesitara confirmar que sus propios dedos habían hecho lo que decía el papel.

—No lo sé… —empezó, y Leire no le dejó terminar.

—Sí lo sabe. —Leire señaló la fecha más reciente—. Esta entrada es de hace doce días, a las 18:47. Fuera del horario habitual de archivo. ¿Quién se lo pidió?

Nuria apretó los labios. Iván observaba desde un lado. No veía una criminal. Veía a una trabajadora acostumbrada a no ser cuestionada. Y ese privilegio, en ese edificio, era otra forma de invisibilidad.

—Había una incidencia —dijo Nuria al fin—. Se pidió localizar un documento antiguo para un… para un informe interno. Cosas del fiscal.

Leire no parpadeó.

—¿Qué fiscal?

Nuria dudó. Leire dio un paso más cerca.

—Nuria. No me haga perder tiempo.

—Rueda —dijo Nuria, al fin, y la palabra le salió con una mezcla de respeto y miedo.

Iván notó un golpe seco en el estómago. Leire no reaccionó de inmediato, pero su mandíbula se tensó.

—¿Rueda le pidió que abriera el expediente Aranda? —preguntó Leire.

Nuria levantó las manos, defensiva.

—No directamente. Un funcionario me dijo que… que había que preparar un documento. Yo cumplí. Ya está.

—¿Qué funcionario? —Leire apretó.

Nuria miró hacia la puerta, como si buscara una salida física.

—No sé el nombre. Uno de… de arriba. De Fiscalía. Viene a veces.

Leire la miró con una calma fría.

—Me lo va a describir.

Nuria resopló, molesta.

—Alto, calvo, gafas. Traje. Siempre con prisa.

Leire apuntó algo en una libreta. Luego cambió el ángulo de ataque.

—¿Y por qué lo abrió dos veces más? —preguntó, señalando las otras entradas.

Nuria tragó saliva.

—Porque… porque luego vino mantenimiento y dijeron que necesitaban acceso a la sala del ascensor del anexo. Y me pidieron que acompañara a alguien de archivo. Mateo. Yo les dije que sí.

Leire la cortó.

—¿Mantenimiento? ¿Qué empresa?

Nuria se encogió de hombros, fingiendo indiferencia.

—La que viene siempre. CIFU, o algo así. El chico… Rubén.

El nombre cayó en la oficina como una piedra.

Iván notó que Nuria evitaba mirar a Leire a los ojos. No parecía culpable de homicidio. Parecía culpable de haber dejado puertas abiertas porque era lo fácil.

Leire apoyó el registro de accesos en la mesa, sin fuerza, pero con autoridad.

—Nuria, ¿Rubén estuvo a solas en alguna sala? ¿Con usted, con Mateo, con alguien?

Nuria frunció el ceño, ofendida.

—No. Aquí no se deja a nadie solo. Además, Rubén es… —buscó la palabra— es de confianza. Lleva años viniendo.

Leire se inclinó un poco más.

—Ese "de confianza" es una frase preciosa para un asesino.

Nuria abrió la boca para protestar, pero no le salió nada. Iván vio por primera vez algo parecido al miedo real en su cara.

Leire guardó el papel y se enderezó.

—Necesito una cosa más —dijo—. Quiero el listado de llaves y tarjetas que se prestan para abrir salas. Y quién las custodia.

Nuria miró hacia un armario metálico.

—Está ahí. Las llaves se guardan con un registro.

—Ábralo.

Nuria dudó. Leire no repitió. Nuria se levantó y abrió el armario con una llave que sacó de un llavero enorme, de esos que siempre suenan. Dentro había ganchos con etiquetas, y un cuaderno de registro.

Leire lo revisó por encima. Señaló una línea con el dedo.

—Aquí. Hace doce días. "Llave sala ascensor — retirada 18:45 — devuelta 19:12." Firma: R. Cifuentes.

Nuria tragó saliva.

—Es normal.

Leire levantó la vista.

—No. Normal es que no haya dos muertos y un perito suspendido. —Cerró el armario—. Gracias, Nuria. No se vaya de la ciudad. Y no borre nada. Si desaparece un papel de este edificio, va a ser su problema.

Nuria asintió, pálida.

Salieron al pasillo. Iván notó que Leire caminaba más rápido, como si la rabia le diera gasolina. Cuando doblaron una esquina, Leire frenó de golpe y se giró hacia él.

—Rueda sabía —dijo.

Iván parpadeó.

—¿Qué?

—Rueda pidió abrir el expediente Aranda hace doce días. Antes de la primera carta. Antes de Óscar. Antes de Marina. —Leire apretó la mandíbula—. Eso puede ser casualidad. O puede ser el inicio del tablero.

Iván sintió un vértigo seco.

—¿Crees que el fiscal está metido?

Leire lo miró como si la pregunta fuera demasiado grande para lanzarla en un pasillo.

—Creo que el fiscal es capaz de cualquier cosa para que el edificio no se le caiga encima. Y creo que alguien lo ha usado o alguien lo está usando. —Leire respiró hondo—. Pero ahora no vamos a ir a por Rueda con intuiciones. Vamos a ir a por hechos.

Iván tragó saliva.

—¿Qué hechos?

Leire sacó el móvil y llamó a alguien sin apartar la vista de Iván, como si quisiera que él escuchara.

—Quiero a Rubén Cifuentes localizado ya. Y quiero orden para inspeccionar su domicilio. —Pausa—. Y también quiero rastrear sus movimientos de las últimas dos semanas: furgoneta, móvil, lo que sea. Me da igual si me dicen que es "difícil".

Colgó. Se giró hacia Iván.

—Tú vienes conmigo.

—¿A dónde?

Leire habló con una claridad que no admitía romanticismo.

—A recordar. Vamos a reconstruir el día exacto en que firmaste ese folio. Dónde estabas, quién te habló, quién te apretó. Quiero nombres. Quiero frases. Quiero lo que sea que el remitente considera la "aguja" que te clavó para moverte.

Iván notó que la palabra "aguja" le encajaba: una cosa pequeña que, sin embargo, te infecta durante años.

—No me acuerdo de todo —dijo.

Leire lo miró fijo.

—Te vas a acordar de lo importante. Y si no, el caso lo hará por ti.

Bajaron a la calle. El aire era frío, y el tráfico sonaba como un río sucio. Iván caminaba al lado de Leire con una sensación rara: el

caso dejaba de ser un monstruo abstracto y empezaba a tener manos, horarios, llaves, firmas. Eso, en teoría, era progreso. En su estómago se sentía como otra cosa: como si el monstruo estuviera hecho de gente normal.

En el coche, Leire no encendió la radio. Condujo hacia un barrio donde Iván reconoció las fachadas por memoria corporal: calles por las que había pasado hace años sin mirar el cielo. Aparcaron frente a un edificio de oficinas antiguas.

—Aquí —dijo Leire.

Iván miró la puerta.

—¿Qué es esto?

—Donde te citaron aquel día para la evaluación complementaria de Aranda —dijo Leire—. Lo he visto en el expediente. Sala de peritajes externos. Ascensor viejo. —Leire lo miró—. El mismo que tose.

Iván sintió que se le cerraba la garganta.

Entraron. El vestíbulo olía a cera de suelo y a papel. El ascensor estaba al fondo. Leire lo señaló sin decir nada, como si no quisiera darle al recuerdo el placer de la palabra.

El ascensor tosió al arrancar.

Iván cerró los ojos un instante. La memoria no le devolvió una película completa. Le devolvió cosas sueltas: una sala con sillas de plástico, un vaso de agua a medio beber, una carpeta abierta, un abogado diciendo “no exageremos”, y él, Iván, asintiendo con esa prudencia que ahora le parecía cobardía.

Cuando las puertas se abrieron en la planta de arriba, Leire lo miró.

—Ahora sí —dijo—. Mira dentro. Y dime quién te enseñó a llamar “prudencia” a lo que era miedo.

Capítulo 20 — Bar de esquina

La planta de arriba olía a despacho cerrado y a moqueta vieja. Era un olor específico, de edificios que han visto demasiados trajes y demasiadas decisiones pequeñas con consecuencias grandes. Leire caminó delante, siguiendo un pasillo que parecía igual que todos y que, sin embargo, Iván reconocía como se reconocen los lugares donde te pasó algo que intentas olvidar.

—Sala 2B —dijo Leire, mirando una puerta sin placa.

Iván se quedó quieto. La garganta se le cerró. No era miedo a un asesino. Era miedo a verse a sí mismo en aquel momento, con la soberbia tranquila de quien cree que las palabras lo protegen.

Leire empujó la puerta.

Dentro había una sala de reuniones simple: mesa larga, sillas negras, una pizarra blanca con marcas antiguas de rotulador. En una esquina, una cafetera de cápsulas. La escena era tan normal que dolía. Iván podía imaginarse allí sentado años atrás, con un vaso de agua, fingiendo seguridad.

—Siéntate —ordenó Leire.

Iván se sentó. Leire no lo hizo. Se quedó de pie frente a él, como si fuera juez y policía a la vez. No había teatralidad. Solo método.

—Empieza por lo básico —dijo—. ¿Quién estaba contigo aquel día?

Iván miró la mesa. Notó que sus dedos buscaban un borde, una textura, algo a lo que agarrarse.

—Yo… —respiró—. Un abogado. El fiscal de entonces. Y… alguien del archivo o de administración, no recuerdo.

Leire asintió, anotando.

—Nombre del abogado.

Iván apretó los labios. El nombre no le venía. Le venía una sonrisa educada, una mano demasiado limpia, un perfume caro.

—No lo sé.

—Descríbelo.

Iván tragó saliva.

—Cuarenta y tantos, traje claro, siempre sonriendo. Hablaba como si estuviera en control. Como si todo fuera razonable. —Iván se detuvo —. Me dijo una frase.

Leire levantó la mirada.

—Dímela.

Iván cerró los ojos. La frase apareció con una claridad incómoda, como si se hubiera quedado escondida en un pliegue.

—"No lo conviertas en un monstruo en papel" —dijo.

Leire no reaccionó de inmediato. Solo anotó.

—¿Quién lo dijo? ¿El abogado?

—Sí.

—¿Y tú qué respondiste?

Iván notó la vergüenza subir. Se le calentó la cara.

—Que… que yo solo reflejaba lo que veía.

Leire lo miró fijo.

—Eso es mentira.

Iván abrió la boca para protestar y se quedó sin palabras. Leire tenía razón. No era una mentira deliberada, era una mentira cómoda: él no solo "reflejaba", él elegía qué reflejar.

Leire señaló la cafetera de cápsulas.

—¿Tomaste café?

Iván parpadeó. La pregunta parecía absurda, pero entendió el truco: los recuerdos se sueltan por cosas pequeñas.

—Sí —dijo—. De máquina. Malo.

Leire asintió. Caminó hasta la cafetera, miró las cápsulas, como si el gesto le confirmara algo.

—¿A qué hora fue?

Iván miró el techo, buscando luz.

—Media mañana. Once y algo.

—¿Y después?

Iván respiró hondo. Las escenas empezaban a ordenarse, no como película, sino como piezas.

—Después de la reunión… yo volví al juzgado. Escribí el informe ese mismo día. O al día siguiente. —Iván tragó saliva—. Y antes de enviarlo, me llamaron.

Leire se giró.

—¿Quién?

Iván se quedó quieto. La respuesta venía con un nudo.

—No sé —admitió—. Número oculto. Me dijo que… que tuviera cuidado con lo que escribía. Que el caso era "sensible". Que no quería un informe que luego apareciera en prensa.

Leire lo miró con una dureza silenciosa.

—¿Y tú obedeciste?

Iván bajó la mirada.

—Me dije que no. Pero… —respiró— pero cambié el tono. Quité palabras. Matices. Lo hice más… neutro.

Leire se inclinó hacia él.

—No más neutro. Más blando.

Iván sintió rabia. No hacia Leire, sino hacia esa parte de sí mismo que todavía quería defender la decisión.

—Yo no sabía que iba a pasar lo de Alba —dijo.

Leire lo sostuvo con la mirada, y su voz bajó un punto.

—Claro que no. Pero tú sí sabías que tu informe podía cambiar medidas. Y aun así elegiste no ser el que "complicaba".

Iván apretó los dientes. Esa palabra lo atravesó: complicar. Era exactamente la palabra que el fiscal de entonces había usado, o eso creía. "No me compliques esto". "No lo conviertas en un monstruo en papel".

Leire se apartó de la mesa.

—Vamos a una cosa concreta. —Sacó una copia del folio 73 y la dejó sobre la mesa—. Aquí descartas un diagnóstico. Aquí rebajas riesgo. Aquí recomiendas seguimiento moderado. —Leire señaló su firma—. ¿Qué sentiste al firmar?

Iván miró la firma. La suya. No era una firma bonita. Era funcional. De pronto le pareció el símbolo más violento que tenía.

—Alivio —admitió—. Porque sabía que si lo ponía "alto riesgo", iba a generar medidas duras. Y yo… —se detuvo— yo no quería ser el que cargara con eso.

Leire se quedó callada unos segundos. Luego dijo, sin maldad, solo con precisión:

—Eso es miedo.

Iván asintió, casi sin fuerza.

—Sí.

Leire recogió la copia del folio y guardó silencio un momento más. No era un silencio de pausa dramática. Era un silencio de encaje: por fin una pieza estaba en su sitio.

—¿Recuerdas el nombre del fiscal de entonces? —preguntó.

Iván tragó saliva.

—No. No con seguridad.

Leire apuntó “fiscal anterior” y luego señaló la puerta.

—Vale. Ya tenemos tres cosas: un abogado que suaviza, una llamada que presiona, y tu alivio. —Leire lo miró—. El remitente está usando tu alivio como palanca. Quiere que vuelvas a sentirlo, pero al revés: que cada vez que eliges no actuar, alguien muere. Te quiere entrenar con culpa.

Iván notó que se le humedecían los ojos, no por pena, sino por agotamiento. Se los frotó con el pulgar, rápido, como si eso fuera debilidad.

Leire lo vio y no comentó. Señaló hacia el pasillo.

—Vamos abajo. Hay una cafetería en la esquina. Quiero que me digas si el abogado se parece a alguien que veas por ahí. Y quiero aire. Aquí huele a pasado.

Bajaron por el ascensor que tosía. El sonido metálico volvió a rascar por dentro, pero ya no era misterio. Era memoria.

Salieron del edificio y caminaron hasta un bar de esquina, de esos con mesas de aluminio y café fuerte. No era elegante, pero era real. Leire eligió una mesa al fondo, de espaldas a la pared, con visión de la puerta. Iván se sentó frente a ella, intentando respirar normal.

—Ahora dime algo más —dijo Leire—. ¿Alguien de aquel entorno intentó contactarte después de lo de Alba? ¿Una llamada, una carta, un “¿cómo estás?”?

Iván negó.

—Nada. Solo… silencio.

Leire asintió.

—Ese silencio es parte del sistema. Y alguien lo odia lo suficiente como para convertirlo en arma.

Iván miró su café sin beber. Leire dio un sorbo al suyo, sin azúcar.

—Rubén Cifuentes era la pareja de Alba Paredes —dijo Iván al fin, como si decirlo en voz alta lo hiciera más real. Más sucio.

Leire asintió.

—Sí.

—Entonces… si Rubén es el remitente… —Iván se quedó sin final.

Leire no lo dejó escaparse.

—Entonces esto no empezó con Óscar ni con Marina. Empezó con Alba. Y contigo.

Iván tragó saliva. Miró por la ventana del bar, viendo pasar a gente normal con bolsas normales.

—¿Y si Rubén no es el asesino? —preguntó—. ¿Y si es "la puerta" como dicen, pero alguien más está escribiendo?

Leire no descartó la idea. Eso lo asustó.

—Puede ser —admitió—. Rubén tiene motivo y acceso. Pero el nivel de control, la forma de manipular prensa y sistema… podría haber alguien más. —Leire se inclinó hacia él—. Por eso necesitamos el próximo paso.

—¿Cuál?

Leire sacó el móvil y le mostró un nombre en pantalla.

RUBÉN CIFUENTES — LOCALIZACIÓN PENDIENTE — MÓVIL APAGADO

—Vamos a entrar en su casa —dijo—. Con orden. Y vamos a buscar dos cosas: prueba física de cartas y sobres, y cualquier rastro de Alba. Porque si esto es venganza, su casa va a estar llena de ella. Y si no lo está… entonces alguien lo está usando de pantalla.

Iván sintió que el café le subía ácido.

Leire se levantó, dejando monedas sobre la barra.

—Y tú —añadió, mirándolo— no vas a hacer de psicólogo con él si aparece. No vas a intentar "entenderlo" con frases suaves. Este no quiere comprensión. Quiere justicia a su manera.

Iván asintió. No porque creyera poder cumplirlo, sino porque ya sabía que Leire tenía razón: su impulso de arreglar era, a veces, otra forma de ego.

Cuando salieron del bar, el cielo había empezado a oscurecer. El móvil de Leire vibró con una notificación nueva. Ella lo miró y su cara cambió.

—¿Qué? —preguntó Iván.

Leire levantó la vista.

—Han encontrado a Rubén.

Iván sintió que el suelo se le hundía un centímetro.

—¿Dónde?

Leire tragó saliva.

—En el hospital. Urgencias. Dice que lo han agredido. Y ha pedido hablar contigo. No conmigo. Contigo.

Iván se quedó quieto, con el corazón golpeándole el pecho. La palabra "contigo" le sonó a trampa y a destino al mismo tiempo.

Leire lo miró fijo.

—Te dije que eras el cebo. —Pausa—. Pues ahora alguien está tirando de la cuerda.

Capítulo 21 — La verdad a medias

Urgencias olía a desinfectante, a sudor contenido y a café malo. Era un olor que no cambiaba nunca, como si los hospitales tuvieran su propio clima. Leire condujo hasta allí sin encender sirenas, pero con prisa. Iván iba detrás, callado, mirando el reflejo de las farolas en la ventanilla. Le costaba decidir qué le daba más miedo: encontrar a Rubén como un monstruo o encontrarlo como un hombre normal.

Al entrar, un guardia de seguridad los miró con desconfianza hasta que Leire enseñó la placa. Un celador los guió por un pasillo lateral, lejos de la sala de espera. Iván escuchaba de fondo la vida comprimida: un niño llorando, una mujer discutiendo con recepción, un monitor pitando en una habitación. Todo era urgente para alguien. Para él, todo era ruido.

—Vas a entrar conmigo —dijo Leire sin mirarlo—. Y te repito: tú no llevas la conversación. Si te pide algo, me miras a mí antes de contestar.

Iván apretó los dientes.

—Ha pedido hablar conmigo.

—Ha pedido algo que te active —corrigió Leire—. Y eso no es lo mismo.

Llegaron a un box con cortina. Dentro, sentado en una camilla, había un hombre de treinta y tantos. Delgado, ojeras marcadas, barba recortada. Una mano vendada. Un hematoma en el pómulo. No parecía un asesino de película. Parecía alguien que ha dormido mal durante meses y que, encima, se ha llevado un golpe.

Rubén Cifuentes levantó la vista cuando entraron. Sus ojos se clavaron en Iván con una intensidad que hizo que a Iván se le tensaran los hombros.

—Tú eres —dijo Rubén, y no era pregunta.

Iván tragó saliva. Leire se colocó medio paso delante, cortando el ángulo sin parecer agresiva.

—Soy la inspectora Salvatierra —dijo Leire—. Él es Iván Llorente. Has pedido hablar con él. Primero me dices qué te ha pasado.

Rubén no apartó la mirada de Iván.

—Me han seguido —dijo—. Me han pegado. Me han quitado el móvil.

Leire no reaccionó con compasión inmediata. Reaccionó con preguntas.

—¿Quién?

Rubén soltó una risa breve, amarga.

—Si lo supiera no estaría aquí.

Leire señaló la mano vendada.

—¿Cuándo?

—Hace dos horas. Iba hacia casa. Paré en una gasolinera. —Rubén hizo un gesto con la barbilla, como si le molestara hablar—. Me metieron en una furgoneta. Me dieron un golpe. Me registraron. Me dejaron tirado detrás de un contenedor.

Iván sintió un escalofrío. Esa logística era demasiado parecida a lo que el caso estaba haciendo: mover cuerpos, crear escenas.

Leire lo observó unos segundos.

—¿Por qué te han agredido, Rubén?

Rubén apretó la mandíbula y, por primera vez, miró a Leire.

—Por lo mismo por lo que tú estás aquí —dijo—. Por él.

Señaló a Iván con un gesto pequeño. No acusatorio. Casi… cansado.

Iván sintió que le subía calor al cuello.

—Yo no te conozco —dijo Iván, y la frase le salió más dura de lo que pretendía.

Rubén lo miró como si esa frase fuera una burla.

—Claro que no —respondió—. Tú no conoces a nadie. Tú firmas y sigues.

Leire interrumpió, cortante.

—Rubén, necesitas entender una cosa. Estás vinculado a este caso. Tu nombre está en un expediente antiguo, y tu empresa ha tenido acceso al edificio del archivo. Quiero que me digas la verdad ahora, porque si no, te vas a convertir en el sospechoso perfecto.

Rubén tragó saliva. Sus ojos volvieron a Iván.

—Yo no he matado a nadie —dijo.

Leire no parpadeó.

—No te he preguntado eso. Te he preguntado la verdad.

Rubén apretó los labios. Miró su mano vendada y luego volvió a Iván, como si decidiera por dónde le dolía más empezar.

—Alba —dijo.

La palabra cayó en el box como un vaso roto. Iván sintió que el nombre le atravesaba. Alba Paredes. Ya no era solo un papel.

—¿Qué pasa con Alba? —preguntó Leire.

Rubén inspiró hondo y habló sin adornos, como quien se ha cansado de sostener algo solo.

—Alba era mi pareja —dijo—. Murió después de lo de Aranda. —Se le tensó la garganta, pero no se quebró—. No salió en prensa. No hubo cámaras. No hubo podcast. Solo un parte médico y una llamada a las tres de la mañana.

Leire mantuvo el silencio para que siguiera.

Rubén clavó los ojos en Iván.

—¿Sabes lo que duele? —preguntó—. No es que te equivocaras. Es que te dio igual.

Iván abrió la boca. No encontró nada que no sonara a excusa.

—No me dio igual —dijo al fin.

Rubén soltó una risa seca.

—A mí también me habría gustado creer eso.

Leire cortó antes de que el choque se volviera inútil.

—Rubén. ¿Has enviado tú las cartas?

Rubén la miró, incrédulo.

—¿Cartas?

Leire no se inmutó.

—Cartas anónimas. Notas. Mensajes. La frase "Mira dentro". ¿Has escrito tú eso?

Rubén parpadeó una vez, como si intentara situar el concepto.

—No.

Iván lo miró, buscando una grieta. Rubén no estaba actuando "inocente". Estaba enfadado. Y ese enfado era demasiado directo para ser teatro fino.

Leire insistió sin elevar el tono.

—Tu furgoneta apareció abandonada con purpurina. Una libreta con rutas. Una cámara en el rellano de Iván. Accesos a un expediente donde está tu nombre. Todo apunta a ti.

Rubén apretó la mandíbula.

—Mi furgoneta me la robaron. —Rubén habló con un cansancio que parecía antiguo—. Hace dos días. Fui a por ella y no estaba. Llamé a la empresa. Me dijeron que ya aparecería. Ya apareció, ¿no?

Leire lo miró fijo.

—¿Lo denunciaste?

Rubén bajó la vista.

—No. —Se encogió de hombros—. Si denuncio, pierdo el trabajo. Y sin trabajo no pago el alquiler. Y sin alquiler…

No terminó la frase. No hacía falta.

Iván sintió una incomodidad nueva: la vida real, esa que no cabe en teorías policiales. Rubén podía ser culpable y, aun así, su explicación de no denunciar era verosímil. Y eso era lo aterrador: el caso se movía por grietas normales.

Leire lo señaló con el bolígrafo.

—¿Quién sabe lo de Alba? —preguntó—. ¿Quién sabe que tú estabas en el expediente?

Rubén levantó la vista.

—Yo lo supe tarde. —Se le tensó la cara—. A Alba la enterré y seguí respirando como pude. Meses después, un abogado me dijo que había "un expediente" y que no valía la pena remover. Que me iba a hacer daño. —Rubén miró a Iván—. Nadie me dijo tu nombre. Lo encontré yo. En una firma.

Iván tragó saliva.

Leire anotó.

—¿Qué abogado?

Rubén negó con la cabeza.

—No me acuerdo.

Leire no lo toleró.

—Te vas a acordar. ¿Despacho? ¿Nombre? ¿Ciudad?

Rubén apretó los ojos un instante, buscando. Luego soltó algo.

—Martínez. Creo. Un despacho pequeño. Cerca del centro. —Se encogió de hombros—. No era el abogado de Aranda. Era… alguien que "ayudaba" con papeleo.

Leire anotó "abogado Martínez, gestoría".

Iván sintió un golpe de lucidez: había demasiadas figuras de pasillo en esta historia. Técnicos, auxiliares, gestoras. Invisibles.

Rubén volvió a Iván, como si Leire fuera un obstáculo administrativo.

—Yo no te he perseguido —dijo Rubén—. No he puesto cámaras. No he escrito notas. —Tragó saliva—. Pero sí te he buscado.

Iván se quedó quieto.

—¿Para qué?

Rubén apretó la mandíbula.

—Para verte. Para asegurarme de que existías. —Rubén miró su mano vendada—. A veces me acercaba a tu portal. Te veía entrar. Salir. Con tu cara de no estar en nada. Y me daban ganas de… —se detuvo— me daban ganas de hacer cosas que no hice.

Leire intervino de golpe.

—¿Te acercabas a su portal?

Rubén la miró.

—Sí.

—¿Y entrabas?

Rubén negó.

—No. No soy idiota.

Leire se quedó callada un segundo, evaluando. Luego hizo la pregunta que importaba.

—Entonces, ¿quién está usando tu nombre y tu acceso?

Rubén abrió las manos, desesperado.

—No lo sé. Pero sé una cosa: alguien me está convirtiendo en el villano. —Rubén miró a Iván— Y lo está haciendo con tu ayuda, aunque no quieras.

Iván sintió rabia y vergüenza a la vez. Era cierto: su pasado era materia prima.

Leire se acercó un paso.

—Rubén, necesito que me digas dónde estabas las noches de los crímenes.

Rubén se tensó.

—Trabajando. O en casa.

—Eso no vale —dijo Leire—. Testigos. Horarios. Recibos. Algo.

Rubén soltó una risa amarga.

—¿Recibos? Soy mantenimiento. Me llaman, voy, vuelvo. Nadie me firma nada la mitad de las veces.

Leire apretó los labios. Luego cambió de estrategia.

—¿Quién tiene acceso a tu empresa? —preguntó—. A la nave. A las llaves. A las órdenes de servicio.

Rubén se encogió de hombros.

—El encargado. Dos compañeros. La limpieza. Cualquiera que entre.

Leire apuntó otra lista.

Iván notó el círculo cerrándose sobre lo mismo: puertas abiertas, llaves prestadas, gente invisible. No hacía falta un "genio". Hacía falta un depredador que supiera moverse en lo cotidiano.

Rubén miró a Iván con una intensidad más baja, menos agresiva.

—Yo solo quería que lo supieras —dijo.

Iván parpadeó.

—¿Qué?

Rubén apretó la mandíbula y, por primera vez, pareció a punto de romperse sin permitírselo.

—Que Alba existió. —Su voz bajó—. Que murió y que nadie pagó nada. Que tú seguiste firmando informes, y yo seguí intentando no volverme loco. Eso es todo.

El silencio que siguió no fue dramático. Fue pesado, humano.

Leire respiró hondo y tomó una decisión.

—Rubén, a partir de ahora vienes con nosotros —dijo—. Protección, sí. Y también control. Hasta que esto se aclare.

Rubén se tensó.

—¿Me detienes?

—Te protejo y te vigilo —respondió Leire—. Si esto lo ha montado alguien usando tu nombre, tú eres objetivo. Y si lo has montado tú, eres riesgo. En ambos casos, conmigo.

Rubén miró a Iván.

—¿Vas a decir algo? —preguntó, con una especie de desafío cansado.

Iván tragó saliva. Tenía mil frases posibles. Ninguna era útil. Eligió la única que no era defensa ni ataque.

—Lo siento —dijo.

Rubén lo miró largo, como si evaluara si esa frase tenía peso o era solo aire.

—Ya —respondió, y en ese "ya" había un mundo entero.

Leire salió del box para hablar con el médico y gestionar traslado. Iván se quedó un segundo con Rubén, sin Leire de por medio. El silencio era incómodo y real.

Rubén bajó la voz.

—Hay algo que no le he dicho a ella —murmuró.

Iván sintió un pinchazo.

—¿Qué?

Rubén miró hacia la cortina, comprobando que nadie escuchaba.

—El día que vi tu nombre por primera vez… —Rubén tragó saliva— me llegó un sobre. En mi buzón. Blanco. Sin remitente.

Iván se quedó helado.

—¿Qué ponía?

Rubén lo miró a los ojos.

—Ponía "Mira dentro". Y debajo… —Rubén apretó la mandíbula— debajo ponía tu dirección.

Iván sintió que el estómago se le vaciaba. Antes de que pudiera responder, la cortina se movió: Leire volvía.

Rubén se quedó callado de golpe, como si hubiera apagado una luz.

Leire entró, miró a ambos con sospecha instintiva.

—¿Qué ha dicho? —preguntó.

Iván sostuvo la mirada de Leire y, por primera vez en días, entendió un dilema con claridad: si decía la verdad entera, activaba otro tablero. Si la ocultaba, repetía el mismo pecado que el folio 73.

Iván tragó saliva.

—Ha dicho… —empezó, y supo que cada palabra que eligiera lo definía— …que alguien quiere que esto parezca su venganza. Y que lo están usando.

Leire lo observó un segundo más de lo habitual, como si oliera el hueco en la frase.

—Bien —dijo al final, sin confirmar si lo creía—. Nos lo llevamos.

Mientras salían por el pasillo del hospital, Iván caminaba con una frase clavada en la cabeza: *a Rubén también le llegó un sobre*. Y lo peor no era eso.

Lo peor era que el sobre le había llegado con su dirección.

El remitente no estaba improvisando. Estaba repartiendo víctimas, piezas y motivos como quien reparte cartas en una mesa donde ya conoce el final.

Capítulo 22 — Sala vieja

Rubén salió del hospital con una chaqueta prestada y una bolsa con cuatro cosas. Un agente a cada lado, no como escolta de película, sino como dos sombras prácticas. Leire caminaba delante, hablando por teléfono con voz baja y firme. Iván iba detrás, con el peso del secreto en la boca.

Un sobre. "Mira dentro". Su dirección.

No era un detalle más. Era el detalle. La prueba de que el remitente había empezado a mover piezas antes de que Iván recibiera la primera carta. La prueba de que el remitente había elegido a Rubén como "motivo" y a Iván como "culpa", y los había acercado con la precisión de alguien que disfruta construyendo simetrías.

Leire colgó al llegar al coche y miró a Rubén.

—Te vienes a un lugar seguro —dijo—. No a tu casa. No a la comisaría. Y no vas a tocar un móvil en las próximas horas.

Rubén no protestó. Parecía agotado, pero no vencido. Se metió en el asiento trasero, junto a Iván. El coche olía a tapicería caliente y a tensión.

Durante unos minutos, nadie habló. Rubén miraba por la ventanilla, con la mandíbula apretada. Iván miraba sus manos, obligándose a no frotarlas. Leire conducía sin radio.

—¿Quién más sabe tu dirección? —preguntó Leire de pronto, sin apartar los ojos de la carretera.

Iván levantó la vista.

—¿Mi dirección?

—Sí. —Leire miró por el retrovisor a Rubén—. Y la tuya, Rubén. ¿Quién sabe dónde vives? ¿Quién sabe rutinas?

Rubén soltó una risa seca.

—Mi casero. Mis vecinos. El encargado. Cualquiera que haya ido a arreglar algo.

Leire asintió.

—Eso no me sirve. —Pausa—. Quiero nombres de gente que tuviera motivo para mandarte un sobre con la dirección de Iván.

Rubén miró al asiento delantero, y por primera vez su mirada pareció menos rabiosa, más alerta.

—No lo sé —dijo—. Ese es el problema. Yo no tengo enemigos "claros". Tengo vida. Y la vida trae gente que entra y sale.

Leire no apretó más. Tomó una salida hacia una zona industrial, pero no el polígono de los crímenes. Uno distinto, más limpio. Llegaron a un edificio bajo con fachada anodina, sin rótulos, con un parking interior. La clase de sitio que existe para que no exista.

Dentro, un agente abrió una puerta y los guió por un pasillo hasta una sala. No era una sala de interrogatorios. Era una sala vieja de reuniones: mesa grande, pizarra, una máquina de café, luces blancas. La "sala vieja" que aparece en todas las instituciones.

Leire cerró la puerta y se giró hacia Rubén.

—Te lo voy a decir claro: no estás detenido, pero tampoco eres libre. —Señaló una silla—. Siéntate.

Rubén se sentó sin discutir, con una resignación rara.

Leire miró a Iván.

—Tú, al otro lado. Y no hagas gestos.

Iván obedeció. Se sentó frente a Rubén. A esa distancia, pudo verle detalles: el hematoma más oscuro en el pómulo, el temblor mínimo en el dedo índice de la mano buena, la mirada cansada. No era un monstruo. Eso no lo exculpaba de nada, pero hacía el mundo más difícil de simplificar.

Leire apoyó un folio en blanco sobre la mesa y dibujó una línea en el centro.

—Vamos a reconstruir —dijo—. Rubén, dime el día exacto en que te llegó ese sobre.

Rubén parpadeó, intentando situar el recuerdo.

—Fue… hace unas semanas. No sé. —Se pasó la mano por el pelo, frustrado—. Lo vi en el buzón al volver de trabajar. Me acuerdo porque era blanco, sin sello. Me dio mala espina.

—¿Qué día? —insistió Leire, sin ceder.

Rubén respiró hondo.

—Un lunes. Creo.

Iván sintió un pinchazo. *Un lunes.* Todo era lunes.

Leire anotó "Lunes (aprox.)".

—¿Lo has guardado? —preguntó.

Rubén negó.

—Lo tiré. —Miró a Iván un segundo—. Leí la frase y la dirección y… me dio asco. Me dio miedo. Lo rompí y lo tiré en la basura del portal.

Leire apretó la mandíbula.

—¿Qué portal?

Rubén dio su dirección. Leire la apuntó.

—Vamos a revisar contenedores de la zona y cámaras del barrio —dijo Leire, más para sí que para ellos—. Aunque sea tarde.

Rubén se encogió de hombros.

—Ya será tarde. Lo sé.

Leire levantó la vista.

—No. Si la persona que hace esto trabaja con papel y pegamento, es posible que haya repetición: mismo tipo de sobre, mismo pegamento, misma fibra. A veces lo "tarde" sigue hablando.

Rubén asintió, sin convicción.

Leire cambió de bloque.

—Ahora: la agresión de hoy. —Se inclinó—. Dijiste gasolinera. ¿Cuál?

Rubén lo dijo. Leire anotó y marcó algo en el móvil.

—Vamos a pedir cámaras.

Rubén apretó los labios.

—No había cámaras en el sitio donde me metieron. Fue detrás.

—Siempre hay un ángulo inútil —murmuró Leire, con rabia contenida.

Iván tragó saliva. Leire llevaba días comiéndose el mismo patrón.

Leire se giró hacia Iván.

—Y ahora tú. —Su voz se endureció—. ¿Qué no me has dicho?

Iván sintió que el aire se espesaba. Rubén lo miró de reojo.

—No te he ocultado nada —mintió Iván, y supo que era una mala mentira incluso antes de terminar.

Leire no se movió. Solo lo miró fijo.

—Iván.

La palabra fue un golpe, no un abrazo.

Iván respiró hondo. Miró a Rubén. Recordó el folio 73. Recordó su alivio al firmar. Recordó su propia frase en el juzgado: "yo solo informo".

Y entendió que tenía una oportunidad rara: hacer lo contrario de su patrón, aunque le costara.

—Rubén me ha dicho algo antes —admitió—. En el box. Cuando tú no estabas.

Leire no mostró sorpresa, solo tensión.

—¿Qué?

Iván tragó saliva.

—Que a él también le llegó un sobre. Blanco. Con "Mira dentro". —Iván miró a Rubén, como pidiendo permiso tarde—. Y que debajo ponía mi dirección.

El silencio cayó pesado. Rubén apretó la mandíbula, molesto con Iván por soltarlo, pero no lo negó. Leire se quedó quieta un segundo, procesando. Luego, sin elevar la voz, dijo:

—Eso cambia el inicio del caso.

Rubén soltó una risa amarga.

—Claro. Yo no era solo "la puerta". Yo era el motivo preparado.

Leire señaló a Rubén con el bolígrafo.

—¿Se lo contaste a alguien?

Rubén negó.

—¿A quién? ¿A mi madre para asustarla? ¿A un policía para que me mirara como a un loco?

Leire apretó los labios. Lo entendía. Eso era lo jodido: era verosímil.

Leire se giró hacia Iván.

—¿Y tú? ¿Has recibido algún mensaje anterior al primer sobre del buzón?

Iván parpadeó. Pensó en el borrador del correo "Lunes". Fechado dos días antes. Pensó en lo fácil que era que eso hubiera sido "el primer aviso" sin que él lo viera.

—No como mensaje directo —dijo—. Pero… apareció ese borrador en mi móvil.

Leire asintió.

—Entonces tenemos tres preinicios: borrador en tu móvil, sobre en el buzón de Rubén con tu dirección, y acceso al expediente Aranda

con post-it y adhesivo. —Leire miró el folio en blanco—. Alguien preparó el tablero al menos dos semanas antes.

Rubén bajó la vista, con un gesto raro.

—¿Sabes qué es lo peor? —dijo.

Leire lo miró.

—Que si no me llega ese sobre, yo jamás habría ido a buscarlo. —Rubén señaló a Iván con un gesto mínimo—. Yo habría seguido mi vida. Rota, pero mía. Y ahora… —respiró— ahora estoy aquí, en una sala, y ella está muerta igual.

Iván sintió la frase como un golpe. No porque fuera injusta, sino porque era exacta: la muerte de Alba era irreversible. Lo demás era ruido alrededor.

Leire bajó el tono, un poco, sin volverse blanda.

—Rubén, si tú no has escrito las cartas, alguien está usando tu duelo como combustible. —Leire hizo una pausa—. Y si tú sí las has escrito, entonces has convertido tu duelo en arma. En ambos casos, necesito que me digas toda la verdad. Sin orgullo.

Rubén apretó los dientes.

—Toda la verdad es esta: yo lo odié. Lo sigo odiando. —Miró a Iván —. Pero odiar no te convierte en asesino. Te convierte en alguien cansado de respirar.

Iván sostuvo la mirada. No quiso defenderse. No tenía defensa útil.

Leire se levantó.

—Bien. —Cogió la carpeta con el registro de llaves del anexo—. Vamos a hacer otra cosa. Voy a traerte un café, Rubén. Y a ti, Iván, agua. Y luego vamos a hablar de accesos de verdad: llaves, tarjetas, rutas. Quiero que me describas tu trabajo como si yo fuera idiota. Cada paso. Cada puerta. Cada "me han dicho que pase".

Rubén asintió, derrotado.

Leire salió un momento. Iván se quedó solo frente a Rubén, con un silencio entre ambos que ya no era solo tensión: era historia.

Rubén habló primero, sin mirar a Iván a los ojos.

—¿Sabes qué me dijo Alba una vez? —murmuró.

Iván tragó saliva.

—No.

Rubén se rió sin humor.

—Me dijo: "La gente buena no se da cuenta de lo mala que puede ser por miedo." —Levantó la vista al fin—. Ella lo decía por otras cosas. Pero contigo… le salió profético.

Iván sintió que la garganta se le cerraba.

—No soy gente buena —dijo, y era la primera frase honesta de ese tipo que pronunciaba en días.

Rubén asintió despacio.

—Eso ya es algo.

La puerta se abrió y Leire volvió con dos vasos. Los dejó sobre la mesa sin ceremonias.

—Vamos —dijo—. Trabajo de hormiga. Si el remitente vive de lo invisible, lo vamos a obligar a volverse visible.

Rubén miró el café como si fuera un objeto absurdo en medio de un infierno.

Iván bebió agua y se obligó a pensar en llaves, horarios y rutas, no en culpa.

Y aun así, al fondo de su cabeza, una idea seguía creciendo: el remitente no quería solo justicia. Quería relato. Quería que cada uno de ellos se convirtiera en personaje del papel que él escribía.

En esa sala vieja, por primera vez, Iván entendió que el peligro no era solo morir. Era acabar creyéndote el cuento que otro ha escrito

sobre ti.

Capítulo 23 — Pasillo sin ojos

Rubén explicó su trabajo con la precisión cansada de quien lo ha repetido mil veces sin que nadie lo escuchara de verdad. Rutas, partes, llamadas, llaves prestadas, puertas que se abren porque alguien confía en un chaleco. Leire lo iba frenando cuando se iba por emociones y lo devolvía a lo útil: horas, nombres, lugares. Iván escuchaba con una atención rara, como si estuviera aprendiendo un idioma que siempre había tenido delante y nunca se molestó en estudiar.

—A las comunidades entras por tres vías —decía Rubén—: te abren desde dentro, te abre administración con llave, o entras detrás de alguien. La tercera es la más fácil. Si llevas maletín, nadie te pregunta.

Leire anotó sin levantar la vista.

—¿Y al anexo? —preguntó.

Rubén apretó los labios.

—Igual. Allí hay tarjeta, pero si te acompaña alguien… pasas como si fueras parte del edificio.

Leire señaló el registro de llaves.

—Tú firmaste aquí. Llave sala ascensor. Doce días atrás.

Rubén miró la hoja, y por primera vez pareció realmente incómodo.

—Yo firmo muchas cosas. Esa llave la pedí porque me lo dijeron. Me acompañó Mateo. Me abrieron. Yo hice lo del ascensor. Y me fui.

—¿Te quedaste solo? —preguntó Leire.

Rubén negó.

—No. Mateo estaba cerca.

Leire lo miró fijo.

—¿Cerca dónde?

Rubén se encogió de hombros.

—En el pasillo.

Leire anotó "pasillo".

Iván levantó la vista.

—¿Un pasillo sin cámaras? —preguntó, casi sin querer.

Rubén lo miró como si la frase le sonara demasiado exacta.

—Hay zonas sin cámaras —dijo—. Como en todos los edificios viejos. Pasillos sin ojos.

Leire dejó el bolígrafo sobre la mesa.

—Vale. Ya está. —Se giró hacia un agente que esperaba fuera—. Quiero una unidad en el anexo. Ahora. Revisad pasillos, cámaras, puntos ciegos, accesos al archivo. Y quiero a Mateo y a Nuria localizados y disponibles. Sin espectáculo. Solo disponibles.

El agente asintió y salió.

Leire se giró hacia Rubén.

—Tu móvil estaba apagado, has desaparecido del trabajo, y tu furgoneta apareció con una firma. No tengo base sólida para detenerte por homicidio, pero sí para retenerte por tu seguridad y por obstrucción potencial. Así que te quedas aquí. Con custodia.

Rubén apretó la mandíbula, resignado.

—¿Y yo qué hago? ¿Esperar a que me acusen?

—Hacer lo que deberías haber hecho desde el principio —respondió Leire—: decir la verdad entera.

Rubén soltó una risa amarga, pero no discutió.

Leire se giró hacia Iván.

—Tú vienes conmigo.

Iván se tensó.

—¿A dónde?

Leire no suavizó.

—Al anexo. Quiero que veas el folio 73 original de nuevo, pero no para torturarte. Para que me digas algo técnico: qué faltaba ahí. Qué tipo de nota pudo ir pegada. Y quiero que veas a Mateo con ojos nuevos.

Iván asintió, aunque la boca se le secó.

Leire habló con el agente de barba y dejó a Rubén bajo custodia. Luego, sin perder tiempo, arrastró a Iván hacia el coche. En el trayecto, el silencio fue más pesado que antes. Iván miraba por la ventanilla y se repetía una frase como un mantra desagradable: *pasillos sin ojos*. El remitente no necesitaba esconderse en la oscuridad; le bastaba con saber dónde nadie miraba.

En el anexo, los recibieron con prisa contenida. Dos agentes ya estaban revisando accesos, haciendo fotos de cerraduras, preguntando por registros de llaves. Leire no saludó. Preguntó.

—¿Mateo? —dijo.

—Arriba —respondió uno—. En archivo. Nervioso.

Subieron. El ascensor tosió otra vez, y esta vez Iván ya ni se estremeció. El sonido se había convertido en una marca de agua en su cabeza.

Mateo estaba en el archivo con la misma carpeta gris en la mano, pero ahora la sujetaba como escudo. Al ver a Leire, intentó sonreír. No lo consiguió.

—Inspectora… yo ya he dicho todo lo que sabía.

Leire no se detuvo.

—Vas a decirme todo lo que no sabías que sabías —respondió—. ¿Cuánto tiempo dejaste a Rubén solo en el pasillo, Mateo?

Mateo parpadeó, confuso.

—¿Solo? No… yo no lo dejé solo. Yo estaba…

Leire lo cortó.

—"Cerca". Ya lo has dicho antes. Dime dónde estabas exactamente.

Mateo tragó saliva. Miró de reojo a Iván, como si Iván pudiera salvarlo con una cara de "no pasa nada".

—Fui a buscar a Nuria —admitió al fin—. Porque ella tenía que abrir una puerta. La sala del ascensor estaba cerrada. Y… y me pidieron la llave.

Leire inclinó la cabeza.

—¿Quién te la pidió?

—Rubén. —Mateo se apresuró—. Pero es normal, él estaba trabajando.

—¿Y cuánto tardaste? —insistió Leire.

Mateo hizo un gesto con la mano, minimizando.

—Dos minutos. Tres.

Leire lo miró fijo, como si midiera el valor real de esos "tres".

—En tres minutos se puede meter un post-it en un expediente y arrancarlo —dijo.

Mateo se puso pálido.

—Yo no sabía nada de post-its.

—No digo que lo supieras. Digo que dejaste un hueco. —Leire señaló el pasillo—. ¿Qué pasillo era?

Mateo señaló la dirección, hacia una zona lateral del archivo, un pasillo estrecho con una puerta cortafuegos.

Leire caminó hacia allí con Iván y dos agentes detrás. El pasillo era más frío, más oscuro. No había cámara en el techo. No había nada. Solo puertas cerradas, suelo gastado y un silencio que parecía hecho a propósito.

—Aquí —dijo Mateo, en voz baja—. Yo bajé por aquí a buscar a Nuria.

Leire miró arriba, al borde del techo, a las esquinas, al marco de las puertas. Iván hizo lo mismo, con un cansancio raro. En una esquina, donde el yeso se unía con una moldura, había una marca de cinta negra. No la cámara. La sombra de algo que había estado ahí pegado y ya no estaba.

Leire la vio. No hizo un gesto grande. Solo dijo:

—Aquí hubo otra cámara.

Mateo abrió la boca, asustado.

—Yo… yo no…

Leire lo cortó con una mano.

—No. Tú no. Esto no va de ti como villano. Esto va de ti como puerta abierta.

Iván sintió un escalofrío. Era la misma frase del remitente, pero en boca de Leire sonaba a procedimiento: las puertas abiertas son el crimen invisible.

Un agente se agachó y encontró en el suelo, cerca del rodapié, un trocito de plástico negro, como parte de una carcasa rota. Lo metió en una bolsa.

—Puede ser del soporte —dijo.

Leire asintió y miró a Iván.

—Vale. Ahora tú. —Leire sacó el folio 73 original, protegido, y lo sostuvo a distancia—. Mira la marca de adhesivo. ¿Qué tamaño tendría la nota?

Iván se acercó lo justo para ver sin tocar. La marca rectangular era limpia, como una pegatina retirada.

—Post-it mediano —dijo—. O una etiqueta de las que se usan en archivadores. Algo de cinco por siete, quizá. —Se detuvo—. Pero no

fue un post-it normal. Fue algo que no dejó fibras de papel. Más plástico. Más… etiqueta.

Leire levantó la vista.

—Como las etiquetas de llaves del armario.

Mateo tragó saliva.

—Las etiquetas… —murmuró—. Sí. Son de plástico.

Leire lo miró.

—¿Se ha perdido alguna llave o etiqueta del armario, Nuria ha dicho algo?

Mateo negó rápido.

—No… no que yo sepa.

Leire anotó "etiqueta plástica" y respiró hondo.

—Bien. Esto no es solo venganza. Es logística —dijo—. Y la logística la hacen personas con acceso. No con magia.

En ese momento, el móvil de Leire vibró. Miró la pantalla. Su cara cambió.

—¿Qué? —preguntó Iván, sin poder evitarlo.

Leire alzó el teléfono, enseñándole la notificación.

Rueda.

Leire no contestó ahí. Se alejó dos pasos, a un rincón del pasillo, y respondió en voz baja.

—Fiscal.

Iván oyó frases sueltas: "sí", "lo entiendo", "no, todavía no", "no puedo prometerle eso". Luego Leire colgó y volvió con una expresión más dura.

—Rueda quiere cerrar el círculo ya —dijo—. Quiere que mañana entreguemos un sospechoso con nombre y apellidos. Aunque sea

Rubén.

Iván sintió un pinchazo de rabia.

—Pero Rubén podría estar siendo usado.

—Lo sé. —Leire apretó la mandíbula—. Y por eso vamos a movernos antes de que él nos obligue a elegir mal.

Iván tragó saliva.

—¿Qué hacemos?

Leire miró el pasillo sin ojos, la marca de la cámara, el trocito de plástico en la bolsa.

—Vamos a cazar al que coloca cámaras, no al que llora —dijo—. Y para eso necesito un anzuelo nuevo.

Iván se tensó.

—¿Yo?

Leire negó.

—No tú. Tú ya estás quemado. —Leire miró a Mateo—. Tú.

Mateo se quedó helado.

—¿Yo? ¿Qué…?

Leire habló sin levantar la voz, pero cada palabra fue un clavo.

—Vas a volver a tu rutina. Vas a hacer como si nada. Y vas a pedir, por escrito, una revisión de la zona del pasillo sin cámaras. Con el motivo perfecto: "se han detectado fallos eléctricos". Vamos a ver quién aparece con prisa por entrar ahí.

Mateo tragó saliva, temblando.

—Pero… me pueden matar.

Leire lo miró con una franqueza brutal.

—A ti no te quieren muerto. A ti te quieren útil. Y eso es una ventaja. —Se giró hacia un agente—. Protección discreta para

Mateo. Muy discreta. Nada de uniformes. Nada de espectáculo.

Iván observó a Mateo y sintió una culpa rara: había pasado años ignorando a gente como él, los que sostienen edificios, y ahora uno de ellos era el cebo.

Leire guardó el expediente y se giró hacia Iván.

—Y tú vas a hacer una cosa hoy —dijo—. Vas a escribir una declaración completa sobre el Caso Aranda. Lo que recuerdas, lo que omitiste, la llamada, el abogado, todo. No para Rueda. Para mí. Para el caso. —Leire lo miró fijo—. Si el remitente te está usando la culpa como cuerda, vamos a cortarle cuerda con verdad.

Iván tragó saliva. No quería escribir esa declaración. Precisamente por eso debía hacerlo.

Mientras salían del pasillo sin ojos, Iván miró atrás. El pasillo se veía igual que cualquier pasillo. Esa era la lección más sucia del caso: lo peligroso no necesita parecer peligroso.

Leire caminó delante, ya pensando en el siguiente movimiento. Iván la siguió, con una certeza amarga: el remitente no era un fantasma. Era alguien con llaves, cinta negra y paciencia. Y, en algún lugar, estaba sonriendo porque el tablero, por fin, empezaba a moverse como él quería.

Capítulo 24 — El nombre

Iván escribió la declaración en una sala prestada de la comisaría, con una lámpara demasiado blanca y un bolígrafo que raspaba el papel. Leire se la había pedido "completa", y esa palabra le dolía. Completa significaba cosas que él llevaba años dejando incompletas: la llamada de número oculto, el alivio al firmar, el miedo a "complicar", el modo en que había convertido una decisión humana en un párrafo limpio.

Escribió durante horas. Al principio con frases técnicas, como si el papel fuera un informe más. Luego, sin darse cuenta, la mano empezó a escribir con otra voz, menos defensiva. "Me asusté." "No quise cargar con esto." "Elegí un lenguaje que me protegiera." Cada frase le dejaba un regusto amargo. No era confesión penal. Era confesión moral. Y eso, en su vida, siempre había sido más difícil.

Cuando terminó, tenía la muñeca dolorida. Firmó al final por inercia y se quedó mirando su firma como si fuera la última trampa. Luego tachó la firma con una línea y escribió al lado: "recibido por Leire Salvatierra". No quería que ese papel se convirtiera en otra arma fuera de control.

Leire leyó la declaración sin levantar la vista, apoyada en el marco de la puerta. No comentó nada durante la lectura. Cuando acabó, dobló el papel y lo guardó en una carpeta sin decir "bien" ni "gracias". Solo dijo:

—Ahora ya no te puedes esconder detrás de la prudencia.

Iván asintió, exhausto.

El plan con Mateo se activó esa misma tarde. Leire lo hizo con esa frialdad operativa que convertía la angustia en instrucciones. Mateo volvió al anexo, pidió por escrito "revisión eléctrica del pasillo lateral" y lo dejó en administración. Todo con naturalidad fingida, con la carpeta gris como coartada. Dos agentes de paisano se colocaron en puntos ciegos, sin uniformes, sin hablar por radio salvo lo imprescindible.

Iván no participó. Lo dejaron en una sala con un agente y un vaso de agua, como una pieza que no debía moverse. Aun así, su cabeza estaba en el pasillo sin ojos, imaginando cinta negra, una cámara, la mano colocando cosas con paciencia.

A las seis y doce, el móvil de Leire vibró.

Leire no estaba con Iván en ese momento. Estaba en el anexo. Pero el agente que custodiaba a Iván recibió un aviso y se giró hacia él con cara de "tenemos movimiento".

—Han pedido acceso al pasillo —dijo.

Iván se incorporó.

—¿Quién?

El agente no respondió. Cogió el teléfono y escuchó. Iván captó palabras sueltas: "llega en furgoneta", "uniforme", "lleva maletín".

El estómago de Iván se tensó.

El agente colgó y lo miró.

—Es Rubén Cifuentes —dijo—. Ha aparecido en el anexo.

Iván sintió un golpe de vértigo.

—Pero Rubén está… —se detuvo—. Rubén está con custodia.

El agente asintió.

—El Rubén que tenemos, sí. Este es… otro Rubén. O alguien usando su nombre.

Iván sintió frío en la nuca. El tablero acababa de enseñar su truco: duplicación.

Leire llamó a Iván desde un número interno.

—No te muevas —dijo en cuanto él contestó.

—¿Qué está pasando? —preguntó Iván, con la voz demasiado alta.

—Ha llegado alguien al anexo con una orden de trabajo a nombre de CIFU y firma "R. Cifuentes" —dijo Leire—. Trae maletín, chaleco, y ha pedido la llave del pasillo. Nuria lo ha reconocido "de vista". Dice que es Rubén.

Iván tragó saliva.

—¿Y si es Rubén?

—Rubén está bajo custodia, Iván. —Leire bajó la voz—. Esto es alguien que se le parece o alguien disfrazado. O alguien que lleva meses construyendo la idea de "Rubén" para que la gente diga "sí, es él" sin pensar.

Iván sintió un escalofrío. Era brillante de un modo repugnante: no hacía falta clon. Hacía falta repetición social. Que la gente creyera reconocer a alguien.

—¿Lo vais a coger? —preguntó Iván.

Leire respondió con una calma fría.

—Si lo cogemos, tiene que ser limpio. Nada de correr detrás por el pasillo. Nada de espectáculo. Si se asusta y se va, lo perdemos. Si actúa, lo pillamos.

Iván apretó los dientes.

—¿Y Mateo?

—Mateo está haciendo su papel. Está asustado. Pero está bien.

La llamada se cortó. Iván se quedó sentado con una sensación absurda: estar atrapado fuera del lugar donde su vida se estaba moviendo. Oía su propio pulso.

Media hora después, Leire volvió a llamar. Esta vez su voz era distinta: más rápida, más tensa.

—Se ha metido en el pasillo sin cámaras —dijo—. Ha pedido estar "solo" un momento. Ha dicho que necesita revisar "un cable" y que no quiere gente detrás.

Iván sintió que el estómago se le bajaba.

—Va a poner otra cámara.

—O va a sacar algo. —Leire respiró—. En cuanto salga, lo paramos.

Pasaron tres minutos. Cuatro. Iván miró el reloj como si el reloj tuviera culpa.

La tercera llamada de Leire llegó con un golpe en la voz.

—Ha salido. Y no lo hemos podido parar.

Iván sintió que el pecho se le hundía.

—¿Cómo que no?

—Ha salido por una puerta de servicio que no debería haber estado abierta. —Leire escupió las palabras—. Un punto ciego. Y ha dejado una cosa.

—¿Qué?

Leire tardó un segundo. Iván imaginó el folio 73, el adhesivo, la cinta negra. Lo que dijo Leire fue peor.

—Ha dejado tu nombre.

Iván sintió que se quedaba sin aire.

—¿Cómo?

—Una hoja, pegada en la pared del pasillo. Blanca. Con rotulador. Solo dos palabras: "IVÁN LLARENTE". Y debajo: "EL NOMBRE ES UNA PUERTA".

Iván se quedó quieto, con una náusea lenta.

Leire siguió, más baja.

—Lo hemos arrancado con guantes. Hay fibras. Hay restos de pegamento. Por fin algo limpio.

Iván tragó saliva.

—¿Lo habéis visto la cara?

—No. Capucha. Mascarilla. Guantes. —Leire hizo una pausa—. Pero te voy a decir algo importante: Nuria lo ha reconocido como Rubén porque quería reconocerlo. Porque su cerebro necesitaba un nombre. Eso es lo que está construyendo. Un culpable social.

Iván cerró los ojos. *El nombre es una puerta.* Esa frase ya no era metáfora. Era método.

Leire bajó el tono.

—Ahora sí vamos a movernos. Porque quien ha venido no ha venido solo a reírse. Ha venido a dejarnos un mensaje: "no corráis detrás de Rubén, corred detrás de Iván". Quiere invertir la flecha. Quiere que te conviertas en el sospechoso absoluto.

Iván notó el temblor en las manos y se obligó a apoyarlas en la mesa, firmes.

—¿Qué hacemos? —preguntó.

Leire respondió con una claridad que no era tranquilizadora.

—Vamos a exponer al remitente a su propia obsesión. Vamos a tender un cebo que no sea un lugar. Un cebo que sea… tú.

Iván tragó saliva.

—¿Yo?

—No tu cuerpo. Tu historia. —Leire respiró hondo—. Vamos a filtrar algo controlado: que has escrito una declaración completa sobre el Caso Aranda. Que has admitido presión, miedo, omisión. Y que ese documento está bajo custodia. Quiero ver quién intenta venir a por él.

Iván sintió una punzada de terror.

—Eso me hunde en público.

—Ya estás hundido en público —dijo Leire—. La diferencia es que ahora lo hundimos nosotros con control o lo hunde él sin control.

Iván apretó la mandíbula. No quería. Pero sabía que Leire tenía razón: el tablero ya estaba montado y el remitente se alimentaba de su silencio. Si su silencio había sido la puerta, quizá su verdad podía ser el pestillo.

Leire añadió, más bajo:

—Y hay otra cosa. El laboratorio ha devuelto resultados preliminares del pegamento en el folio 73 y del pasillo. No es cinta de oficina. Es adhesivo industrial. De los que usan técnicos para fijar temporales en obras. No cualquiera.

Iván tragó saliva.

—Mantenimiento.

—Exacto.

Leire colgó con una última frase.

—No te muevas. Ahora empieza lo serio.

Iván se quedó mirando el teléfono apagado. Se sintió por primera vez dentro de un dilema real: seguir protegiéndose o exponerse para cortar el juego. Pensó en Alba Paredes. Pensó en Rubén recibiendo su dirección. Pensó en la frase que le habían dejado en su propia casa.

Mira dentro.

El remitente quería una cosa: que él se rompiera. La pregunta era si Iván podía romperse a su manera, sin que el otro lo escribiera por él.

Y por primera vez, Iván sintió una decisión naciendo no desde el miedo, sino desde algo más duro: responsabilidad.

Capítulo 25 — Devolución

Leire lo llamó de nuevo una hora después, y esta vez no sonaba a prisa. Sonaba a plan.

—He hablado con informática y con la unidad de comunicación —dijo—. Vamos a filtrar el anzuelo en un circuito controlado: dos periodistas, un funcionario y un abogado. Gente que suele ser boca con piernas. Si el remitente está alimentando a Clara o moviéndose por pasillos, lo va a oler.

Iván tragó saliva.

—¿Y qué se filtra exactamente?

—Que existe tu declaración completa, con detalles que no han salido en prensa. Que está bajo custodia y que mañana por la tarde se traslada a Fiscalía. —Pausa—. Y que tú vas a estar presente.

Iván notó el golpe en el estómago.

—Eso es mentira.

—Eso es carnaza —corrigió Leire—. Y a un depredador se le caza con hambre.

Iván respiró hondo. Tenía el impulso de discutir, de proteger su imagen, de evitar otro titular. Pero su imagen ya estaba rota. Lo único que podía salvar, si es que quedaba algo salvable, era el control del relato… o, al menos, impedir que el remitente siguiera escribiéndolo solo.

—¿Qué tengo que hacer yo? —preguntó.

Leire fue clara.

—Ser aburrido. Estar donde te diga. No improvisar. No hablar con nadie. No mirar cámaras. Y si aparece alguien, no lo sigues. Nosotros lo seguimos.

Iván asintió aunque ella no pudiera verlo.

—¿Y Rubén? —preguntó.

—Rubén sigue custodiado. Y te digo una cosa: está más asustado de lo que finge. Eso lo hace peligroso por otra vía. Hay que evitar que haga algo estúpido.

Iván pensó en el Rubén del hospital, en esa rabia cansada. Entendió: cuando te empujan a ser villano, a veces te dan ganas de cumplir el papel.

Leire colgó con un "descansa" que no era amable; era operativo.

Esa noche Iván apenas durmió. No por sobres, ni por cámaras. Por anticipación. Tenía la sensación de que le habían atado un cartel al pecho que decía "aquí" y que el remitente lo estaba leyendo desde algún rincón. A ratos, en el silencio, se repetía a sí mismo una frase que le dolía por lo simple: *esto es una devolución*. El pasado devolviendo el golpe, el sistema devolviéndole la espalda, la culpa devolviéndole su cara.

A la mañana siguiente, Leire lo recogió temprano. No en su casa. No en comisaría. En una calle cualquiera, cerca de una panadería. Lo hizo bajar de un taxi, subir a un coche sin distintivos, cambiar dos veces de ruta. Todo para que, si alguien lo seguía, se cansara.

—Hoy no vas a Fiscalía —dijo Leire cuando Iván se sentó—. Hoy vas a un sitio que no está en ningún documento.

Iván no preguntó. Era mejor así.

Llegaron a un edificio administrativo sin encanto. Subieron por un ascensor moderno, sin tos. Iván casi echó de menos el carraspeo metálico: el ascensor que tosía se había convertido en su alarma interna. Allí todo era demasiado nuevo para dar pistas.

En una sala interior esperaban dos agentes de paisano y una mujer con portátil. Leire la presentó rápido.

—Esta es Laura. Unidad de análisis digital. Va a rastrear en tiempo real cualquier movimiento del número que te escribió, de tus accesos, y del circuito de filtración.

Laura no sonrió. Asintió como quien ya está dentro de su mundo.

—No puedo prometer milagros —dijo—. Pero si alguien se asoma a un enlace, si alguien abre un archivo, si alguien se conecta donde no debe, lo vamos a ver.

Iván se sentó en una silla y, por primera vez, no se sintió protagonista. Se sintió paquete. Un paquete vigilado.

Leire se acercó con una carpeta y se la enseñó solo un segundo. Era un dossier falso, con portada, sellos, el título "Declaración complementaria — Caso Aranda". Todo diseñado para parecer real.

—Esto es el cebo —dijo Leire—. No lo toques.

Iván asintió.

Las horas pasaron con una tensión rara, de pesca sin agua. Leire recibía mensajes, hablaba en voz baja, iba y venía del pasillo. Laura tecleaba sin parar, con la pantalla llena de números y líneas. Iván miraba su vaso de agua y se obligaba a no imaginar.

A las cinco y cuarenta, Laura levantó la vista.

—Movimiento —dijo.

Leire se giró al instante.

—¿Dónde?

Laura giró el portátil hacia Leire.

—Uno de los correos a los que se ha enviado la filtración ha abierto el enlace. Hace treinta segundos. IP local. Está dentro del entorno del juzgado.

Leire apretó la mandíbula.

—¿Cuál de los correos?

Laura señaló.

—"nuria.admin@…" —dijo—. La cuenta de Nuria.

Iván sintió un golpe seco en el estómago.

—Nuria… —murmuró.

Leire no comentó. Marcó un número y habló rápido.

—Unidad, necesito que alguien esté en el anexo ahora. En administración. Si Nuria se mueve, la seguís. Sin entrar. Sin asustar. —Pausa—. Sí, ya.

Colgó y miró a Laura.

—¿Hay más accesos?

Laura asintió.

—Otro. Hace diez segundos. Un dispositivo ha intentado entrar al archivo desde fuera del dominio. Con credenciales antiguas. Ha fallado dos veces. Está probando.

Leire se inclinó.

—¿Qué credenciales?

Laura señaló una línea.

—Usuario: "m.rivas". Mateo.

Iván sintió que el aire se le espesaba.

—Mateo no haría eso —dijo, más por necesidad que por certeza.

Leire lo miró.

—Mateo no. Alguien con el usuario de Mateo.

Laura tecleó.

—El intento viene desde una red móvil. No puedo ubicarla con precisión, pero… —frunció el ceño— la celda apunta a la zona del anexo. Cerca.

Leire apretó los labios.

—Vale. —Miró a Iván—. Ya lo tenemos. No sabemos quién, pero sabemos dónde está oliendo.

Leire llamó otra vez.

—Unidad, dos equipos al anexo. Uno entra por administración, otro por la puerta lateral. Nadie corre. Nadie grita. Quiero discreción. Si lo asustáis, se va por otra puerta.

Colgó y respiró hondo.

Iván notó el impulso de levantarse.

—Voy contigo.

Leire lo frenó con una mirada.

—No.

—Leire, esto es por mí.

—Precisamente por eso. —Leire se inclinó, bajando la voz—. Si tú apareces, todo el mundo deja de mirar al sospechoso y te mira a ti. Eres un faro. Quédate aquí.

Iván apretó los dientes y se sentó de nuevo, vencido por lógica.

Pasaron diez minutos que parecieron una hora. Laura seguía con los ojos pegados a la pantalla.

—Ha vuelto a intentarlo —dijo—. Otra contraseña. Está dentro. Ha entrado al sistema del archivo.

Leire se puso en pie.

—¿Ha descargado algo?

Laura negó, tensa.

—Está navegando. Abre carpetas. No descarga… todavía.

Iván sintió una rabia impotente. Alguien estaba en el sistema como había estado en su casa: sin tocar la cerradura, solo entrando.

El móvil de Leire vibró. Leire contestó.

—¿Sí?

La voz al otro lado hablaba rápido. Leire escuchó y su cara se endureció.

—¿Dónde? —preguntó—. ¿Nuria?

Otra pausa.

Leire colgó y miró a Iván.

—Nuria ha salido del anexo con una carpeta. Va hacia el parking. —Leire respiró—. Y un hombre con chaleco de mantenimiento la espera cerca de la barrera.

Iván sintió que se le helaba la nuca.

—No es casualidad.

—No. —Leire ya se movía hacia la puerta—. Esto es intercambio.

Iván se levantó sin pensar.

—Leire…

Leire se giró y lo clavó con la mirada.

—Quédate.

Iván se quedó quieto, como si la palabra lo hubiera atado.

Leire salió con dos agentes. Laura siguió tecleando, mordiéndose el labio.

Iván se quedó solo unos segundos en la sala, con el sonido del teclado de Laura como único reloj. Miró su propio reflejo en una pantalla apagada. Tenía cara de espectador obligado.

A los cinco minutos, Laura levantó la vista de golpe.

—Han desconectado —dijo—. El usuario de Mateo ha salido del sistema. Y la IP móvil se ha movido.

Iván sintió un golpe de adrenalina.

—¿Hacia dónde?

Laura tecleó, rápida.

—Hacia el río.

Iván tragó saliva. *Río.* Purpurina en una furgoneta junto al río. Un cadáver con llave. Un descampado. El río como punto de fuga.

El teléfono fijo de la sala sonó. Laura lo miró, dudó y contestó.

—¿Sí?

Su cara cambió al instante.

—Un segundo… —dijo, y tapó el auricular—. Es recepción. Preguntan por Iván Llorente. Dicen que le han dejado un sobre en la entrada del edificio. Sin remitente.

Iván sintió un escalofrío. Incluso allí. Incluso en un edificio sin rótulo. El remitente no estaba persiguiendo a Iván. Estaba demostrando que podía alcanzarlo donde quisiera.

Laura volvió al teléfono.

—No lo recoja nadie —dijo—. Avise a seguridad y a la policía.

Colgó y miró a Iván con una mezcla de miedo y fascinación profesional.

—Esto es… —empezó.

—No digas "esto es increíble" —la cortó Iván, sin querer sonar agresivo—. Esto es real.

Laura asintió, tragando saliva.

Fuera, se oían pasos acelerados en el pasillo. Voces. La puerta se abrió y Leire entró con la cara dura.

—Se nos ha escapado —dijo.

Iván sintió que el pecho se le hundía.

—¿Quién?

Leire apretó la mandíbula.

—El de mantenimiento. Y Nuria… —Leire respiró hondo—. Nuria no es el cerebro, pero es cómplice por miedo o por dinero. Ha entregado una carpeta. La hemos detenido.

Iván se quedó quieto.

—¿Qué había en la carpeta?

Leire lo miró fijo.

—Tu declaración. La copia. La real. La que escribiste anoche. Alguien la ha sacado de custodia.

Iván sintió que se quedaba sin aire.

—Eso es imposible.

Leire negó, amarga.

—No. Es un edificio lleno de puertas. Y tú y yo acabamos de comprobarlo.

Leire se giró hacia Laura.

—¿El sobre?

Laura asintió.

—Está abajo. Seguridad lo ha aislado.

Leire apretó los labios.

—Vamos a verlo.

Bajaron juntos. En la entrada del edificio, sobre el suelo, había un sobre blanco. No parecía amenazante. Era un rectángulo de papel en un vestíbulo pulcro. Esa discrepancia era lo que daba miedo.

Leire se puso guantes. Lo recogió con pinzas. Lo metió en una bolsa. Lo abrió con método.

Dentro había una sola hoja, impresa.

Gracias por devolverme lo que era mío.

Mañana, a las 20:15, en el archivo.

Trae tu firma.

Mira dentro.

Iván sintió el golpe de la frase “devuelto”. El remitente acababa de robar su declaración, su confesión, y lo llamaba “lo que era suyo”.

Leire levantó la vista, rabiosa.

—No vamos a ir.

Iván tragó saliva.

—Va a usar mi declaración.

Leire asintió.

—Y va a hacerla pública cuando más le convenga. —Leire apretó la bolsa con fuerza—. Quiere que todo el mundo te vea confesar tarde. Quiere que parezca que ahora hablas porque te han pillado.

Iván notó una rabia nueva, más limpia.

—Entonces voy a hablar antes.

Leire lo miró, sorprendida.

—¿Qué?

Iván respiró hondo.

—Si va a usar mi verdad como arma, prefiero yo decidir cómo se dice. Prefiero sacarlo yo, con contexto, con responsabilidad. No esperar al montaje.

Leire lo sostuvo con la mirada unos segundos. Luego negó despacio.

—No. Eso te mata en público y no nos da al remitente.

—Ya me está matando en público —respondió Iván—. Al menos así elige mi voz, no la suya.

Leire no respondió enseguida. Miró la nota. Luego a Iván. Luego a la bolsa. Su mente trabajaba como un motor.

—Mañana a las 20:15 en el archivo —dijo al fin—. No es una cita. Es un teatro. —Leire levantó la vista—. Pero quizá, por primera vez, es un teatro donde podemos colocar cámaras de verdad.

Iván tragó saliva. El juego volvía al anexo, al pasillo sin ojos. Volvía al folio 73. Volvía a las puertas.

Leire habló con una calma que daba miedo.

—Mañana, Iván, vas a estar. Pero no como protagonista. Como señuelo. Y esta vez el escenario lo montamos nosotros.

Iván asintió, sintiendo el peso de la palabra “señuelo”. No era heroísmo. Era aceptar que, para cazar a quien usa lo invisible, tenía que exponerse en un lugar donde todo era papel, pegamento y sombras.

Y por primera vez, mientras miraba el sobre vacío, Iván entendió la frase del remitente con una claridad amarga:

La verdad también puede ser una jaula.

La cuestión era quién cerraba la puerta.

Capítulo 26 — El borde

El anexo a las ocho de la tarde no era un edificio vacío; era un edificio cansado. Las luces quedaban encendidas en pasillos largos, y el eco de pasos sueltos hacía que cualquier ruido pareciera importante. Leire lo había convertido en escenario sin que pareciera escenario: agentes de paisano mezclados con personal real, cámaras nuevas colocadas donde antes había puntos ciegos, una falsa rutina fabricada con precisión.

Iván llegó con Leire por la puerta lateral, con ropa neutra y las manos quietas a fuerza de voluntad. Le habían repetido diez veces el plan: él caminaría hasta el archivo, entregaría un sobre con una copia controlada de su declaración —una versión preparada, con marcas invisibles— y se quedaría en un punto exacto, bajo una cámara instalada esa mañana. No perseguiría a nadie. No hablaría con nadie salvo que Leire lo autorizara. Sería, literalmente, un cebo que respira.

—Recuerda —dijo Leire antes de entrar—: si lo ves, no lo miras como si lo conocieras. Si te habla, no contestas. Si te provoca, no reaccionas. Lo que mata aquí es la emoción.

Iván asintió. El aire olía a papel y desinfectante, como siempre.

Subieron en silencio. El ascensor no tosió esa vez. Lo habían dejado fuera de servicio y usaron otro montacargas nuevo, colocado por "mantenimiento urgente". Leire no quería darle al remitente el placer de su marca sensorial. Iván lo agradeció más de lo que quería admitir.

En la segunda planta, el pasillo del archivo estaba iluminado con una luz blanca más intensa de lo normal. Leire había añadido focos discretos. No por estética, sino por miedo: la sombra era el aliado natural del que se cree invisible.

Mateo y Nuria no estaban allí. Mateo, por seguridad, estaba en casa con vigilancia. Nuria estaba detenida. El archivo lo custodiaban dos agentes disfrazados de administrativos, con carpetas en la mano y

cara de "no pasa nada". Leire caminaba a tres metros de Iván, sin parecer escolta. En el otro extremo del pasillo, un agente de paisano fingía revisar un papel frente a una puerta. Todo normal. Todo calculado.

A las 20:12, Iván se detuvo donde le habían indicado: junto a un panel de anuncios. Miró el reloj y sintió el estómago apretarse. En su bolsillo interior llevaba el sobre señuelo. Pesaba menos que un móvil y, sin embargo, le pesaba como si fuera plomo.

Leire estaba al fondo, apoyada en una pared, observando sin mirar demasiado. Un auricular pequeño en la oreja. Iván no lo llevaba, para que no pareciera montaje. Iván era el elemento "real".

A las 20:15 exactas, el pasillo no cambió de golpe. No hubo música ni sombras. Solo se oyó un clic suave, como el de una puerta que no debería abrirse.

La puerta cortafuegos del pasillo sin ojos se entornó.

Iván sintió el cuerpo tensarse. Por instinto miró a Leire. Ella no le devolvió la mirada. Apenas movió un dedo, un gesto mínimo: *quieto.*

Del hueco de la puerta apareció una figura con ropa de trabajo: chaleco oscuro, gorra, mascarilla. Llevaba un maletín. Se movía con tranquilidad, como alguien que pertenece al edificio. Ese detalle, esa normalidad estudiada, hizo que Iván sintiera rabia y miedo a la vez.

La figura caminó hacia él sin prisa.

Iván se obligó a no retroceder. No quería dar la escena fácil de "víctima asustada". Se mantuvo en su punto, respirando despacio. Notó la cámara sobre él, la sensación de estar iluminado.

La figura se detuvo a un metro. No demasiado cerca. Lo suficiente para invadir.

—Trae tu firma —dijo una voz masculina desde detrás de la mascarilla.

La voz sonaba normal. Corriente. No parecía distorsionada. Iván no la reconocía. Eso era peor, porque no podía darle un rostro conocido al odio.

Iván no respondió.

La figura hizo un gesto hacia su bolsillo.

—El sobre —dijo.

Iván miró a Leire de reojo. Ella no se movió. Un segundo de duda y luego Iván sacó el sobre despacio y lo extendió con la mano abierta, sin acercarse más. Entregar el sobre era parte del plan. El plan decía: "deja que lo coja".

La figura lo tomó con guantes. Lo giró, lo miró como si pudiera leer a través. Luego levantó la vista hacia Iván.

—¿Sabes lo que me gusta de la gente como tú? —dijo, suave—. Que creéis que si escribís bonito, lo feo se vuelve aceptable.

Iván notó cómo se le tensaban los dedos. Quiso contestar. Quiso decir "no" o "vete". No lo hizo.

La figura acercó el sobre a su cara, como si oliera el papel, y luego lo guardó en el maletín sin abrirlo.

—No es esto —dijo, y por primera vez hubo una nota de irritación.

Leire se movió al fondo, apenas un paso. Los agentes de paisano, invisibles hasta ahora, tensaron su postura.

La figura lo notó. Giró la cabeza, detectando el cambio en el aire.

—Ah —murmuró—. Hoy hay ojos.

Iván sintió un golpe frío: el remitente estaba empezando a entender la trampa.

—Hoy hay demasiados ojos —continuó la figura, casi divertida—. Eso significa que alguien se está asustando.

La figura volvió a mirar a Iván.

—Dime una cosa —dijo—. ¿Ya sabes su nombre?

Iván parpadeó.

—¿Su nombre? —se le escapó, y en cuanto habló se odío. Había contestado. Había dado vida a la conversación.

La figura sonrió bajo la mascarilla. Se notó en los ojos.

—El nombre que te falta —dijo—. El que no dijiste en voz alta. El que convertiste en "víctima colateral".

Iván sintió el estómago encogerse. Alba.

La figura dio un paso atrás, mirando el pasillo, calibrando salidas.

Leire, al fondo, habló por radio con una sola palabra:

—Ahora.

Los agentes se movieron. No corrieron. Cerraron ángulos. Uno salió de una puerta lateral. Otro apareció por el extremo del pasillo. El pasillo dejó de ser libre.

La figura se quedó quieta un segundo. Luego, en un movimiento rápido, metió la mano en el maletín y sacó algo pequeño, redondo.

Iván sintió un golpe de alarma.

—¡Atrás! —gritó alguien.

La figura lanzó el objeto al suelo. No explotó como una bomba. Liberó una nube blanca, densa, que se extendió por el pasillo como un animal. Gas lacrimógeno o humo irritante. Leire había previsto algo así, pero el cuerpo no lo asume hasta que lo siente: Iván sintió el ardor en la garganta, en los ojos, la necesidad inmediata de toser.

El pasillo se volvió confusión.

La figura aprovechó el segundo exacto: giró y corrió hacia la puerta cortafuegos. Los agentes se movieron detrás, pero el humo les cortó la visión. Uno tosió, otro se tapó la cara. Iván se pegó a la pared, con los ojos llorosos, intentando no perder pie.

Leire apareció a su lado como una sombra sólida.

—No te muevas —ordenó, y le agarró el brazo con fuerza.

Iván, con el pecho ardiendo, vio la figura desaparecer por la puerta del pasillo sin ojos. Oyó una puerta golpear. Oyó pasos. Oyó a los agentes correr ahora, inevitablemente.

La trampa se estaba rompiendo.

Leire apretó el auricular.

—Corta salidas. Pasillo lateral. Escalera de emergencia. ¡Ahora!

Iván respiraba mal. El humo le hacía llorar, toser, y esa debilidad le encendía la rabia. No por el humo. Por la certeza de que el remitente, incluso acorralado, seguía teniendo un recurso.

Leire lo empujó hacia una sala cercana.

—Dentro. Lava ojos.

Un agente le dio agua y una solución, y Iván se lavó los ojos con torpeza, sintiendo la piel arder. Respiró más claro al cabo de un minuto. Leire seguía fuera, dando órdenes.

—¿Lo tenemos? —preguntó Iván, cuando pudo hablar.

Leire lo miró un segundo, y en su cara Iván vio algo que no quería ver: incertidumbre.

—No aún.

Iván sintió un golpe en el pecho.

—Ha huido.

Leire apretó la mandíbula.

—Ha intentado huir.

Una voz por radio, distorsionada, entró en el auricular de Leire.

—Lo tenemos en escalera, segunda a primera. Se ha soltado. Va hacia salida trasera.

Leire maldijo en voz baja, se giró y salió corriendo. Iván quiso seguirla, pero un agente lo sujetó.

—No.

Iván se quedó clavado. En el pasillo, el humo ya se disipaba, dejando un olor picante. El mundo volvía a enfocarse, pero lo importante estaba fuera, moviéndose.

Pasaron minutos tensos. Voces por radio. Puertas que se abrían. Pasos que golpeaban escaleras. Iván se quedó sentado en una silla de plástico, con las manos temblando, respirando como si hubiera corrido.

Leire volvió al cabo de un rato. Tenía la chaqueta manchada de polvo y la cara dura.

—Se ha ido —dijo.

Iván sintió que le bajaba la sangre.

—¿Cómo?

Leire apretó los dientes.

—Tenía una salida preparada. Una puerta de servicio que alguien dejó abierta. Un coche esperando. —Leire lo miró fijo—. No improvisa. Y hoy hemos confirmado algo: no le importa exponerse si puede recuperar control.

Iván tragó saliva.

—¿Y el sobre?

Leire parpadeó.

—Se lo ha llevado.

Iván sintió rabia. La trampa había sido para atraparlo y, aun así, el remitente había conseguido su objetivo inicial: llevarse “su” papel.

Leire se pasó la mano por la frente, cansada.

—Pero ha dejado algo —añadió.

Iván levantó la vista.

Leire sacó una bolsa de evidencia pequeña. Dentro, un guante de látex rasgado y un trozo de cinta negra con fibras.

—Lo ha perdido al lanzar el humo —dijo Leire—. ADN. Por fin.

Iván exhaló, temblando.

—¿Entonces…?

Leire no cantó victoria.

—Entonces tenemos un hilo real. Y ahora viene la parte peligrosa: cuando un depredador siente que lo están acorralando, deja de jugar bonito.

Iván miró el pasillo. El panel de anuncios seguía ahí. Las puertas seguían ahí. El edificio seguía funcionando. Y, sin embargo, el aire había cambiado: ya no era un juego de sombras. Era un borde.

Leire se inclinó hacia Iván, bajando la voz.

—Hoy has visto su cara, aunque no la hayas visto. Hoy sabes que no es un fantasma. Y eso significa que va a responder.

Iván tragó saliva.

—¿Cómo?

Leire lo miró fijo, sin prometer nada.

—Atacando donde más duele.

Y en ese instante, como si el universo quisiera subrayar la frase, el móvil de Leire vibró con una notificación urgente. Leire miró la pantalla y su expresión se vació.

—¿Qué? —preguntó Iván, con el corazón acelerado.

Leire levantó la vista, y en su cara había algo que Iván no le había visto aún: miedo controlado.

—Rubén… —dijo—. Rubén ha desaparecido de custodia.

Capítulo 27 — Firma

Rubén había desaparecido. Esa frase no entraba bien en la cabeza porque chocaba con la lógica: un hombre vigilado en una dependencia segura no "desaparece" sin que alguien lo deje. Iván lo entendió antes de formularlo. Lo vio en la cara de Leire, en esa tensión muda que no era sorpresa, era cálculo de daño.

—¿Cómo que ha desaparecido? —preguntó Iván, y su voz salió rota.

Leire ya estaba marcando números.

—Unidad de custodia, contéstame. Ahora.

Escuchó, inmóvil. Iván solo oía la respiración de Leire, seca y contenida. Luego la respuesta al otro lado, distorsionada por el altavoz: palabras sueltas, excusas, confusión.

Leire interrumpió.

—¿Puerta? ¿Qué puerta? —Pausa—. ¿Cámara? ¿Qué cámara? —Otra pausa—. ¿Y por qué no estaba sellada esa salida?

Leire colgó con un gesto brusco. Miró a Iván como si lo viera de repente como variable de un desastre mayor.

—Lo han sacado —dijo.

—¿Quién? —Iván tragó saliva.

Leire no respondió "el remitente". Eso era demasiado fácil.

—No lo sé todavía. Pero no se ha ido solo. —Leire apretó la mandíbula—. Y han dejado una cosa.

Iván sintió el estómago caer.

—¿Qué?

Leire sacó el móvil y le enseñó una foto borrosa: una silla vacía, una correa cortada, y sobre la mesa un papel blanco.

—Una nota —dijo—. En la sala de custodia. Pegada con cinta.

La imagen ampliada mostraba dos palabras, en rotulador negro grueso:

“DEVUÉLVEMELO.”

Iván sintió un escalofrío.

—¿Qué… qué quiere que le devuelvas?

Leire lo miró fijo.

—Tu firma.

La frase sonó absurda. Iván tragó saliva.

—Se llevó el sobre… pero no era el bueno.

Leire asintió, tensa.

—Y lo sabe. Y ahora ha escalado. Si antes jugaba a movernos, ahora va a arrancarnos piezas. Rubén era pieza.

Iván sintió una punzada de culpa. Rubén había sido arrastrado al centro por un sobre con su dirección. Y ahora alguien lo había sacado de custodia, no para liberarlo, sino para usarlo.

—¿Dónde puede estar? —preguntó Iván.

Leire ya estaba caminando hacia el coche, hablando por radio.

—Cierre de salidas de ciudad. Aviso a hospitales. Gasolineras. Cámaras de tráfico. Todo. —Miró a Iván—. Tú vienes conmigo. Y no discutas.

Iván la siguió sin discutir. La noche había cambiado de textura. Ya no era “tensión de caso”. Era urgencia de secuestro.

En el coche, Leire condujo a toda velocidad dentro de los límites, como si odiara tener que respetarlos. Iván miraba el móvil de Leire cada vez que vibraba. Entraban avisos de unidades, ubicaciones, rumores. Nada firme.

—¿Dónde estaba Rubén exactamente? —preguntó Iván.

—En una sala de custodia en dependencias de paisano —dijo Leire, con rabia—. Con cámara. Con un agente. Y aun así, lo han sacado. Eso me dice dos cosas: o alguien del sistema lo ha hecho, o el sistema es un colador.

Iván apretó los dientes.

—Rueda…

Leire lo cortó.

—No lo sé. No lo afirmes sin pruebas. —Pausa—. Pero sí: esto huele a manos dentro.

El móvil volvió a vibrar. Leire contestó.

—¿Sí?

Escuchó. Sus ojos se estrecharon.

—¿Qué han encontrado? —Pausa—. ¿Dónde?

Colgó y miró a Iván.

—Han encontrado la furgoneta de Rubén —dijo—. Otra vez. Esta vez en un aparcamiento subterráneo. Centro comercial del Este.

Iván sintió un golpe seco. El primer crimen. El origen.

—Es un círculo.

Leire asintió.

—Es un mensaje: "he vuelto al principio."

Leire giró el coche hacia el centro comercial. Iván miraba por la ventana, con el corazón golpeándole. Si el remitente estaba construyendo simetrías, volver al aparcamiento era ponerlos en una escena diseñada desde el primer día.

Llegaron al aparcamiento subterráneo y el aire húmedo les golpeó como una memoria. Las luces fluorescentes, el olor a gasolina, el eco de pasos. Iván sintió un temblor en el estómago, no por miedo

al lugar, sino por el recuerdo del cuerpo en el suelo y la purpurina brillando como una broma.

Había ya agentes acordonando una zona. Leire mostró la placa y pasó. Iván la siguió, vigilado por un agente. La furgoneta estaba aparcada junto a un pilar, puerta lateral abierta. Dentro, oscuridad.

—¿Han encontrado a Rubén? —preguntó Leire.

—No —respondió un agente—. Solo la furgoneta. Y una nota en el salpicadero.

Leire se puso guantes, asomó la cabeza y sacó la nota con pinzas. La leyó sin apartar el papel del campo de luz.

Firmaste una vez y se murió.

Firma otra vez y vive.

Mira dentro.

Iván sintió que se le cortaba la respiración. La frase le apuntaba como un arma.

—Es chantaje —murmuró Leire.

Iván no podía apartar la mirada.

—¿Qué quiere que firme?

Leire miró alrededor. El aparcamiento parecía igual, pero Leire sabía ver lo que no se ve: cámaras nuevas, ángulos, puntos de salida.

—Quiere una confesión pública —dijo—. Quiere que firmes que tú fuiste parte del crimen, que tú lo sabías, que tú lo provocaste. Quiere que te incrimines. Eso es lo único que encaja con "devuélvemelo".

Iván tragó saliva. Su firma convertida en arma de destrucción.

—Y usa a Rubén como palanca.

Leire asintió.

—Sí.

Iván se giró hacia Leire con una desesperación nueva, más limpia.

—No puedo firmar eso.

Leire lo miró fijo.

—No lo vas a firmar.

Iván apretó los dientes.

—Entonces Rubén…

Leire no lo dejó terminar.

—Rubén puede estar vivo o puede estar muerto. No lo sabemos. Si firmamos, perdemos el caso y quizá perdemos igual a Rubén. El chantaje no garantiza nada. —Leire se inclinó—. Hay que buscar la grieta real. No su teatro.

Iván respiró hondo, intentando no romperse. Leire miró al equipo.

—Quiero revisión de cámaras del centro comercial. Entradas y salidas. Matriculas. Horarios. Quiero perros en el aparcamiento. Y quiero que alguien revise esta furgoneta de arriba abajo: fibras, ADN, huellas. Ahora.

Los agentes se movieron.

Iván se quedó mirando la nota. "Firma otra vez y vive." La frase era una trampa doble: si firmaba y Rubén moría, él cargaría con la culpa de haber firmado inútilmente. Si no firmaba y Rubén moría, cargaría con la culpa de no haber firmado. El remitente estaba construyendo un dilema sin salida. Moralmente perfecto. Asquerosamente perfecto.

Leire lo tocó en el hombro, un gesto raro en ella.

—Escúchame —dijo, bajando la voz—. No voy a dejar que te conviertas en mártir de este tipo. Ni en villano. Vamos a encontrar a Rubén sin jugar a su juego.

Iván asintió, tragando saliva.

En ese momento, un agente se acercó con el móvil en la mano.

—Inspectora. Hay una llamada en recepción del centro comercial. Han recibido un paquete. Para usted. Dice que es "urgente" y que "contiene una firma".

Leire se quedó quieta un segundo.

—¿Un paquete?

El agente asintió.

Leire apretó la mandíbula y miró a Iván.

—Nos quiere correr otra vez.

Iván sintió el impulso de ir. Lo reconoció como impulso. Se obligó a quedarse quieto.

—¿Qué hacemos? —preguntó.

Leire respiró hondo.

—Vamos a recogerlo. Con artificieros si hace falta. Pero lo recogemos. Porque si el remitente quiere que yo lo vea, probablemente ahí esté la grieta: algo físico, un rastro, una huella que no puede controlar del todo.

Leire se giró hacia el agente.

—Nadie lo toca hasta que llegue TEDAX. Nadie. Y quiero a mi gente grabando cada paso.

El agente salió corriendo.

Leire miró a Iván con una determinación fría.

—Y tú, Iván, vas a hacer una cosa ahora. —Leire sacó la declaración que Iván había escrito, la copia que todavía tenían en custodia—. Vas a firmar esto.

Iván se quedó helado.

—¿Qué?

Leire sostuvo el papel.

—Tu declaración. La verdadera. La que escribiste sin teatro. Vas a firmarla delante de mí, delante de una cámara oficial, y la vamos a sellar. —Leire lo miró fijo—. Si el remitente quiere tu firma como arma, vamos a convertir tu firma en prueba de control. En algo que él no pueda reescribir.

Iván tragó saliva.

—¿Y eso ayuda a Rubén?

Leire no mintió.

—No lo sé. Pero ayuda a que no nos robe el terreno moral. Y cuando un depredador pierde el terreno moral, comete errores.

Iván miró el papel. Vio su letra. Vio su miedo escrito y, en esa tinta, vio también una salida: dejar de ser el hombre que oculta.

Cogió el bolígrafo.

Firmó.

No con alivio. Con temblor.

Y cuando levantó la vista, Leire ya estaba preparando el siguiente movimiento, como si esa firma no cerrara un caso, sino que abriera un combate de verdad.

Capítulo 28 — Suelo

El paquete llegó a la zona de recepción del centro comercial como llegan las malas noticias: envuelto en normalidad. Una bolsa de papel marrón, de las de tienda, apoyada junto a un mostrador de información turística. Nadie gritaba. Nadie corría. Los clientes seguían andando con bolsas y cafés, ajenos a que en el subsuelo había una furgoneta con una nota y, en la planta baja, una bolsa esperando a TEDAX.

Leire no permitió acercamientos teatrales. Acordonaron un radio discreto, con policías de paisano y seguridad privada redirigiendo el flujo de gente como si fuese una gotera. Iván observaba desde una distancia controlada, con un agente a su lado. Tenía la sensación de estar viendo su vida desde detrás de un cristal antibalas: todo se movía, pero él no podía tocar nada sin estropearlo.

Los TEDAX llegaron en menos de veinte minutos. Una eternidad y un alivio. Se acercaron con su protocolo, su calma fría, su robot si hacía falta. El técnico examinó la bolsa sin tocarla, tomó fotos, midió. Luego, con pinzas y guantes, la levantó y la metió en un contenedor de seguridad.

—¿Explosivo? —preguntó Leire.

—No huele —respondió el técnico—. Pero aquí no olemos. Abrimos con método.

Se llevaron la bolsa a una sala de seguridad del centro comercial, una especie de cuarto sin ventanas donde guardan objetos perdidos y donde, hoy, se guardaba miedo. Leire entró con ellos. Iván no. Iván se quedó fuera con el agente, mirando una pared blanca como si fuera lo único estable.

El móvil de Leire vibró en el bolsillo del agente de enlace. Sonó con un tono corto. El agente atendió y escuchó. Luego miró a Iván.

—Dicen que… es papel —murmuró—. Mucho papel.

Iván sintió un pinchazo.

Al cabo de unos minutos, Leire salió con una bolsa de evidencia en la mano y la cara más cerrada que antes. Le dio esa bolsa al agente que la acompañaba y caminó hacia Iván sin prisa, como si cada paso fuera una decisión.

—No era una bomba —dijo.

Iván soltó aire sin darse cuenta.

—¿Qué era?

Leire sostuvo la mirada.

—Tu declaración. —Pausa—. La original. La que alguien sacó de custodia. Fotocopiada. Subrayada. Y con una portada nueva.

Iván sintió el estómago caer.

—¿Portada?

Leire asintió y sacó una hoja. La sostuvo de manera que Iván pudiera verla sin tocarla.

En la portada, con letra impresa grande, ponía:

CONFESIÓN

Debajo, más pequeño:

Iván Llorente — Caso Aranda — "Mira dentro"

Y abajo del todo, como firma, no un nombre, sino un sello hecho con rotulador: un círculo y dentro, una purpurina pegada, como una estrella ridícula.

Iván sintió una náusea lenta. El remitente había convertido su texto en un producto.

—¿Hay algo más? —preguntó Iván.

Leire apretó la mandíbula.

—Sí. —Leire pasó página—. Hay una dirección. Y una hora. Y una nota.

Iván notó que le temblaban las manos.

—¿Rubén?

Leire no respondió con "sí" o "no". Le enseñó la hoja.

No te pido que firmes una mentira.

Te pido que firmes tu lugar.

La sangre está en el folio, no en mis manos.

Si quieres devolverlo, ven solo.

Polígono del Puente. Nave 17. 22:00.

Mira dentro.

Iván sintió el golpe en el pecho. Nave 17. Polígono del Puente. El mismo polígono de Marina. El lugar donde el remitente había medido a Leire. Ahora era cita. Ahora era secuestro.

Leire guardó el papel y lo miró fijo.

—No vamos.

Iván se quedó callado un segundo, procesando. Y luego, con una claridad que le sorprendió incluso a él:

—Rubén está allí.

Leire no lo negó. Eso ya era algo.

—Puede estar —dijo—. O puede ser un señuelo para que tú vayas solo y él consiga lo que quiere: una escena contigo sin testigos útiles.

Iván apretó los dientes.

—¿Y qué quiere exactamente? Ya tiene mi declaración. Ya la ha impreso. Ya la ha convertido en "confesión".

Leire respiró hondo.

—Quiere una cosa que no puede fabricar del todo: tu acto público. Tu gesto final. Tu rendición. —Leire bajó la voz—. Quiere que tú lo

mires y digas “sí, tienes razón”. Que tú mismo te condenes.

Iván tragó saliva. La frase “la sangre está en el folio, no en mis manos” le ardía. Era una manipulación sofisticada: desplazar la responsabilidad del asesino al sistema, y del sistema a Iván. Que el cuchillo desapareciera detrás de un párrafo.

—¿Qué hacemos entonces? —preguntó Iván.

Leire no tardó.

—Montamos el polígono como un tablero nuestro. —Leire señaló a los agentes—. Perímetro, salidas, cámaras propias, drones si hace falta. Y tú no entras.

Iván sintió el impulso de discutir y, por primera vez, lo contuvo antes de que saliera. Miró a Leire.

—Si yo no entro, ¿por qué iba a aparecer?

Leire lo miró con una franqueza dura.

—Porque está obsesionado contigo. Porque has sido su detonante moral. Porque cree que su justicia necesita tu presencia para completarse.

Iván tragó saliva.

—Entonces soy cebo igual.

Leire asintió.

—Sí. Pero cebo protegido. Cebo que no manda.

El operativo se montó rápido. Salieron del centro comercial con coches sin distintivos. Leire coordinaba por radio con voz baja, cortante. Iván iba detrás, con el cuerpo tenso, sintiendo el pulso en el cuello.

Cuando llegaron al polígono del Puente, la noche era un bloque oscuro y frío. Las naves parecían cajas cerradas, y las farolas dejaban charcos de luz que no iluminaban lo suficiente. Nave 17 estaba al fondo, junto a un descampado con maleza. No había

coches. No había movimiento visible. Eso no tranquilizaba; eso era exactamente lo que el remitente quería: un lugar donde la oscuridad hace de testigo inútil.

Leire dejó a Iván en un coche a cincuenta metros, con un agente de paisano al lado.

—No sales —dijo.

Iván asintió.

Leire y su equipo avanzaron hacia la nave. Linternas bajas, movimientos medidos. Un agente abrió una puerta lateral con un ganzúa. Entraron. Iván, desde el coche, veía sombras moverse dentro, como si fueran parte del edificio.

Los minutos pasaron lentos. Iván respiraba corto. El agente a su lado no hablaba. Solo escuchaba la radio en un auricular.

De pronto, la radio emitió una frase que Iván alcanzó a oír a través del silencio del coche.

—Tenemos a alguien. Repite: tenemos a alguien.

Iván sintió un golpe en el pecho.

—¿Rubén? —susurró, sin querer.

El agente no respondió. Escuchó.

La voz por radio continuó, tensa:

—Es un hombre. Atado. Vivo. Semi-inconsciente.

Iván sintió un alivio tan fuerte que casi le dio mareo. Rubén estaba vivo.

Luego la voz añadió algo que le congeló la sangre.

—Y hay un segundo. En la sombra. Se mueve. Va hacia el fondo.

Leire gritó por radio, ya sin tanta contención:

—¡Cerrad salidas! ¡No lo dejéis escapar!

Se oyó un golpe metálico, un portazo, pasos corriendo sobre cemento. Iván apretó los dedos contra el asiento. Su impulso de salir le mordió el pecho. Se obligó a quedarse.

La radio escupió ruido. Luego una voz jadeante.

—Se nos va por la trasera. —Pausa—. ¡Tiene… tiene algo en la mano!

Leire respondió con rabia contenida:

—¡No disparéis si no es necesario! ¡Prioridad Rubén!

Otro golpe. Un grito. Luego silencio.

Y, en ese silencio, el móvil de Iván —que había estado apagado bajo custodia y solo se lo habían devuelto hace una hora por necesidades del operativo— vibró en su bolsillo. Nadie lo había llamado. Nadie debería tener ese número activo en ese momento.

Iván lo sacó con manos temblorosas. En la pantalla, un mensaje de número desconocido. Corto. Frío.

“Mira dentro.”

Debajo, otro mensaje entró al instante:

“Mira el coche.”

Iván sintió que el estómago se le vaciaba. Giró la cabeza lentamente hacia el retrovisor.

Detrás, en la oscuridad del polígono, alguien se acercaba al coche sin hacer ruido. Una figura con capucha. Un brillo pequeño en la mano.

El agente a su lado no lo había visto todavía.

Iván abrió la boca para avisar y, en ese mismo segundo, las luces interiores del coche se encendieron solas.

Como si alguien hubiera pulsado un botón desde fuera.

Como si el coche también estuviera en el tablero.

Capítulo 29 — Lo que queda

La luz interior lo dejó expuesto como una pieza en vitrina. Iván sintió el golpe físico del pánico: la garganta cerrándose, el cuerpo queriendo moverse y la cabeza gritando "no". El agente a su lado giró la cabeza de golpe, alarmado por la luz.

—¿Qué…? —empezó.

Iván no habló. Señaló hacia el retrovisor con un movimiento seco.

El agente miró y vio la figura acercándose. Reaccionó rápido: mano al arma, puerta abriéndose en un gesto medio torpe por la prisa. Se bajó del coche a la vez que gritaba por radio.

—¡Contacto! ¡Contacto junto al vehículo de custodia!

La figura no corrió. Ese detalle fue lo más aterrador. Caminaba con calma, como si la escena estuviera ensayada. La capucha le tapaba parte de la cara. La mascarilla, el resto. Solo los ojos visibles, tranquilos. En la mano llevaba algo pequeño que brillaba: no un cuchillo grande. Algo más discreto.

El agente apuntó.

—¡Al suelo! ¡Ahora!

La figura se detuvo. Miró el arma sin emoción. Luego levantó la mano lentamente, enseñando lo que llevaba: un mando, un pequeño dispositivo, como un llavero de coche con botón rojo.

Iván sintió un frío en el estómago. Un mando a distancia no mata por sí mismo. Un mando a distancia activa otra cosa.

El agente se tensó, dudando.

—¡Suéltalo!

La figura no lo soltó. Inclinó la cabeza hacia Iván, como si lo mirara a él y no al arma.

—Iván —dijo, y la voz le llegó amortiguada por la mascarilla.

Era la misma voz de la llamada del hotel. Tranquila. Normal. Horriblemente normal.

Iván se quedó clavado en el asiento, con la mano pegada al cinturón. El coche olía a plástico caliente y a miedo.

El agente dio un paso.

—¡He dicho que lo sueltes!

La figura apretó el botón.

No hubo explosión. Hubo un clic, un sonido mínimo. Y, al instante, un pitido dentro del coche, bajo el salpicadero, como el pitido de un coche cuando olvidas las luces encendidas. Solo que ese pitido no pertenecía a ninguna función normal.

Iván sintió el mundo estrecharse.

—¡Fuera del coche! —gritó el agente, y su voz sonó más alta de lo que pretendía.

Iván intentó soltarse el cinturón. El metal se resistió un segundo. Un segundo eterno. El pitido se volvió más rápido.

La figura dio un paso hacia atrás, sin prisa. No huía. Se retiraba, como quien deja que la física haga el resto.

El agente agarró a Iván por el brazo y tiró. Iván salió del coche a trompicones, casi cayéndose. Notó el aire frío del polígono como un golpe. El pitido seguía dentro del coche, acelerado. El agente lo empujó hacia el suelo y lo cubrió con su cuerpo un instante, instintivo.

—¡Unidad! ¡Bomba en vehículo! —gritó por radio—. ¡Evacuad!

La palabra "bomba" no se procesaba bien. Iván no estaba en una película. Estaba en un descampado con una nave al fondo donde Rubén estaba atado. No era un guion bonito. Era un hombre apretando un botón.

Leire apareció corriendo desde la nave, con dos agentes detrás. Llegó justo cuando el pitido se detuvo.

Un segundo de silencio.

Luego, el coche explotó.

No fue una bola de fuego espectacular como en cine. Fue un golpe seco, brutal, que levantó una onda de choque y una lluvia de cristales y metal. Iván sintió el impacto en el pecho, en los oídos. Se encogió sobre sí mismo, instintivo, el cuerpo buscando ser pequeño. El agente que lo cubría gritó algo que Iván no entendió.

Al levantar la cabeza, vio el coche envuelto en humo y llamas pequeñas. El olor a plástico quemado lo vomitó por la nariz. Leire estaba en el suelo, con una mano en la oreja, intentando escuchar radio. Uno de los agentes se levantó cojeando. Otro se arrastraba para alejarse.

La figura con capucha ya no estaba.

Iván intentó ponerse en pie y el agente lo empujó de nuevo, sin mirarlo.

—¡Quédate abajo!

Leire se incorporó con rabia y gritó por radio:

—¡Perímetro! ¡Bloquead salidas! ¡Ha activado un artefacto! ¡Buscadlo!

Iván, aturdido, miró hacia el polígono. La oscuridad parecía ahora más densa, como si la explosión hubiera arrancado parte del aire.

Se oyó una voz por radio, jadeante.

—Rubén está vivo. Lo estamos sacando.

Ese dato le atravesó como una aguja: Rubén vivo. A pesar de todo. El remitente no había apretado para matar a Rubén. Había apretado para matar el control.

Leire se giró hacia Iván. Tenía la cara manchada de polvo y los ojos encendidos.

—¿Estás bien? —preguntó.

Iván asintió, incapaz de hablar.

—Ha sido él —dijo Iván al fin, con la voz rota—. El de la llamada.

Leire apretó los dientes.

—Lo sé.

Un agente se acercó con un extintor. Otro se encargó de alejar a Iván y a los heridos. El fuego del coche se redujo, pero el humo seguía siendo una nube espesa.

Rubén salió de la nave en una camilla improvisada. Tenía la cara pálida, los ojos medio abiertos, la boca seca. Al verlo, Iván sintió una mezcla de alivio y culpa. Rubén estaba vivo, sí, pero ahora su vida era un campo de batalla ajeno.

Rubén miró a Iván, y sus ojos se fijaron en él con una lucidez dolorosa.

—¿Lo has visto? —murmuró, con voz raspada.

Iván tragó saliva.

—Sí.

Rubén parpadeó despacio.

—Entonces no era solo yo —dijo, y esa frase parecía un alivio y una condena al mismo tiempo.

Lo metieron en una ambulancia. Leire habló con los sanitarios, coordinó traslado con custodia. Los agentes seguían buscando en el polígono, pero la oscuridad no era un mapa; era un océano.

Cuando por fin hubo un respiro de un minuto, Leire se plantó frente a Iván.

—Esto ha escalado a terrorismo doméstico —dijo, y no lo dijo con dramatismo. Lo dijo como quien cambia el tipo de caso en una casilla—. Ya no es “asesino en serie con cartas”. Es un tipo dispuesto a volar un coche para tocarte. Eso implica otros recursos, otras unidades. Y, sí, otros jefes.

Iván notó que se le helaba el estómago.

—Rueda.

Leire lo miró fijo.

—Rueda va a querer un culpable todavía más rápido. —Leire señaló el coche quemado—. Y ahora tiene un argumento perfecto: "este caso nos supera, hay que cerrar." Y el remitente lo sabe.

Iván respiró hondo, intentando ordenar la confusión.

—¿Qué conseguimos? —preguntó, casi suplicando que hubiera algo útil.

Leire sacó una bolsa de evidencia pequeña. Dentro, el mando a distancia que la figura había dejado caer al retroceder, o que se le había escapado. No era sofisticado. Era un dispositivo barato con un botón.

—Esto —dijo Leire—. Y el guante rasgado de ayer. Y la cinta. Y los restos de adhesivo. Ahora tenemos ADN, ahora tenemos huellas parciales, ahora tenemos un artefacto.

Iván miró la bolsa. Un objeto pequeño, y sin embargo era el primer hilo que no era papel.

Leire añadió, más baja:

—Y tenemos una cosa más: ya no le importa que lo veas. Te ha hablado a la cara. Eso significa que está cerca. Y cuando alguien está cerca, comete errores.

Iván tragó saliva. Sentía el cuerpo temblar por la descarga.

A los pocos minutos, una notificación explotó en el móvil de un agente: Clara Baeza había publicado "exclusiva" en redes. Alguien había filtrado el documento "CONFESIÓN", con su portada falsa, y un fragmento del texto de Iván. La gente ya lo estaba compartiendo, opinando, condenando.

Leire vio la pantalla y apretó la mandíbula.

—Ya lo ha soltado —dijo.

Iván sintió un golpe en el pecho. Su verdad convertida en arma pública, tal como el remitente quería.

Leire lo miró con una dureza extraña.

—Te dije que la verdad también podía ser jaula. Ahora lo estás viendo.

Iván respiró hondo.

—Entonces rompemos la jaula —dijo, y la frase le salió antes de pensarlo.

Leire lo sostuvo con la mirada.

—¿Cómo?

Iván tragó saliva. Tenía miedo de decirlo en voz alta, pero lo dijo igual.

—Yo hablo. Pero no como "confesión". Como explicación. Con contexto. Sin esconderme. Sin adornos. Si el remitente se alimenta del silencio y de la insinuación, yo corto eso.

Leire tardó un segundo en responder. Sus ojos seguían en el coche quemado.

—Eso te va a destruir —dijo al fin.

Iván asintió.

—Ya me está destruyendo.

Leire no dijo "vale" enseguida. Miró alrededor: policías, ambulancia, humo, noche. Luego miró a Iván como si, por primera vez, lo viera sin su máscara de perito.

—Si lo haces, lo haces conmigo —dijo—. Y lo haces después de que yo tenga control legal. Nada de improvisar frente a una cámara.

Iván asintió.

Leire respiró hondo y añadió:

—Y una cosa más: si el remitente quiere que firmes tu lugar… — Leire lo miró fijo— vamos a firmarlo nosotros en otro sentido. Vamos a dejar constancia oficial, sellada, de que tu declaración fue robada y manipulada. Vamos a convertir su teatro en delito añadido.

Iván tragó saliva.

En la distancia, las luces de la ambulancia se alejaban con Rubén dentro. El ruido del motor se fue apagando, dejando al polígono como una boca cerrada.

Lo que quedaba era humo, pruebas pequeñas en bolsas, una ciudad a punto de juzgar y un enemigo que, por fin, había mostrado un borde real: estaba dispuesto a quemarlo todo para que Iván mirara dentro.

Y Iván entendió algo que le dolió, pero también lo centró: la historia ya no iba solo de capturar al remitente. Iba de impedir que el remitente escribiera el final.

Capítulo 30 — Ahora sí

El amanecer llegó sin belleza. Un gris sucio sobre edificios igual de grises, como si la ciudad se hubiera despertado cansada de sí misma. Iván no había dormido. Leire tampoco. En una sala de la comisaría, con café frío y papeles encima de una mesa, el caso se había expandido hasta ocuparlo todo: homicidios, secuestro, artefacto explosivo, filtraciones, manipulación de pruebas, acceso a sistemas. Ya no era un monstruo escondido. Era una sombra proyectada sobre media ciudad.

Leire entró con un expediente bajo el brazo y una cara que no invitaba a conversación. Iván estaba sentado con las manos quietas, mirando un punto fijo en la pared para no mirar su móvil. No quería ver su nombre multiplicado.

—Rueda quiere verte —dijo Leire.

Iván levantó la vista.

—¿Otra vez?

Leire asintió.

—Ahora mismo.

El despacho de Rueda olía a colonia cara y a papel recién impreso. Había una televisión encendida sin sonido con un rótulo en la parte inferior: "NUEVOS DETALLES DEL CASO 'MIRA DENTRO'". La imagen mostraba el centro comercial del Este, la ambulancia, el humo del coche. Rueda estaba de pie, como siempre, junto a la ventana. Cuando Iván y Leire entraron, no ofreció silla. No quería conversación humana. Quería control.

—Inspectora —dijo Rueda—. Señor Llorente.

Iván notó que su garganta se tensaba. Leire se quedó de pie, recta, como escudo.

Rueda dejó sobre la mesa una hoja con la portada falsa de "CONFESIÓN" impresa en grande. No era el documento completo.

Era la imagen que circulaba, la que ya había hecho daño.

—Esto está en todas partes —dijo Rueda—. Y, como imaginaba, el edificio tiembla.

Leire no respondió. Iván sí.

—Es falso —dijo Iván—. Han robado mi declaración y la han manipulado.

Rueda levantó una ceja.

—¿Y usted cree que a la gente le importa la diferencia entre "declaración" y "confesión"? —Señaló la televisión—. Usted ya es el relato.

Iván apretó los dientes.

—Por eso quiero hablar.

Rueda lo miró como se mira a alguien que propone incendiar una habitación para matar una cucaracha.

—No.

Leire intervino.

—Fiscal, necesitamos un comunicado oficial. Si no marcamos la diferencia entre documento sustraído y documento auténtico, el autor gana el terreno narrativo.

Rueda giró la cabeza hacia ella, con una paciencia de despacho.

—Inspectora, el terreno narrativo no me interesa. Me interesa el terreno legal. —Señaló a Iván—. Y este señor está en el centro de un caso con explosivos. Explíqueme por qué no debo detenerlo hoy mismo, por su propia seguridad y por la del proceso.

Iván sintió la rabia subir.

—Porque no soy el culpable —dijo.

Rueda lo miró con frialdad.

—Eso lo dirá un juez. Lo que yo tengo ahora es: usted presente en dos escenas, asociado a tres, con un documento "confesión" circulando y un artefacto que casi le vuela encima. Si fuera una serie, usted sería protagonista. Y en los juzgados, los protagonistas suelen ser culpables o víctimas. No me gustan los matices.

Leire dio un paso.

—Fiscal, el artefacto estaba en el coche de custodia. Eso es responsabilidad policial, no de Iván. Y tenemos pruebas físicas: un mando, un guante, adhesivo industrial. Estamos cerca.

Rueda apoyó las manos en la mesa.

—Cerca no me sirve. Necesito un nombre.

Leire sostuvo la mirada.

—Lo tendremos.

Rueda se inclinó hacia Iván.

—Señor Llorente, escuche esto con calma. A partir de ahora, su vida va a estar custodiada. No por amabilidad, por control. Usted no habla con prensa. Usted no publica nada. Usted no da entrevistas. Si abre la boca, rompe el procedimiento y me obliga a actuar. ¿Entendido?

Iván notó que Leire lo miraba de reojo, advirtiéndole sin palabras: *no lo empeores*. Pero Iván ya había tomado una decisión en el polígono. No por orgullo. Por supervivencia.

—No puedo quedarme callado —dijo Iván.

Rueda parpadeó una vez, mínima.

—Sí puede. Y debe.

Iván respiró hondo.

—Alguien está usando mi silencio como arma. Y su silencio también. —Iván notó que le temblaba la voz y la sostuvo—. Si ustedes intentan taparlo, el autor gana. Porque él no necesita matar a todos.

Solo necesita que parezca que yo soy capaz. Y eso lo consigue con insinuaciones.

Rueda sonrió apenas, sin humor.

—Qué bien habla cuando le conviene.

Leire intervino, cortando el filo.

—Fiscal, déjeme una ventana. Un comunicado oficial, firmado por usted, aclarando que el documento difundido es material sustraído y manipulado, y que hay una investigación en curso por filtración. Eso no es "hablar". Es procedimiento.

Rueda dudó un segundo. Iván vio en ese segundo la lucha interna de un hombre que odiaba perder control. Al final, Rueda asintió con rigidez.

—Un comunicado institucional, sí. Sin entrevistas. Sin rueda de prensa. —Miró a Iván—. Y usted se calla.

Iván no respondió. No porque aceptara, sino porque entendió que discutir allí era inútil. Rueda vivía de cerrar puertas, no de abrirlas.

Salieron del despacho. En el pasillo, Leire se detuvo un momento y lo miró con una dureza cansada.

—No lo provoques, Iván.

—No lo estoy provocando. Estoy intentando no morir dentro.

Leire sostuvo la mirada.

—Si hablas fuera de control, te matas. Y le regalas al remitente el espectáculo.

Iván asintió, no del todo convencido.

Leire lo llevó a una sala pequeña y cerró la puerta. Sacó un sobre oficial y lo dejó sobre la mesa.

—Esto es el comunicado que Rueda va a firmar. Y esto —sacó otra carpeta— es el informe preliminar del laboratorio.

Iván levantó la vista.

—¿ADN?

Leire asintió.

—Hay perfil parcial del guante rasgado y del adhesivo. No completo. Pero suficiente para cruzar con bases, si hay coincidencia. —Leire respiró hondo—. Y hay otra cosa: huellas parciales en el mando. Hemos sacado un patrón. Ahora necesitamos una lista corta de sospechosos con acceso a adhesivo industrial y a llaves.

Iván tragó saliva.

—Mantenimiento. Contratas. Archivo.

Leire asintió.

—Y alguien con inteligencia suficiente para manipular a Clara, robar custodia, preparar artefacto y moverse por pasillos. —Leire lo miró fijo—. Alguien que entiende el sistema.

Iván sintió un escalofrío. La imagen de Rueda volvió a su cabeza y la apartó a la fuerza. No quería convertirse en paranoico útil.

—¿Y Rubén? —preguntó Iván.

Leire bajó la mirada un segundo.

—Está vivo. Sedado. Bajo custodia hospitalaria real esta vez. Y lo ha dicho claro: no es él.

Iván asintió, con una tristeza rara. Rubén era víctima y motivo y, aun así, no era el autor. Eso hacía el caso más sucio.

Leire guardó los papeles y se acercó a Iván.

—Ahora escucha. —Leire bajó la voz—. Te voy a pedir algo que va a doler. Y lo haces solo si puedes sostenerlo.

Iván la miró.

—¿Qué?

Leire lo dijo sin adornos.

—Vas a escribir una carta. No para prensa. No para el remitente "en público". Una carta para él. Con una cosa: el nombre de Alba. Y tu reconocimiento. No disculpas perfectas. No frases bonitas. Una verdad corta. —Leire sostuvo la mirada—. Y la vamos a dejar en tu buzón, con vigilancia y cámaras. Si el remitente está obsesionado con el ritual del buzón, volverá a ese lugar. Y si vuelve… lo cazamos.

Iván sintió que se le apretaba el pecho. Escribir "Alba" en un papel y dejarlo en su buzón era abrir la herida y ponerla en la puerta.

—Eso es darle lo que quiere —dijo.

Leire negó.

—Es darle lo que no puede fabricar: una verdad sin teatro. —Pausa —. Y es usar su propio ritual contra él. Él cree que controla el buzón. Vamos a demostrarle que no.

Iván respiró hondo. La idea lo asustaba porque era íntima, no porque fuera peligrosa. Lo peligroso ya estaba ahí.

—Vale —dijo al fin.

Leire asintió, satisfecha solo un milímetro.

Iván se sentó con papel y bolígrafo. No como perito. Como hombre. Se quedó un minuto mirando la hoja en blanco, sintiendo el peso de todas las palabras que había usado para no decir dos.

Alba Paredes.

Escribió:

"**Alba Paredes.**
He leído tu nombre en un expediente como si fuera un dato. Lo convertí en eso para no sentir el daño de lo que firmé. Me equivoqué. No puedo deshacerlo, pero puedo dejar de esconderlo."

Se detuvo. Quiso añadir más. Se obligó a no hacerlo. Una verdad corta era más difícil de falsear. Firmó con su nombre completo, sin floritura.

Leire leyó la carta. No comentó estilo. Solo asintió.

—Ahora sí —dijo.

Ese "ahora sí" le golpeó a Iván como un eco del epílogo que todavía no existía.

A las diez de la noche fueron al portal de Iván con un operativo discreto: dos cámaras nuevas, dos agentes de paisano, un coche sin distintivos a media calle. Iván bajó del coche con el sobre en la mano y la sensación de que volvía a la escena inicial, pero con otra piel.

El portal olía igual. El fluorescente zumbaba igual. Los buzones estaban igual de quietos. Iván abrió el suyo, colocó el sobre dentro y cerró despacio.

Subió dos escalones y se quedó donde Leire le indicó, fuera de vista directa del buzón, pero cerca. La calle respiraba.

Pasaron cinco minutos. Diez. Quince.

Entonces, el ascensor del portal se abrió abajo. No debería. Nadie había llamado. Nadie tenía por qué entrar.

Los pasos sonaron sobre la piedra fría. Lentos. Sin prisa.

Leire, desde su esquina, tensó la postura sin moverse.

Iván contuvo la respiración.

Una figura entró en el portal. No llevaba capucha esta vez. Llevaba un chaleco de trabajo y una carpeta, como un técnico más. Invisible. Normal.

La figura se detuvo frente a los buzones.

Abrió el de Iván con una llave.

Sacó el sobre. Lo miró.

Y, por primera vez, levantó la cabeza y miró directamente hacia donde Iván estaba oculto.

Como si supiera exactamente dónde mirar.

Como si hubiese estado mirando desde dentro desde el primer día.

Leire apretó el auricular, a punto de ordenar el cierre.

Y el remitente sonrió.

Una sonrisa mínima, casi triste.

Y entonces, sin correr, sin dramatismo, dejó el sobre de vuelta en el buzón de Iván.

Como quien devuelve algo.

Y salió del portal con la misma calma con la que había entrado.

Leire dio la orden:

—Ahora.

Los agentes se movieron.

Y el pasillo, por fin, tuvo ojos.

Capítulo 31 — Ahora

—Ahora.

La orden de Leire no sonó a heroicidad. Sonó a trámite duro. Dos agentes salieron desde la calle y entraron al portal a la vez que otro bloqueaba la puerta desde dentro. No hubo gritos, no hubo "alto policía" teatral. El remitente ya había cruzado el umbral y, en ese segundo, el portal dejó de ser suyo.

La figura con chaleco de trabajo se detuvo en el primer peldaño de la escalera. No levantó las manos. Tampoco corrió. Solo giró un poco el cuerpo, como si midiera la posibilidad de una salida.

Leire apareció desde su esquina, rápida, firme, con el arma baja, apuntando solo cuando fue necesario.

—Quieto —dijo.

El hombre respiró hondo. Levantó la mirada hacia ella. Luego hacia Iván, escondido medio paso detrás.

—No tenías por qué venir —dijo, con calma.

La voz era la misma. La del hotel. La de la mascarilla en el pasillo. Corriente. Casi cordial. Iván sintió el golpe en el estómago: había escuchado esa voz antes y la había guardado como amenaza abstracta. Ahora era una garganta real.

Los agentes se acercaron en abanico. Uno le agarró el brazo. El hombre no se resistió con fuerza; se dejó coger como quien ya había decidido no morir allí. Eso, por alguna razón, lo asustó más que un forcejeo.

Leire hizo un gesto.

—Guantes. Bolsas. Llaves.

Un agente registró el chaleco. Sacó un llavero con varias copias: portales, puertas de servicio, llaves pequeñas etiquetadas con

plástico. Entre ellas, una con una etiqueta blanca recortada, del tamaño exacto que Iván había descrito en el folio 73.

El hombre sonrió apenas, como si la coincidencia fuera un chiste privado.

—¿Ves? —murmuró—. Etiquetas.

Leire lo miró con asco frío.

—Cállate.

Iván dio un paso, incapaz de quedarse quieto.

—¿Quién eres? —preguntó.

Leire giró la cabeza hacia él, un aviso silencioso. Pero el daño ya estaba hecho: Iván había hablado. El remitente lo miró directamente, y en esa mirada no había triunfo. Había algo peor: reconocimiento.

—Soy la parte del edificio que no te interesa —dijo.

Leire lo empujó hacia la salida.

—Te vas a comisaría.

El hombre permitió que lo llevaran. Antes de cruzar la puerta, miró hacia el buzón de Iván, como quien mira un altar. Luego volvió a mirar a Iván.

—Alba te gustaba como nombre cuando la leíste hoy —dijo, suave—. Te ha tardado años.

Iván sintió que la rabia le subía a la garganta.

—No pronuncies su nombre.

El hombre se encogió de hombros.

—Ya lo estás pronunciando tú. Ahora sí.

Leire lo empujó y lo sacaron a la calle. Un coche sin distintivos esperaba con la puerta abierta. Lo metieron dentro.

Iván se quedó en el portal, con la respiración corta, escuchando el zumbido del fluorescente. Por primera vez en días, el silencio del edificio le pareció casi humano.

Leire volvió hacia él y lo agarró del brazo.

—No hables más con él —dijo, seca.

Iván la miró, aún con la adrenalina en la sangre.

—¿Quién es?

Leire apretó la mandíbula.

—Se llama **Héctor Gálvez**. —Escupió el nombre como si le diera náusea—. Contrata de mantenimiento del anexo, pero no de Rubén. De la otra empresa. Servitec. Lo tenemos identificado por un parte de trabajo: coincide con tu descripción del "traje calvo con gafas" que Nuria dijo haber visto… solo que él no era fiscal. Era el que venía a "acompañar".

Iván sintió el estómago hundirse.

—¿Y Rueda?

Leire sostuvo la mirada.

—Rueda abrió el expediente por miedo a un escándalo. Eso lo vamos a demostrar. Pero el que pegó post-its, el que colocó cámaras y el que movió a Clara… era este.

Iván tragó saliva. La imagen encajaba con una precisión sucia: un técnico con acceso a pasillos, llaves, adhesivos; alguien que entiende cómo funcionan los edificios y también cómo funciona la necesidad humana de un culpable.

—¿Y los asesinatos? —preguntó Iván—. Óscar. Marina. Sergio.

Leire no suavizó.

—Los provocó él. No "predijo". Preparó. Seleccionó escenarios donde el ángulo fallaba. Dejó purpurina como firma para que pareciera un ritual. —Leire bajó la voz—. Y usó el duelo de Rubén como máscara

moral. Lo convirtió en historia. Eso es lo que lo hacía peligroso: no era solo violencia, era propaganda.

Iván cerró los ojos un instante. Se obligó a mirar la puerta, el buzón, la ranura. Todo había empezado por un centímetro de papel asomando.

Leire lo sacó del portal.

—Vas conmigo a comisaría —dijo.

—Quiero verlo —respondió Iván, y supo que era impulso. Se obligó a corregirse—. Quiero estar cuando confiese. No por morbo. Para entender.

Leire lo miró con cansancio.

—No confiesa por entenderte. Confiesa por controlar el final. Si habla, va a intentar escribirte en la cara otra vez. No se lo des.

Iván asintió, apretando los dientes.

En comisaría, Héctor Gálvez se sentó en una sala de interrogatorios sin resistencia. Se quitó la gorra y la mascarilla con calma. Era un hombre de cuarenta y pocos, ojos claros, piel cansada, una sonrisa que parecía ensayada frente a espejos de ascensor. Nada monstruoso. El monstruo estaba en el método.

Leire entró con dos agentes. Iván, por decisión de Leire, miraba desde detrás del cristal.

Héctor inclinó la cabeza al ver a Leire.

—¿Vas a preguntarme por qué? —dijo.

Leire se sentó despacio.

—No. Voy a preguntarte por cómo.

Héctor sonrió, como si ese enfoque le gustara más.

—Por fin alguien inteligente.

Leire no reaccionó al halago.

—Purpurina.

Héctor alzó las cejas.

—Un detalle perfecto. Ridículo, memorable, repetible. La gente necesita una firma para creer que hay un orden. Yo se la di.

Leire apretó la mandíbula.

—Las cartas.

—Ritual. —Héctor juntó las manos—. El buzón es un confesionario. La gente baja sin pensar, abre, recibe. Nadie sospecha del papel.

Leire lo miró con frialdad.

—La cámara en el rellano.

Héctor sonrió.

—No era para grabar. Era para que él la viera. Para que se sintiera invadido. Sin invasión no hay confesión.

Leire señaló un papel.

—Robaste su declaración.

Héctor asintió, sin vergüenza.

—Era mía. —Su voz se volvió más baja—. Su verdad era una pieza que yo había arrancado hace años, desde su folio 73. Solo la devolví a su sitio.

Iván sintió que se le tensaban los puños detrás del cristal. Leire siguió, metódica.

—¿Y Alba?

Por primera vez, la sonrisa de Héctor flaqueó un milímetro. No tristeza, sino irritación.

—Alba era el mejor nombre para abrir la herida. —Respiró por la nariz—. Rubén era perfecto: motivo, acceso, rabia. No necesitaba que fuera asesino. Necesitaba que pareciera posible.

Leire lo miró como si lo viera por fin completo.

—Así que usaste a un viudo.

Héctor encogió los hombros.

—Usé un sistema que convierte a la gente en notas al pie. —Se inclinó—. Solo lo mostré.

Leire no discutió filosofía. Leire sacó pruebas.

—ADN del guante. Huellas del mando. Adhesivo industrial. Cámaras de tráfico. Testigo del polígono. Registros de llaves. Y ahora el ritual del buzón con vigilancia. —Leire lo miró fijo—. Se acabó el cuento.

Héctor sonrió, pero ya no era seguridad. Era resignación.

—¿De verdad crees que se acaba? —preguntó—. Ya está escrito en la gente. Él seguirá siendo "el psicólogo de las cartas". Aunque me encierres.

Leire se levantó.

—Eso lo veremos.

Salió. Iván siguió mirando a Héctor detrás del cristal. El hombre levantó la vista y, como si supiera exactamente dónde estaba Iván, clavó los ojos hacia el espejo.

Iván sintió un golpe en el estómago: la sensación de ser visto incluso cuando ya no podía hacer nada.

Héctor movió los labios sin sonido. Iván leyó la frase sin querer.

"Mira dentro."

Iván se apartó del cristal. No por miedo. Por cansancio. Por asco.

En el pasillo, Leire lo esperaba.

—Ya está —dijo.

Iván respiró hondo.

—No. —Negó despacio—. No "ya está". Ahora empieza lo que queda.

Leire lo miró, entendiendo.

—El comunicado de Rueda sale hoy. —Pausa—. Y después, si quieres hablar, lo harás con abogado, con pruebas y con calma. Sin teatro.

Iván asintió.

Esa tarde, el comunicado salió: documento sustraído y manipulado, investigación por filtraciones, sospechoso detenido. No limpiaba internet. No borraba comentarios. Pero ponía una línea en el suelo.

Rubén, desde el hospital, pidió ver a Iván. Leire se lo permitió con condiciones: dos agentes, cinco minutos.

Rubén estaba pálido, con un gotero. Miró a Iván sin odio. Solo con un cansancio triste.

—No era yo —dijo.

Iván tragó saliva.

—Lo sé.

Rubén asintió. Se quedó callado un segundo.

—Alba… —murmuró—. Gracias por escribir su nombre.

Iván sintió la garganta cerrarse.

—Debería haberlo dicho antes.

Rubén lo miró.

—Sí. —Pausa—. Pero lo has dicho. Eso también cuenta.

Iván salió del hospital con la sensación de que, por primera vez, alguien le había devuelto algo sin veneno.

Meses después, el buzón volvió a sonar como lo que siempre fue: un buzón. Publicidad, facturas, cartas de bancos. Iván seguía lavándose las manos a veces cuando el cuerpo lo pedía, pero ya se detenía antes de hacerse daño. Había vuelto a trabajar, sin firma judicial, en un centro público. Menos prestigio. Más vida.

Una tarde de lunes, al bajar al portal, encontró un sobre blanco. No tenía remitente. No tenía sello. Solo una línea escrita a mano, sin tipografía perfecta:

“Ahora sí.”

Iván lo sostuvo un segundo. Miró el sobre, miró el buzón, miró el reflejo del ascensor.

Luego rompió el sobre sin cuidado y leyó.

Dentro no había amenaza.

Solo un papel en blanco.

Iván sonrió apenas, cansado.

Lo dobló y lo tiró a la papelera del portal.

Y subió las escaleras sin mirar atrás.
